PERRY MASON

EL CASO DE LA MODELO ASUSTADA

ERLE STANLEY GARDNER





Mason se ve inmerso en un caso de difamación cuando un comerciante de arte afirma que una pintura de Felipe Feteet es una falsificación. Cuando Mason va al apartamento de la principal testigo, lo único que encuentra es un cadáver.



Erle Stanley Gardner

El caso de la modelo asustada

Perry Mason - 66

ePub r1.1
Ronstad 16.10.2014

Título original: *The Case of the Reluctant Model*
Erle Stanley Gardner, 1962
Traducción: G. T. Malvido
Retoque de cubierta: Mininogris

Editor digital: Ronstad
ePub base r1.1



Guía del Lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

BURGER Hamilton: Fiscal de distrito, contra quien Perry Mason libra una batalla en el tribunal, que descubre la verdad al mismo tiempo.

DEXTER T. A.: Ayudante de Burger, gran maestro en el modo de acusar.

DRAKE Paul: El detective que nunca duerme, fiel amigo y colaborador de Perry Mason, el cual está encantado de tener que ocuparse de una modelo.

DURANT Collin M.: Tratante de cuadros, más hábil en la estafa que en las pinturas.

FETEET Felipe: Pintó efectos de sol que arrojaron muchas sombras sobre muchas vidas después de muerto.

FOLEY Philip C. (Doctor): Médico forense cuyo «termómetro de la muerte» es infalible… hasta que interviene Mason.

GILBERT Goring: Pintor modernista, asqueado del dinero.

HOLLISTER Roy: Perry Mason sabe hacerle perder la compostura, a pesar de ser un abogado de fama.

HOWELL George Lathan: Conocedor y experto en cuadros y también en mujeres: en ambas cosas sabe distinguir lo auténtico de lo falso.

KENNER Corliss: Entendida en arte… y en amor.

LINDSAY Maxine: Modelo y pintora de gran belleza, cliente de Perry Mason y protagonista del caso.

MADISON Crowley (Juez): Queda admirado ante los procedimientos de Perry Mason.

MASON Perry: Famoso abogado criminalista, cuyos casos terminan siempre en un castillo de fuegos artificiales.
NEWTON Agnes: Una testigo corta de vista.
OLNEY Otto: Propietario de un yate, un cuadro que puede ser falso y una esposa irascible.
PENDER Matilda: Halló el arma asesina en una gaveta de la estación de autobuses.
RANKIN Lattimer: Entendido comerciante en arte, ávido de seguir los consejos de Perry Mason.
STREET Della: Bella secretaria de Perry Mason, que no entiende en arte, pero sí en todo lo demás.

Prefacio

El honorable James M. Cárter, uno de los jueces del distrito de San Diego, en Estados Unidos, es uno de los jueces más competentes y de mayor humanitarismo entre cuantos conozco.

No solamente los policías y los criminólogos respetan al juez Cárter, sino que cuantos hombres envía a la cárcel comparten este sentimiento.

Por una parte, el juez Cárter no sólo piensa en los múltiplos de cinco, diez o quince años, como hacen tantos otros jueces al dictar sentencia. El juez Cárter piensa que cada año es un largo período de doce meses. Por otra parte, una vez el juez ha sentenciado a un individuo, ordena que el convicto se presente en su despacho. Allí, el juez se despoja de su toga y habla con el sentenciado, de hombre a hombre. Le explica por qué lo envía a la cárcel y por qué ha dictado la pena impuesta. Añade que desea que, durante el plazo carcelario, el acusado se porte bien, y que si se ve en algún apuro no dude en comunicárselo. El juez Cárter siempre pide a sus delincuentes que no pierdan contacto con él.

Por tanto, ha corrido ampliamente el rumor de que el juez Cárter no es sólo un buen juez, sino muy humanitario.

Fue esta reputación la causa de que una india americana, madre de un joven que había sido sentenciado en un tribunal militar por asesinato sin malicia, y que estaba cumpliendo una condena de veinte años, le escribiese al juez Cárter, manifestándole que estaba segura de que se había cometido una injusticia con su hijo.

Conocedor de mi interés por tales casos, el juez Cárter le sugirió a la madre india que me escribiese a mí, y acto seguido él se puso en contacto conmigo a fin de poder saber la continuación del asunto.

A petición mía, la madre india me envió una transcripción de las pruebas, y al estudiarlas me di cuenta de que la conclusión de si se había tratado o no de un asesinato dependía de un interesante informe médico. El patólogo que declaró en el juicio militar no había visto al difunto, sino que basó su testimonio en las conclusiones de la autopsia, conclusiones que, al parecer, habían ido más lejos de lo manifestado por el cirujano forense.

Durante varios años me ha interesado enormemente la importancia de la medicina legal, su puesto en la administración de la justicia y la necesidad de una mejor comprensión por parte del público de qué es y cómo funciona.

De cuando en cuando he dedicado mis obras a prominentes figuras de la medicina legal.

Bien, elegí al azar a varias de estas figuras a quienes he dedicado libros. Hice que mis secretarias copiasen toda la evidencia médica y envié tales copias a dichos personajes, rogándoles me diesen su opinión de los aspectos médicos-jurídicos del caso. (Puesto que el patólogo consultado, convocado por el fiscal, había basado su opinión exclusivamente en los hallazgos de la autopsia, los expertos a quienes consulté no tenían más que la evidencia derivada de las actas del proceso y la transcripción que el patólogo había utilizado para formarse su opinión).

Limité mi selección al número de expertos a quienes podía enviarles copias al carbón legibles efectuadas con una máquina de escribir eléctrica, porque el material era tan voluminoso que representaba un arduo problema.

Dichos expertos, todos ellos eminencias en su profesión y muchos de ellos infatigables trabajadores, me enviaron sus opiniones. Tan pronto las recibí, las copié y las envié a todas las personas conectadas con el caso.

Algunos de los expertos se mostraron tan concienzudos que no leyeron las opiniones de los otros hasta haber formulado sus propias conclusiones, a fin de no dejarse influir por las ideas ajenas.

Fue una labor consciente, con la revisión de toda la evidencia médica, hasta llegar a la obtención de una opinión, puesto que tales expertos sabían que sus opiniones serían publicadas a fin de obtener una revisión del proceso.

Me siento orgulloso del modo cómo figuras tan atareadas se dignaron estudiar este caso, aun sabiendo que el indio condenado carecía de toda clase de bienes de fortuna.

Los expertos, al menos en una cosa, mostraron cierta discrepancia. El patólogo había llegado a una conclusión sobre una presunción errónea respecto a ciertas condiciones hemorrágicas existentes, cuando en realidad no sólo el forense no había hallado tales condiciones en la autopsia, sino que su misma ausencia había sido uno de los motivos para formular su opinión.

Los informes fueron llegando durante varios meses; informes bien razonados, cuidadosamente redactados. La mayoría señalaban que en vista de las peculiares circunstancias del caso, era muy posible que la víctima hubiese fallecido por causas naturales.

Se trataba de un individuo ya de edad, muy dado a enfurecerse, que gozaba en el poblado gran reputación de borrachín y amigo de disputas y altercados en estado de embriaguez. Los hallazgos *post mortem* demostraron, más allá de toda duda, que había estado alcoholizado a la hora de su muerte, y su reputación indicaba que no solamente era un individuo de mala índole en tales circunstancias, sino que, debido a ello, podía haberse peleado con el joven indio, muriendo, no como resultado de la pelea, sino más tarde y por causas naturales.

El indio había estado bebiendo con un compañero y cuando recobró el pleno conocimiento apenas pudo recordar lo que había sucedido.

Por orden alfabético, tengo el honor de exponer la lista de los personajes, tanto abogados como doctores, que suministraron sus opiniones:

LESTER ADELSON.
Patólogo y coroner.
Condado de Cuyahoga.
Cleveland, Ohio.

FRANCIS CAMPS, doctor.
Londres, Inglaterra.

DANIEL J. CONDON, médico.
Inspector médico del condado de Maricopa.
Phoenix, Arizona.

RUSSELL S. FISHER, médico.
Inspector médico de Baltimore, Mariland.

RICHARD FORD, médico.
Profesor de medicina legal.
Universidad de Harvard.
Boston, Massachussetts.

S. R. GERBER, médico.
Coroner del condado de Cuyahoga.
Cleveland, Ohio.

MILTON HELPERN, médico.
Ciudad de Nueva York.
Despacho del Inspector Médico.
Nueva York.

JOSEPH A. JACHMCZYK, médico.
Inspector médico del condado de Harris.
Tribunal de Houston, Texas.

ALEVÍN V. MAJOSKA, médico patólogo.
Honolulú, Hawai.

LEMOINE SYNDER, médico.
San Francisco, California.

Ante el nuevo código militar revisado, muchas autoridades estiman que el sistema militar de justicia criminal se aproxima al método ideal para llevar a cabo los casos criminales. Los derechos del acusado se ven protegidos, pero los procedimientos técnicos están destinados a facilitar pruebas y a asegurar una justicia completa, no como triquiñuelas y técnicas.

Incluso después de la sentencia y la expiración del momento de

la apelación, una junta de revisión efectúa una comprobación anual respecto al preso, y las reglas son tan flexibles como para que muchos asuntos referentes a aquél puedan pasar a ser considerados nuevamente, a discreción de la junta.

En este caso, los informes de los expertos médicos pasaron a la junta de revisión, la cual les prestó atento examen, siendo este interés sumamente tranquilizador.

El juez Cárter efectuó varios viajes desde su residencia en San Diego hasta mi rancho de Temecula, interrumpiendo su apretado programa laboral, para realizar un escrupuloso análisis de la evidencia, e incluso hizo una visita a la institución donde el joven indio se hallaba confinado, para interrogarle.

El expediente del caso adquirió unas proporciones desmesuradas. Las horas que en conjunto se invirtieron en la investigación y presentación del caso son incalculables.

Ni siquiera un hombre muy acaudalado hubiera podido permitirse el lujo de consultar a tantos y tan eminentes hombres de ciencia. Y, sin embargo, éstos prestaron sus servicios gratuitamente, con el objetivo de que el caso pudiera ser revisado en favor de un joven indio indigente. Dedicados a la causa de la justicia, dichos hombres no pensaron en el esfuerzo.

Actualmente oímos hablar mucho de ideologías en conflicto. Tal vez, de la misma forma que aceptamos sin pensar el aire que respiramos, muchos de nosotros dejamos de comprender las ventajas de que gozamos bajo el concepto de justicia que forma parte de la base de nuestras tradiciones.

Por ello, saludo al código militar, en el que la verdadera justicia se halla por encima de todos los tecnicismos, y dedico esta obra a los hombres que cedieron su tiempo a la investigación del caso de un joven indio indigente.

Erle Stanley Gardner

Capítulo I

Perry Mason, al abrir la puerta de su despacho particular, le sonrió a Della Street, su secretaria confidencial.

—Sí, he llegado tarde.

—¡Naturalmente que ha llegado tarde! —repitió Della Street, mirando su reloj de pulsera y sonriendo con indulgencia—. Claro que si desea dormir hasta tarde no conozco a nadie que tenga más derecho a ello que usted…, pero temo que ahora tengamos que comprar una nueva alfombra para la sala de espera.

Perry Mason compuso una expresión de extrañeza.

—¿Una nueva alfombra?

—La que tenemos debe de estar ya desgastada.

—¿A qué se refiere, Della?

—Hay un cliente que está aguardando desde las nueve menos un minuto, cuando Gertie abrió la oficina. Lo malo es que no ha querido sentarse. Se está paseando arriba y abajo, a razón de cinco millas por hora, consultando su reloj cada quince o veinte minutos, y preguntando dónde diablos está usted.

—¿Quién es?

—Lattimer Rankin.

—Rankin… Rankin… ¿No es alguien que tiene que ver algo con cuadros?

—Sí, es un comerciante en arte —puntualizó Della.

—Ah, sí, ahora le he situado —exclamó Mason—. Es el que testificó respecto al valor de una pintura en aquel pleito civil… y nos regaló un cuadro. ¿Dónde demonios está ese cuadro, Della?

—Acumulando polvo en la alacena de la biblioteca legal. Bueno, allí ha estado, al menos hasta las nueve y cinco de esta mañana.

—¿Y ahora? —quiso saber Mason.

—Pues lo cogí y lo colgué en la derecha de la puerta, o sea, en el sitio donde un cliente pueda verlo cuando se siente en el sillón reservado a las visitas.

Y Della Street le señaló el cuadro.

—Buena chica —aprobó el abogado—. Oiga, ¿no lo habrá colgado boca abajo?

—Si quiere saber mi opinión, yo diría que sí —asintió Della Street—, pero en el dorso hay una etiqueta con el nombre de Lattimer Rankin y su dirección. Y si ahora la etiqueta está boca arriba, de lo cual me he asegurado, el cuadro también lo está. Por tanto, si nuestro cliente le mira con enojo y le dice: «Señor Mason, ha colgado usted el cuadro boca abajo», usted podrá devolverle la mirada y espetarle: «Señor Rankin, usted pegó la etiqueta boca abajo».

—¡Estupendo! —dijo Mason—. Bien, ahora dejémosle sacar los tentáculos. Hágale pasar, Della. Sabía que esta mañana no teníamos ninguna entrevista estipulada, por lo que me he entretenido algo más que de costumbre.

—Yo dije que estaba usted en camino y que se había metido en un atasco de la circulación.

—¿Y usted cómo se enteró? —sonrió Mason.

—Telepatía.

—¿Es que se propone leer constantemente en mi cerebro?

—Creo que es el deber de toda buena secretaria, ¿no? Bien, haré pasar al señor Rankin antes de que la alfombra se agujeree.

Unos momentos después, Della Street abrió la puerta y Lattimer Rankin, un individuo alto, moreno, de rostro enjuto, con ojos grises, penetrantes pupilas, entró en el despacho a largas zancadas como si estuviera tomando parte en una maratón y no pudiera aflojar el paso. Cruzó hacia la mesa de Perry Mason, le asió la mano con un fuerte apretón de sus dedos huesudos, paseó la mirada por la amplia estancia y exclamó:

—Veo que colgó usted mi cuadro. Mucha gente no sabría apreciar esta obra de arte, pero yo estaba seguro de que usted sí. Tiene poder, armonía… Mason, quiero demandar a un tipo por difamación y calumnia.

—Nada de eso —objetó Mason.

El comentario del abogado hizo que Rankin se irguiese en toda su estatura.

—Creo que no me ha entendido —dijo con énfasis—. He sido calumniado. Y quiero que usted curse la demanda inmediatamente. Quiero demandar a Collin M. Durant por medio millón de dólares.

—Siéntese —le invitó Mason.

Rankin obedeció, instalándose en el sillón de los clientes, con la rigidez de una regla de carpintero al ser plegada. Parecía rígido incluso en sus articulaciones.

—Quiero demandarle y obtener toda la publicidad posible —continuó Rankin—. Quiero obligar a Collin M. Durant a largarse de la ciudad. Es un incompetente, un granuja, un individuo afanoso de propaganda, un competidor falto de ética, y carece de todos los modales que distinguen a un caballero.

—Y usted quiere demandarle por medio millón de dólares —replicó Mason.

—Exactamente.

—Y desea mucha publicidad.

—De acuerdo.

—Desea pregonar que ha sido perjudicada su reputación profesional.

—Usted lo ha dicho.

—Por el importe de medio millón de dólares.

—Sí, señor.

—Bien —puntualizó Mason—, en ese caso tendrá que especificar de qué modo Durant le perjudicó.

—Asegurando que soy un incompetente, que mi criterio es erróneo, y que he estafado a uno de mis clientes.

—¿Y ante quién efectuó estas afirmaciones? ¿Ante cuántas personas?

—Bien, llevo tiempo sospechando de que ha hecho insinuaciones en este sentido siempre que tenía alguien cerca que pudiera oírle, pero esta vez se las ha hecho a una persona bien definida, una joven llamada Maxine Lindsay.

—¿Qué le dijo a la señorita Lindsay?

—Que un cuadro que yo le vendí a Otto Olney era una vulgar imitación y que cualquier entendido en arte lo habría visto al

momento, tal como él lo vio.

—¿Le dijo esto a Maxine Lindsay?

—Sí.

—¿Delante de testigos?

—No había más testigo que la propia muchacha. En tales circunstancias no podía esperarse ninguno más.

—¿Qué circunstancias? —inquirió Mason.

—Estaba intentando mejorar sus relaciones con la joven… Engatusándola, creo que es la expresión.

—¿Repitió ella las manifestaciones de Durant? —preguntó Mason—. Es decir, ¿las propagó?

—No. Maxine Lindsay es estudiante de arte. Yo la he ayudado un par de veces. Le di varias gangas en materias pictóricas y ella me está muy agradecida. Vino a contarme lo que había oído de labios de Durant, porque pensó que yo debía estar al corriente de sus manejos. Yo ya lo sospechaba, como le he dicho, pero ésta fue la primera oportunidad que tuve de probarlo.

—Está bien —aprobó Mason—. Ahora le repetiré lo que dije antes: usted no presentará la demanda.

—Temo que no me haya entendido —casi gritó Rankin, nervioso —. Mi crédito es bueno. Aquí tengo mi talonario. Estoy dispuesto a darle un anticipo. Quiero que curse la demanda inmediatamente. Por medio millón de dólares. Seguramente, los tribunales no se opondrán, y si usted no quiere aceptar mi caso…

—Descendamos a la tierra —le atajó el abogado—. Y vayamos a los hechos.

—De acuerdo, vayamos a los hechos.

—Maxine Lindsay sabe que Collin Durant dijo que usted le había vendido a Otto Olney un cuadro que no era auténtico… A propósito, ¿cuánto cobró usted por el cuadro?

—Tres mil quinientos dólares.

—Bien —continuó Mason—. Maxine Lindsay sabe lo que dijo Durant. Usted demanda a éste por medio millón de dólares. Los periódicos publican la noticia. Mañana por la mañana, un millón de lectores sabrán que un comerciante de arte llamado Lattimer Rankin ha sido acusado de vender un cuadro falsificado. Esto es todo lo que recordarán.

—¡Bobadas! —exclamó Rankin—. Sabrán que yo acuso a Collin Durant, que alguien al menos tiene el suficiente valor como para defender su nombre.

—Nada de eso —denegó Mason—. Leerán lo de la demanda, pero no se fijarán en nada, aparte de que un experto en arte vendió un cuadro falsificado a un cliente por valor de tres mil quinientos dólares.

Rankin frunció el ceño, parpadeando luego varias veces, hasta que por fin volvió a concentrar su mirada en el rostro de Mason.

—¿Quiere decir con esto que debo quedarme sentado, dejando que ese individuo vaya propagando calumnias a diestro y siniestro? ¡Que me cuelguen, Mason! Ese tipo no es un experto, sino un comerciante, y aún diré más: ¡Un mal comerciante!

—No se lo he preguntado —le interrumpió Mason—, ni usted acaba de pronunciar las últimas palabras, porque Durant podría demandarle a usted por difamación de carácter. Y ahora, acepte mi consejo. Porque voy a darle un consejo. Probablemente no será el que usted desearía, pero es el que necesita. Cuando se demanda a un hombre por difamación, la propia reputación del demandante se pone en tela de juicio. Usted tendrá que declarar y el abogado de la parte contraria le acribillará a preguntas. Supongamos que yo le hago esta primera: ¿Le vendió usted a Otto Olney un cuadro falsificado?

—Absolutamente no.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque entiendo en cuadros. Y conozco al artista. Sé cómo trabaja. Conozco su estilo. Entiendo de arte, Mason. ¡Que me cuelguen! No podría dedicarme a este negocio sin entender. El cuadro es completamente auténtico.

—De acuerdo —suspiró Mason—. Por tanto, en lugar de demandar usted a Durant por valor de medio millón de dólares, afirmando que ha dañado su reputación, y colocándole a usted en el sillón de los testigos, tratando de demostrar que las afirmaciones de Durant fueron hechas con malicia, a fin de minar la confianza de sus clientes en usted, iremos a ver a Otto Olney.

—¿Por qué? —se extrañó Rankin.

—Veremos a Otto Olney, como dueño del cuadro, para que

demande a Durant, afirmando que éste ha desvalorizado el cuadro con su declaración. Olney alegará que pagó tres mil quinientos dólares por la pintura, que ahora vale dos veces dicha cantidad, o sea, siete mil dólares, y que las afirmaciones de Durant respecto a la autenticidad del cuadro le han perjudicado en siete mil dólares. Entonces —prosiguió Mason—, la gente que lea los periódicos sabrá que un hombre de la categoría de Otto Olney ha acusado a Durant de difamador e incompetente en arte, y además de embustero. Lograremos que los periodistas se interesen por el asunto, fotografiaremos el cuadro en cuestión, y Olney convocará a un experto en arte para que pronuncie su juicio sobre el cuadro. Después haremos una fotografía de usted, el experto y Otto Olney, delante del cuadro, estrechándose las manos y con expresiones resplandecientes. El público, acto seguido, llegará a la conclusión de que Collin M. Durant es un tipo indeseable, que usted es un gran entendido en arte, que los expertos apoyan sus juicios y que sus clientes siempre quedan sumamente satisfechos. Lo único que estará en litigio será la autenticidad del cuadro, no su reputación ni la cantidad de perjuicios… ni nada que pudiera dar lugar a la publicación de ciertos detalles tal vez no demasiado propicios a usted.

Rankin parpadeó de nuevo, se llevó una mano al bolsillo interior de su chaqueta, extrajo un talonario y dijo:

—Es un placer trabajar con un verdadero experto, señor Mason. ¿Le parece suficiente un anticipo de mil dólares?

—Mil dólares serán tan buenos como quinientos —le aseguró el abogado—, según lo que usted desee y la seriedad del asunto.

—El asunto es muy serio —afirmó Rankin—. Collin M. Durant es un tipo listo, uno de esos individuos aprovechados, muy charlatán. No se contenta con hacer amistades en el mundo del arte y edificar su reputación lentamente, gracias a sus méritos. Quiere conseguir esto destruyendo las reputaciones ajenas. No soy yo solo quien ha sido blanco de sus calumnias y sátiras, aunque tal vez sí sea el único que posee un caso definido, en el que un objeto de arte específico que yo vendí ha sido tachado positiva y decididamente por Durant como falso, delante de un testigo que puede atestiguarlo.

—¿Qué tal están sus relaciones con Olney? —quiso saber Mason

—. Le vendió el cuadro. ¿Ninguno más?

—Sólo uno. Pero tengo motivos para creer que Olney me considera en términos de amistad.

—¿Por qué sólo uno? —quiso saber Mason—. Cuando hace una venta, ¿por qué no trata de conservar al cliente?

—Lo cierto es que Olney es un individuo muy peculiar, con gustos muy definidos. Entonces quiso un cuadro, y sólo un cuadro. Y precisamente aquél. Me comisionó para que lo adquiriese en su nombre, y creo que el mismo encargo se lo hizo a otros.

—¿Qué cuadro es?

—Un Felipe Feteet.

—Temo que tendrá que ilustrarme más a este respecto —le manifestó Mason.

—Felipe Feteet es, mejor dicho, era un francés que emigró a Filipinas y empezó a pintar. Sus primeras obras fueron bastante mediocres. Pero más tarde consiguió lo que iba a ser su fuerza: cuadros de nativos a la sombra, con el sol al fondo. Tal vez no se ha dado cuenta de ello, señor Mason, pero hay pocos, muy pocos pintores que consigan el verdadero efecto del sol. Para esto existen motivos, uno de los cuales es que la tela no puede transmitir la luz, sólo emplea colores para sugerirla. El contraste, por tanto, entre luz y sombra se halla a veces subrayado en un cuadro. Pero en la obra de Felipe Feteet, bueno, en sus últimos años, logró unas pinturas tan vivas que causan un terrible impacto. La ilusión de la luz del sol es tan brillante que deslumbra. Uno desea ir en busca de un par de gafas negras. Ni siquiera estudiando tales cuadros ve uno cómo lo consiguió. Felipe poseía un don para esta clase de trabajo. No creo que haya más de dos docenas de cuadros de este estilo en existencia, y muy poca gente sabe apreciarlos. Pero actualmente parece que este aprecio va en aumento. Usted dijo que el cuadro de Olney fue vendido por tres mil quinientos dólares y que en la actualidad vale siete mil. Creo que esta cifra debe ser aumentada. Sí, yo vendí el cuadro por tres mil quinientos dólares. Y ahora me gustaría volver a adquirirlo por diez mil. Y podría volver a venderlo por quince mil. Y dentro de cinco años espero que valga cincuenta mil dólares.

—Está bien —sonrió Mason—, ahí tiene la respuesta. Vaya a ver

a Otto Olney. Arréglelo todo con él. Busque un experto en arte y haga que valore el cuadro. Haga que Olney demande a Durant por difamar la obra. Consiga que el experto en arte le ofrezca a Olney diez mil dólares por el cuadro. Esto hará que los periódicos se interesen por el asunto. Olney entabla el pleito, contra Durant. Usted sólo figura en el asunto como el comerciante que vendió la pintura y cuyo criterio ha sido apoyado por un experto en arte independiente. El hecho de que usted vendiese un cuadro por tres mil quinientos dólares que ahora vale diez mil, y que un experto en arte lo valore en tres veces más de lo que usted cobró por él hace unos años, hará feliz a todo el mundo. Los periódicos querrán saber quién era Felipe Feteet, y usted podrá contar la historia de sus cuadros y por qué cada día suben de valor en el mercado. Esto, al mismo tiempo, incrementará el valor del cuadro de Olney, todo el asunto tenderá a poner en alza la obra general de Felipe Feteet, y Durant será el muñeco que se hallará detrás de todo esto. Si los periodistas entrevistan a Durant, lo único que éste podrá hacer será retirar su declaración de que el cuadro es falso. Entonces, esto le proporcionará a Olney mayor base para su demanda, ya que la opinión de Durant se hallará en conflicto con todos los demás expertos del país. Olney tendrá un buen motivo para su acción, y la dañada reputación de usted no entrará en litigio. En realidad, dicha reputación será supervisada por la publicación. Bien, ¿cuándo podrá tener arregladas completamente las cosas con Olney?

—Puedo visitar a Olney inmediatamente —replicó Rankin—, y además, iré a ver a George Lathan Howell, el notable experto en arte, para que valore el cuadro y…

—¡Un momento! —le atajó Mason—. Usted no hará que Howell valore nada hasta que estemos a punto de entregarle todo el asunto a los periodistas. Por eso le pregunté si estaba seguro de la autenticidad del cuadro. Si existe alguna duda, tendremos que manejar el asunto de otro modo. En un caso así, hay que hacer que nuestra estrategia se acomode a los hechos.

—Puedo asegurarle que el cuadro es un verdadero Feteet —protestó Rankin.

—Vayamos a otro punto. Tendremos que demostrar que Durant dijo que el cuadro era falso.

—Esto ya está solucionado, creo yo. Maxine vino a verme. Y lo escuché todo de sus propios labios.

—Envíemela —le sugirió Mason—. Quiero que haga una declaración. Imagínese lo que pasaría si pusiéramos en marcha el asunto y después careciésemos de pruebas. Durant le tendría atrapado a usted. Hasta ahora, nuestro único testigo es Maxine Lindsay. Hemos de estar seguros de que podemos fiamos de ella.

—Podemos fiamos de la chica —repitió Rankin con aplomo.

—¿Puede hacer que venga aquí y declare? —inquirió el abogado.

—Estoy seguro de ello.

—¿Cuándo?

—Cuando usted diga.

—¿Dentro de una hora?

—Bueno… después de almorzar. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —concedió Mason—. Póngase en contacto con Otto Olney. Entérese de su posición en este asunto, y sugiérale que entable la demanda y…

—¿Y que le contrate a usted?

—¡Cielos, no! —rechazó Mason—. Ya tiene sus propios abogados. Que sean ellos quienes cursen la querella. Yo dispondré sólo la escena desde los bastidores. Usted me paga por mis consejos, Olney paga a sus abogados por llevar adelante el pleito, y Durant pagará los daños y perjuicios por haber querido rebajar el valor del cuadro… y la publicidad resultante elevará su reputación en grado sumo.

—Señor Mason, insisto en firmar un cheque por mil dólares, y le doy gracias al cielo por haber tenido el suficiente sentido común para haber acudido a usted en lugar de ir a otro abogado que me habría permitido decirle lo que yo deseaba que hiciese.

Rankin firmó el talón, se lo entregó a Della Street, le estrechó la mano a Mason con efusión y salió del despacho.

Mason le sonrió a su secretaria.

—Bien, ahora coja ese cuadro y vuelva a ponerlo en la alacena —dijo.

Capítulo II

—Su testigo se halla en la sala de espera, jefe —anunció Della Street a la una y media de aquella tarde.

—¿Testigo? —repitió Mason.

—La del cuadro falsificado.

—Oh, la joven a la que Durant trató de impresionar asegurándole que el cuadro de Olney era una imitación. Quiero saber si sabrá conservar la serenidad delante de un jurado; por tanto, echémosle una ojeada, Della.

—Ya se la he echado.

—¿Qué tal es?

Los ojos de Della chispearon.

—Sabrá estar en el tribunal sin descomponerse.

—¿Edad?

—Veintiocho, veintinueve, treinta.

—¿Rubia, morena, pelirroja?

—Rubia.

—Veámosla —propuso Mason.

—Al momento, jefe —Della Street salió del despacho y al cabo de un instante regresó con una rubia de ojos azules, que sonreía con cierta desconfianza.

—Maxine Lindsay —presentóla Della Street—, éste es el señor Mason.

—¿Qué tal? —la joven avanzó y tendió su mano al abogado con un gesto impulsivo—. ¡He oído hablar mucho de usted, señor Mason! Cuando el señor Rankin me comunicó que tenía que venir a verle apenas pude dar crédito a mis oídos.

—Encantado de conocerla —correspondió Mason—. Bien, ¿sabe por qué se halla aquí, señorita Lindsay?

—Por el asunto del señor Durant, ¿verdad?

—Exacto. ¿Le importaría contármelo todo?

—¿Se refiere al Feteet falsificado?

—¿Fue falsificado?

—El señor Durant así lo dijo.

—Está bien —concedió Mason—. ¿Quiere sentarse en este sillón, señorita Lindsay, y referirme toda la conversación?

La joven se dejó caer en el sillón indicado, le sonrió a Della Street y se alisó la falda.

—¿Por dónde empiezo?

—¿Cuándo ocurrió la conversación?

—Hace una semana

—¿Dónde?

—En el yate del señor Olney.

—¿Es amigo suyo?

—En cierto modo.

—¿Y Durant?

—Estaba allí.

—¿Es amigo de Olney?

—Bueno… tal vez deba explicarlo mejor. Se trataba de una especie de reunión de artistas.

—¿Es artista Olney?

—Oh, no, pero le agrada el arte. Le agradan los artistas. Gusta de hablar de arte. Y de cuadros.

—¿Y los compra?

—A veces.

—¿Pero no pinta?

—No, le gustaría pero no sabe. Tiene buenas ideas pero le falta talento.

—¿Y usted es artista?

—Me gustaría serlo. He obtenido algunos pequeños éxitos con algunos cuadros.

—¿Así es cómo conoció a Olney?

Los ojos de la joven buscaron sinceramente los del abogado.

—No. Ni creo que fuese ésta la razón de su invitación.

—¿Por qué la invitó, pues? ¿Interés… personal?

—No como usted cree —negó ella—. Trabajé como modelo.

Olney me conoció cuando yo posaba para un artista. Bueno, era bastante buena como modelo hasta… hasta que me creció demasiado el busto. Y entonces decidí dedicarme a la pintura.

—¿Tener un buen busto es malo para una modelo? —se extrañó Mason—. En mi ignorancia, creía lo contrario.

Maxine Lindsay sonrió.

—A los fotógrafos les gustan los bustos grandes; los artistas, como regla, gustan de las figuras delicadas. Yo empecé a perder mi puesto entre las modelos de los grandes pintores, y no quise posar para fotógrafos de baja estofa.

—¿Y entonces se dedicó a la pintura?

—Pues… sí.

—¿Vive de ello?

—En cierto modo…, sí.

—¿No había pintado antes? —insistió Mason—. ¿Alguna escuela de arte o…?

—No se trata de esta clase de pintura —le explicó ella—. Hago retratos.

—Creí que para esto se necesitaba un buen aprendizaje.

—No, tal como yo lo hago. Cojo una fotografía, una fotografía en negro, la amplío a veintidós por veintiocho, y tiro una prueba. La imagen, de esta forma, sólo tiene que servirme de guía. Repaso dicha imagen con pintura transparente. Después, con esto como base, empleo unos aceites para terminar el retrato. He tenido bastante éxito.

—Pero Olney se hallaba más interesado en usted como…

Ella sonrió de nuevo.

—Creo que estaba interesado en mi actitud hacia el arte y… bueno, en mis ideas respecto a posar.

—¿Y cuáles son estas ideas? —quiso saber Mason.

—Si una quiere posar, ¿por qué no decirlo con franqueza? Nunca fui hipócrita y… Bueno, una vez que yo estaba posando, hablé con el señor Olney respecto a su filosofía de la vida y la mía propia… Bien, poco después me invitó a una de sus fiestas.

—¿Fue entonces cuando Durant le habló del cuadro?

—Oh, no, esto fue mucho más tarde, exactamente hace una semana.

—Bien, ahora hábleme de la fiesta. ¿Habló allí con Durant?

—Sí.

—¿Se refirió él al cuadro de Olney?

—No fue así. En realidad, Durant discutía a los comerciantes de arte.

—¿Y nombró a Lattimer Rankin?

—Era a éste a quien criticaba con más ahínco.

—¿Podría transcribirme la conversación?

—Creo que Durant quería impresionarme —dijo la joven—, pero… Bueno, nos hallábamos en la cubierta del yate y empezó a adoptar una actitud bastante… personal. Yo le estoy muy agradecida al señor Rankin. Pienso que Durant se dio cuenta de ello y no le gustó.

—Adelante.

—Nombró al señor Rankin, hizo algunas observaciones a su respecto, asegurando que era un poco… bueno, de haber sido una mujer le habría motejado de felino.

—Pero Rankin no es una mujer.

—¡Categóricamente no! —exclamó Maxine.

—¿Se mostraron inquietas sus manos? —preguntó Mason.

—Todas las manos masculinas suelen mostrarse inquietas. Las de Durant fueron muy insinuantes.

—¿Y luego?

—Le manifesté que me agradaba mucho el señor Rankin, que éste era amigo mío y entonces me contestó: «Está bien, téngale como amigo si quiere, pero no le compre ningún cuadro o la estafará».

—¿Y usted qué le respondió?

—Le pedí que me aclarase el significado de sus palabras.

—¿Y qué dijo él?

—Que o bien Rankin no entendía de pintura o estafaba deliberadamente a sus clientes, y que uno de los cuadros existentes en el yate, que Rankin le había vendido a Olney, era falso.

—¿Le preguntó cuál?

—Sí.

—¿Y se lo aclaró?

—Sí, el Felipe Feteet colgado en el salón.

—¿Se trata de un buen yate?

—Sí, un gran yate. Puede ir a cualquier parte.

—¿Olney da la vuelta al mundo?

—No lo creo. De cuando en cuando efectúa alguna travesía, pero principalmente utiliza el yate para sus reuniones con los artistas. Vive a bordo gran parte del tiempo.

—¿Entonces no invita a los artistas amigos a su casa?

—Creo que no.

—¿Por qué?

—Temo que su esposa no lo aprueba.

—¿La conoce usted?

—No.

—¿Pero sí a Olney?

—Sí.

—Está bien —suspiró Mason—. Tengo que ser un poco rudo. Usted declarará como testigo.

—¡No quiero declarar como testigo!

—Tiene que hacerlo —objetó Mason—. A usted le hicieron una afirmación. Y tendrá que repetirla. Bien, lo que quiero saber es si un contrainterrogatorio puede sacar a luz algo que resulte embarazoso para usted, personalmente.

—Esto dependerá del contrainterrogatorio —repuso ella, volviendo a mirar francamente a los ojos del abogado—. Tengo veintinueve años. No creo que una mujer de esta edad pueda ser contrainterrogada sin…

—¡Un momento! —le rogó Mason—. Voy a formularle unas preguntas muy directas. ¿Existe algún lazo romántico entre usted y Lattimer Rankin?

La risa de la joven fue espontánea.

—¡No, en absoluto! Lattimer Rankin piensa en el arte, sueña con el arte, come del arte. Su interés en mí es puramente artístico. Me ha encargado algunos retratos. Es un buen amigo. Pero la idea de un asunto entre Lattimer Rankin y yo… Bueno, señor Mason, decididamente, no.

—Está bien. Otra pregunta: ¿Y con Otto Olney?

Maxine estrechó ligeramente los ojos.

—No estoy segura de Olney.

—¿Ha mantenido con él algunas conversaciones… románticas?

—No han habido conversaciones románticas… pero Olney se fija en los tipos… y yo tengo un buen tipo.

—¿Ha estado alguna vez a solas con él?

—No.

—¿Sin discusiones románticas?

—Ninguna. Salvo… Bueno si estuviese a solas con él me haría el amor.

—¿Cómo lo sabe?

—Por mi experiencia.

—¿Pero nunca ha estado a solas con él?

—No.

—¿Ni le ha hecho el amor?

—Tampoco.

—Bien, ahora tenemos que dejar esto bien sentado —dijo Mason —. Entre usted y yo no puede existir ningún malentendido. Yo no conozco a ese Durant, pero si le ponemos un pleito contratará algunos detectives. Y hurgará en el pasado de usted, y también en su presente.

—Comprendido, pero por muchas cosas que averigüe, si no están relacionadas con Rankin u Olney no podrá emplearlas en el asunto.

—O si no están relacionadas con el experto de arte, George Lathan Howell —añadió Mason, consultando sus notas.

—El señor Howell es muy simpático.

—Está bien —opinó Mason—, ciñámonos a esto. Es muy simpático. Usted le conoce y él la conoce, ¿eh?

—Sí.

—¿Algún romance?

—Podría mentir —alegó ella.

—¿Aquí o en el sillón de los testigos?

—En ambos sitios.

—Yo no lo haría —le aconsejó Mason.

La joven vaciló un instante y otra vez sus azules pupilas se clavaron en las del abogado.

—Sí —dijo.

—¿Sí… qué?

—Sí, respecto al romance.

—Correcto. Intentaré protegerle a usted en lo posible. Ante todo, voy a efectuar una llamada telefónica —Mason giró la cabeza hacia Della Street—. Póngame en comunicación con Lattimer Rankin.

Un momento más tarde, a indicación de Della, Mason cogió el aparato telefónico de su mesa.

—Habla Mason, Rankin. Usted ha nombrado a George Lathan Howell como experto en arte. Bien, opino que sería mejor buscar a otro.

—¿Por qué? —gruñó Rankin—. ¿No es bueno Howell? A mi entender, es el mejor de todos y…

—Mi opinión no tiene nada que ver con su reputación profesional —le cortó Mason—, pero tampoco puedo decirle a usted el motivo. Simplemente, me limito a darle un consejo como abogado suyo. ¿Conoce a algún otro experto que sea de confianza?

—Corliss Kenner —dijo Rankin, tras un momento de reflexión.

—¿Quién es?

—Una mujer. Muy buena como experta. Joven, pero conoce el oficio y yo aceptaré sus opiniones como las del mejor.

—¡Estupendo! —alabó Mason—. ¿Se trata de una muchacha con gafas gruesas, pelo estirado y…?

—¡Cáspita, no! Es terriblemente atractiva. Viste bien, se peina bien, posee un tipo excelente…

—¿Edad?

—No lo sé. Apenas treinta.

—¿Treinta y cinco?

—Creo que algunos menos.

—¿Le gustaría contratarla?

—Sí, me gustaría. Naturalmente, he meditado sobre todo esto, y tal vez Olney querrá contratar a un experto por su cuenta, pero… pienso que no pondrá objeciones a que sea Corliss.

—Magnífico —aprobó Mason—. Un momento.

El abogado sostuvo el aparato en la mano, mientras miraba a Maxine Lindsay con una sonrisa.

—Creo que no hay motivo de preocupación para un contrainterrogatorio si el experto en arte es Corliss Kenner.

La joven le sonrió al responder.

—No, no hay ningún motivo, claro.

—Bien —Mason volvió a acercar el micrófono a sus labios—. Olvídese de Howell, Rankin, y busque a Corliss Kenner. Yo voy a obtener una declaración de Maxine Lindsay. No se siente muy ansiosa de figurar en este asunto, pero colaborará.

—Es una buena idea —repuso Rankin—, y aunque su técnica sea un poco mecánica, creo que podré ayudarla en su trabajo. Dígale que tengo otro encargo de retratos para dos niños.

—Se lo diré —le aseguró Mason, colgando.

—¿Puedo preguntarle por qué necesita mi declaración? —quiso saber Maxine.

—La declaración —Mason se retrepó en su asiento y la miró fijamente— servirá para aseguramos de que usted no nos conduce a un atolladero. Usted me contará ciertas cosas. Y yo le aconsejaré a mi cliente, a la vista de las mismas. Tengo que estar seguro de que cuando usted se presente a testificar declarará lo mismo que usted me habrá contado. De lo contrario, mi cliente se vería en un compromiso muy serio.

Ella asintió.

—Por tanto —continuó Mason—, necesito una declaración de la persona que va a ser el testigo clave. Se trata, claro está, de una declaración jurada. Si más adelante usted refuta su historia, podrá ser acusada de perjurio, lo mismo que si jura en falso en el estrado de los testigos.

Maxine Lindsay compuso una expresión de gran alivio.

—¡Oh, es *esto*! De acuerdo, haré una declaración jurada.

Mason volvió la cabeza hacia Della Street.

—Redacte la declaración, Della. Recoja la firma de la testigo y haga que ésta levante la mano derecha y jure.

—No quiero engañarle, señor Mason —intervino Maxine—. No voy a dejarle nunca en mal lugar, si es esto lo que le preocupa. No me gusta estar mezclada a este asunto, pero puesto que es preciso… no le defraudaré a usted. Nunca he defraudado a nadie. No suelo actuar de este modo.

—Esto me satisface enormemente —repuso Mason, aceptando la mano que la joven le tendía—. Y ahora vaya con la señorita Street y firme la declaración.

La joven titubeó un instante.

—Si ocurriese algo en relación con este asunto podría ponerme en contacto telefónico con usted, ¿verdad?

—Llame a la señorita Street —le contestó Mason—. ¿Cree que ocurrirá algo?

—Tal vez.

—Entonces, llame a este despacho y pregunte por la señorita Della Street.

—¿Y si se produce una emergencia, fuera de las horas de oficina o en un domingo?

Mason la contempló pensativamente.

—Puede llamar a la agencia de detectives Drake. Sus oficinas se hallan en este mismo piso. Tienen abierto las veinticuatro horas del día, todos los días de la semana. Paul Drake puede ponerse en contacto conmigo inmediatamente.

—Gracias —le agradeció la joven, volviéndose hacia Della Street.

Mason les contempló mientras salían del despacho. Su frente mostraba un profundo pliegue.

Bruscamente, cogió el teléfono y habló con la centralita.

—Por favor, Gertie, póngame con Paul Drake.

Cuando, un momento después, el abogado tuvo al detective al otro extremo de la línea, dijo:

—Una antigua modelo de artista, llamada Maxine Lindsay, Paul. Ahora trabaja por cuenta propia haciendo retratos. Para ser modelo posee un busto ya demasiado pronunciado. Lattimer Rankin, el comerciante en cuadros, la está protegiendo, pero no quiero que sepa que llevamos a cabo ninguna investigación a este respecto. Deseo una idea general, Paul.

—¿Edad? —preguntó Drake.

—¿De Maxine? Unos veintinueve, rubia, ojos azules, buen tipo, sincera.

—Bien, haré lo que pueda —le prometió el detective.

—Seguro que sí —repuso Mason con cierta sequedad—. Si la chica trata de ponerse en contacto conmigo, procura descubrir qué quiere, y si lo crees importante pásame la información.

—De acuerdo. ¿Algo más?

—Nada más —gruñó Perry Mason. Y colgó.

Capítulo III

—El abogado del señor Olney está al aparato, jefe —le comunicó Della Street a Perry Mason, poco después de las cuatro—. Quiere hablar con usted.

Mason asintió y alzó el auricular.

—Perry Mason al habla.

—Aquí Roy Hollister, Mason, de Warton, Warton, Cosgrove y Hollister. Somos los abogados de Otto Olney. Oiga, por lo visto, un cliente suyo le ha dicho al señor Olney que un experto en arte llamado Durant ha efectuado una declaración pública, afirmando que uno de los cuadros predilectos del señor Olney es una imitación. ¿Sabe usted algo de eso?

—Sí, sé bastante —convino Mason—. Tengo una declaración jurada de un testigo que desea aparecer en el estrado y jurar que Durant le dijo que un cuadro atribuido a Felipe Feteet y que según mis noticias le fue vendido a Otto Olney por Lattimer Rankin, que es mi cliente, es una falsificación.

—¿No le da esto a Rankin un motivo contra Durant? —inquirió Hollister.

—Creo que sí —asintió Mason—. Yo diría que puede demandar a Durant por difamación.

—¿Bien…?

—Tal acción —prosiguió Mason— sería por daños y perjuicios a su reputación profesional, y se referiría a la misma, además de establecer la autenticidad del cuadro. También quedaría plenamente demostrado que Durant actuó con malicia al formular su afirmación y que no fue, por el contrario, un honrado error de opinión. Bien, si ha tenido entre manos alguna vez un caso de difamación, estará al tanto de ciertas triquiñuelas legales… y el

público siempre recordaría a Lattimer Rankin como el comerciante de arte cuya integridad fue puesta en la picota por otro comerciante. No quiero que mi cliente caiga en esta trampa.

—¿Qué intenta hacer, pues?

—Nada —repuso Mason.

—Por lo visto, Rankin opina que es Otto Olney quien debe demandar a Durant.

—Indudablemente.

—Bien, nosotros creemos que Rankin es quien debe lavar su ropa sucia —rezongó Hollister—. No queremos que sea nuestro cliente quien le saque a Rankin las castañas del fuego.

—Tampoco yo —afirmó Mason, con tono casual—. Sin embargo, si Olney desea hacer callar a Durant, todo lo que tiene que hacer es pleitear para demostrar que el cuadro es auténtico. En tal caso, sólo sería el cuadro el protagonista de todo el asunto.

—No veo qué conseguiría mi cliente protegiendo la reputación de Rankin —objetó Hollister.

—Ciertamente, lo mismo pienso yo —razonó Mason, añadiendo —: Si Olney fuese mi cliente le aconsejaría que no pleiteara.

—¿Entonces, a qué viene tanta palabrería? —se indignó el otro abogado.

—Pero si fuese mi cliente —prosiguió Mason, con tranquilidad —, le advertiría que a menos que alguien hiciese que Durant dejase de efectuar tales comentarios calumniosos, su cuadro va a ser tildado de fraude y él mismo quedará etiquetado como bobo, al menos por la mentalidad popular, y yo no creo que su cliente esté en situación de afrontar esta postura.

Hubo un momento de silencio.

—¿Bien? —fue Mason quien lo rompió.

—Estoy reflexionando —admitió Hollister.

—Tómese el tiempo que quiera —Mason se mostró magnánimo.

—¿No permitirá que sea Rankin quien entable la demanda?

—Mientras sea cliente mío, no. No quiero que se exponga a la opinión pública inútilmente. ¿Quiere que le envíe una copia de la declaración jurada firmada por Maxine Lindsay?

—¿Quién es?

—La joven a quien Durant hizo sus aseveraciones respecto al

cuadro.

—Sí, me gustaría tener una copia de esta declaración —asintió Hollister—, y entonces meditaría respecto al caso. Volveré a llamarle mañana por la mañana.

—De acuerdo. Le enviaré la copia inmediatamente.

Levantó la vista para asegurarse de que Della Street estaba siguiendo la conversación desde la otra extensión.

—Mi secretaria se encargará de ello —añadió.

Della Street sonrió. Perry Mason colgó el aparato.

—Bien —exclamó la joven—, ciertamente, no ha estado mal. Ha dicho que no quiere que su cliente le saque a usted las castañas del fuego.

Mason sonrió a su vez.

—Dígame, jefe, ¿puede salir perjudicado en una demanda de esta clase?

—Mi cliente, sí —puntualizó Mason.

—Así que su estrategia empieza a dar frutos —rió Della Street—. ¿Y Olney? ¿Puede salir perjudicado?

Mason hizo una mueca.

—Un acaudalado contratista que tiene un abogado fijo… Casi parece imposible.

—Vaya, Durant es el único que pagará el pato en un caso cuya única prueba será el propio cuadro, caso que a Rankin no le costará más de los mil dólares que le entregó a usted. Creo que es un trato demasiado bueno para Rankin.

—Bien —sonrió Mason—, para esto me pagó, ¿verdad? Y recuerde, Della, que Olney tiene sus propios abogados, por cierto muy competentes.

Capítulo IV

A las diez y media de la mañana, Hollister estaba de nuevo al teléfono hablando con Perry Mason.

—Le invito a una conferencia de prensa a bordo del yate de Otto Olney. Tendrá lugar a las dos de esta tarde en el Penguin Yacht Club. Podrá tomar unos combinados y…

—¿Qué hay de la presentación de la demanda? —inquirió Mason.

—La presentaremos a la una de esta tarde —le anunció Hollister —. Nuestro cliente se halla sumamente enojado por la declaración atribuida al señor Durant, y la declaración jurada de Maxine Lindsay llena todos los requisitos perfectamente. Pedimos veinticinco mil dólares en concepto de daños y perjuicios. El señor Olney valora muy alto este cuadro y opina que la afirmación del señor Durant no solamente se refleja sobre el valor del cuadro, sino en su criterio como hombre de negocios. Además, nuestro cliente establece en su demanda que la afirmación fue hecha con toda malicia, y exige otros veinticinco mil dólares como castigo o daños por ejemplaridad.

—Me encantaría asistir a la conferencia —declaró Mason—. ¿Podrá acompañarme mi secretaria, la señorita Della Street?

—Ciertamente.

—Allí estaremos. Y me alegro de que hayan decidido ir adelante con la demanda.

—No nos gusta sacarle las castañas del fuego a nadie —repitió Hollister—. Naturalmente, la verdadera causa de la acción la tiene Rankin contra Durant.

—De acuerdo —asintió Mason—. Pero Olney podrá compensarle a ustedes por sus servicios.

—Por completo —admitió Hollister.

—De acuerdo; por tanto, yo no les pido que me saquen las castañas del fuego, sino que les he servido en bandeja de plata un caso clarísimo. Bien, ¿hasta las dos?

—Hasta las dos.

—Le buscaré a usted. Adiós.

El abogado colgó y se volvió hacia Della Street, que había estado siguiendo la conversación por el otro teléfono.

—¡Al diablo con esta rutina de estar aquí sentado, enmoheciéndose, Della, rebuscando entre los archivos a fin de encontrar algún razonamiento legal dispuesto por los jueces en determinado litigio! Salgamos de aquí. Nos marchamos al Penguin Yacht Club, subiremos a bordo del palacio flotante de Olney, contemplaremos el cuadro en cuestión y beberemos unos cuantos combinados. Después de lo cual iremos a cenar a cualquier parte y tal vez podríamos practicar un poco de baile, a modo de ejercicio.

—Entiendo —dijo ella— que mi presencia es necesaria en este asunto.

—Oh, del todo —le aseguró Mason—. No podría hacer nada sin usted. Particularmente, en lo referente al baile.

—En tales circunstancias —observó la joven—, creo que es de razón llamar al cliente que estaba citado a las tres, posponiendo la cita.

—¿De quién se trata, Della?

—Del tipo que quiere verle respecto a la apelación en el caso de su hermano… Sí, el abogado de éste no objetó contra las flagrantes contradicciones del fiscal.

—Oh, sí, ahora lo recuerdo. Es un caso interesante, pero no corre prisa. Llámele y dígale que le veré a las doce y media en vez de las tres, o si lo prefiere, mañana. Mire en la agenda y vea si queda una hora libre, pero de ningún modo deje que se interponga en nuestra apreciación de la obra de arte de Felipe Feteet. En realidad, la descripción de la técnica de ese pintor me interesa muchísimo.

Della Street le sonrió a Mason cuando éste cogió un montón de correspondencia apilada a un lado de la mesa.

—Nada le lleva a usted a sacudirse la rutina de encima —

observó la joven— con más energía o entusiasmo que la perspectiva de alejarse del despacho para meterse de cabeza en una posible aventura.

Mason sopesó unos instantes aquella acusación y por fin asintió con el gesto.

—Necesitamos un poco de aventura, Della. Bien, ahora repasaré esta correspondencia de forma rutinaria, y luego saldremos.

Y el abogado hundió la cabeza entre el montón de cartas.

A la una menos diez minutos, Mason y Della Street subieron al coche del primero, se detuvieron brevemente en un restaurante a almorzar, y luego continuaron rodando hacia el Penguin Yacht Club, donde preguntaron por la situación del yate de Otto Olney, no tardando en ser escoltados a bordo de una magnífica embarcación que parecía un transatlántico en miniatura.

Un individuo alto, de aspecto cansado, de unos cuarenta y siete años, que lucía una gorra marinera, chaqueta azul y pantalones blancos, avanzó para saludarles.

—Soy Olney —se presentó, mirando a Perry Mason y luego, con muestras de aprobación, a la secretaria.

—Perry Mason —dijo el abogado—, y ésta es la señorita Street, mi secretaria particular.

—¿Qué tal… qué tal? —Olney estrechó las manos—. Han llegado algo temprano. ¿Quieren pasar y ponerse cómodos? ¿Una copa?

—Acabamos de almorzar —replicó Mason—. Aún es pronto para un trago, pero me gustaría ver el cuadro. He mantenido varias conversaciones con sus abogados respecto a este caso.

—Sí, sí, lo sé. Pasen ustedes por aquí y échenle una ojeada.

Olney abrió paso hasta un salón elegantemente amueblado, dominado artísticamente por un cuadro que mostraba unas mujeres desnudas de cintura para arriba, agrupadas a la sombra de un árbol, mientras detrás, a la luz del sol, unos niños desnudos se peleaban por entre una orgía de colores.

—¡Qué necedad decir que este cuadro es falso! —exclamó Olney —. Se trata de una escena del país de los cortadores de cabezas, en Baguio, y Felipe Feteet es el único artista que ha sido capaz de entrar en el espíritu de aquel ambiente. ¡No hay más que estudiar

atentamente este cuadro! ¡Miren la piel de las mujeres! Y la expresión de estas caras… y la luz del sol. Se ve que aplasta. Uno desea sentarse a la sombra del árbol, a la vera de las mujeres.

—¡Caramba —exclamó Mason a su vez—, creo que se trata de uno de los cuadros más asombrosos que he visto en mi vida!

—¡Gracias, oh, gracias! —dijo Olney, satisfecho—. Yo soy un fanático de Feteet. Ese tipo tenía algo que nadie ha sabido continuar, y me gustaría comprar algunos cuadros más surgidos de su paleta, si pudiera conseguirlos a un precio razonable. Opino que algún día tendrán un valor inmenso.

—Sí, es fácil —asintió Mason—. Estas mujeres… los colores… el fondo… Sí, hay mucha profundidad en esta pintura.

—Puede obtenerse la profundidad cuando hay un primer plano en la sombra y el fondo soleado —opinó Olney—, pero muy pocos artistas son capaces de conseguirlo. La mayoría de los cuadros con sol quedan pálidos, insípidos, como pobres pasteles. Siempre parece que uno esté contemplando una fotografía en colores tomada un día bochornoso. Pero Feteet tenía el don de hacer fría la sombra, dominando de tal modo el primer plano que el fondo sugiere una clase de luz que… ¡Ah, aquí llega la señorita Kenner! Voy a presentarles.

Olney avanzó con la mano extendida hacia una joven de aspecto más bien vivaracho, aunque podría tener treinta y cinco años, de ojos graves, la cual dijo en tono casual:

—Hola, Otto. ¿Qué pasa esta vez?

—Esta vez —le anunció Olney— vas a tener una sorpresa. Pero no quiero exponerla hasta que hayan llegado los demás. Ah, aquí está Hollister.

El nombrado, un individuo dinámico, enérgico, de movimientos rápidos, con una cartera en la mano, subió el yate y fue presentado a Mason y Della Street. Luego, al cabo de unos momentos, apareció un grupo de periodistas, acompañados por algunos fotógrafos con cámaras y, por fin, Lattimer Rankin llegó con cierta majestad, cruzando sin prisa la pasarela de acceso al yate.

—¿Dónde está Maxine? —preguntó Olney.

—Creí preferible que no viniera —contestó Hollister—. Tenemos ya su declaración jurada y no hay motivo para que la interrogue la

prensa, cuando su declaración basta.

Por un momento, el animado semblante de Olney acusó cierta contrariedad.

—Bien, usted es el abogado —dijo luego, secamente.

Olney estuvo atareado un rato con los periodistas. Después, al observar que no faltaba ya nadie, alzó la voz para decir:

—Damas y caballeros, ahora tomaremos unos combinados y les aclararé la razón de esta convocatoria.

—Oiga, Olney —dijo uno de los periodistas—, ya sabemos el motivo de esta reunión. Su abogado ha demandado a Durant con respecto a su cuadro de Feteet. Los combinados vendrán muy bien, pero lo que queremos es un artículo para los diarios, y quizá sea preferible que oigamos la historia de sus labios antes de beber.

—Si quisiera usted colocarse delante del cuadro, señor Olney… —sugirió un fotógrafo.

Lattimer Rankin avanzó unos pasos.

—¡Un momento! Deseo que todo se haga en debida forma. Deseo que…

—Oiga, ¿quién diablos es usted? —le interrumpió otro periodista.

—El tipo que vendió el cuadro —le explicó un colega.

—Está bien, está bien; colóquese delante del cuadro, al lado de Olney.

—¡Un instante! —era la voz de Corliss Kenner la que se dejó oír —. No quiero ser la única experta a la que se interrogue en este asunto. Ahora vendrá otro. No sé por qué no fue invitado en mi lugar. Es el mejor en este particular tipo de arte de todo el país. Realmente, me asombra que no haya sido invitado, incluso antes que yo.

Se volvió hacia Olney.

—Me refiero a George Lathan Howell. Me tomé la libertad de invitarle bajo mi responsabilidad. Espero que no le importe, Otto. Existen ciertos motivos por los que deseo conocer su opinión. No tardará ya.

—Oigan —intervino Hollister, malhumorado—, esto es un pleito legal y deseo ser yo quien diga cómo debe llevarse adelante. El testigo…

—¡Hola a todo el mundo! —tronó una voz—. Creo que llego tarde.

—Aquí está Howell —exclamó Corliss Kenner, claramente aliviada.

Mason contempló al individuo de treinta y cinco años, bronceado, que penetró en el salón con paso ligero y la amabilidad de quien sabe será bien recibido.

—Ahora ya podemos empezar —sugirió Corliss.

—Como saben ya los periodistas —comenzó a decir Olney—, y la mayoría de ustedes tienen derecho a saber, ha sido formulada una acusación respecto al cuadro de Felipe Feteet, asegurando que no es auténtico, que se trata de una falsificación.

—¡Por Dios santo! —exclamó Howell.

—La autenticidad de este cuadro no tiene duda —afirmó Rankin —. Ningún otro pintor podría conseguir este efecto brillante, esta pigmentación, este…

—¡Por favor! —le cortó en seco Otto Olney—. Quiero servir unas bebidas. Ustedes, muchachos, tomen sus fotos. Quieren fotos y las tendrán. Vamos, nosotros nos colocaremos delante del cuadro. Usted aquí, Hollister. Rankin, usted aquí, y tú, Corliss, a su lado. Y, claro está, usted también, Howell.

—Yo no —objetó Hollister—. No quiero colocarme en situación de tener que demandar a los periódicos. Prefiero no figurar en ninguna foto, y creo que el señor Howell tampoco…

—Howell es el mejor experto de arte que existe en la actualidad —replicó Otto Olney—, y me alegro de que haya venido.

—Bien, todos delante del cuadro —ordenó un periodista—. Y no miren a la cámara como si supieran que les están retratando. Miren al cuadro. De refilón, naturalmente. No queremos fotografiarles de espaldas. Si acaso, de perfil.

Los fotógrafos dispusieron el grupo. Los «flashs» refulgieron y las cámaras actuaron.

—Bien, ya tenemos las fotos —aprobó uno de los periodistas—. Ahora vayamos a continuar con el resto de la historia.

—Collin M. Durant —comenzó Olney—, un sedicente experto en arte, un tipo que afirma ser comerciante, ha desafiado la autenticidad de este cuadro. Afirma que no es un verdadero Feteet.

—¡Buen Dios! —exclamó Corliss Kenner—. ¿Es posible imaginar que alguien que entienda de arte profiera semejante blasfemia?

—Ahora me gustaría —continuó Olney— que el señor Howell hiciera una declaración…

—Aquí tenemos dos expertos en arte —le atajó Hollister—. Si los fotografían juntos y declaran a la vez, tendremos que citarles a ambos ante el tribunal. De lo contrario, daremos la impresión de que uno de nuestros testigos nos ha fallado.

—Bueno, nadie fallará —rió Howell—. No hay necesidad de examinar muy de cerca este cuadro para saber quién lo hizo. Creo que cualquier entendido de este país podría citar el nombre del autor de este cuadro y la fecha aproximada de su composición, sólo con una ojeada. Este cuadro fue realizado entre el treinta y tres y el treinta y cinco, la época en que Feteet empezó a desarrollar una nueva técnica. Si hubiera vivido unos años más habría revolucionado la pintura contemporánea. Y el único motivo de no haber creado escuela es que nadie más ha sido capaz de imitarle.

—Creo que hay algo en la pigmentación… —insinuó Corliss.

Howell asintió.

—De esto no hay duda. Poseía el secreto de mezclar los colores. Y el resultado fue éste. Contemplen la piel de los hombros de las mujeres bajo el árbol. La suave tez, el brillo… Alguien afirmó que ponía aceite de coco en sus pinturas.

—Bien, no es esto —replicó Corliss Kenner—. El aceite de coco no sirve.

—¿Lo ha probado usted? —le retó Howell.

La joven vaciló y por fin sonrió.

—Experimenté un poco. Quería averiguar el secreto. Supongo que esto lo habrá hecho todo buen experto en arte.

Unos sirvientes de chaquetilla blanca aparecieron en el salón, con unas bandejas de plata encima de las cuales había copas hielo y botellas.

—Tenenos scotch y soda —anunció Olney—. Bourbon y las mezclas convencionales. Manhattans. «Oíd Fashioneds» y martinis, ya mezclados. Hay un bar en el rincón y…

—¿Cuánto le costó este yate, Olney? —preguntó un periodista, de repente.

—Bueno… Más de trescientos mil —contestó el propietario de la embarcación, quedamente.

—¿Cómo lo mantiene? ¿Lo ha amortizado?

—¿Es cierto que tiene todos sus cuadros aquí? —insisitió el mismo periodista.

—Casi todos, sí.

—¿Por qué?

Se produjo un embarazoso silencio.

—Lo hallo conveniente —respondió Olney al fin—, y me gusta tenerlos cerca de mí. Paso en este yate muchas horas.

—Él y su esposa —le explicó Hollister a Mason— no comparten los mismos gustos. A ella no le gustan el arte ni los gentíos. Él vive casi siempre en este yate.

—¿Divorcio? —quiso saber Mason.

—No.

Compareció un camarero junto al abogado.

—Al señor Olney le gustaría saber qué va a tomar.

Mason miró a Della Street.

—Scotch y soda —dijo la joven.

Mason asintió.

—Para dos.

—Sí, señor.

—Es difícil mantener todo esto sujeto por las riendas —comentó Hollister—. Creo que es una buena idea formar una historia, pero no quiero verme acusado de utilizar la publicidad para crear una atmósfera oportuna en una demanda judicial. No lo encuentro ético.

—Estoy de acuerdo —Mason frunció el ceño.

Howell, que se había aproximado al cuadro, sacó una lupa del bolsillo y examinó cuidadosamente la tela.

Mason, tras haber aceptado la copa de manos del camarero, se acercó al experto en arte.

—¿Bien?

—No hay la menor duda —le dijo Howell—, pero deseo asegurarme de que ningún fiscal o abogado contrario podrá interrogarme y… No, un momento —añadió el joven, ante un gesto de Mason—. No lo dije de manera personal, señor Mason. Usted ya sabe que hay abogados y abogados.

—Como hay expertos en arte y expertos en arte —corroboró Mason, riendo.

—Exacto, no sabía nada de este asunto hasta que Corliss me llamó. Y tampoco sé cómo diablos un experto puede haber dudado de la autenticidad de esta tela… Le aseguro, Mason, que esto va a ser una inmensa propaganda para todos los Feteet que existen. Sólo hay un par de docenas por el mundo. Personalmente, puedo añadir de tres a cinco mil dólares al precio de cada uno, después de esta propaganda, y creo que me quedo corto. Si alguna vez tiene la oportunidad de quedarse con un Feteet a menos de quince mil dólares, piense que es una buena y muy segura inversión.

—¿Así que cree que van a subir? —preguntó Mason.

—Sé que van a subir —Howell se mostró categórico—. ¿Cómo empezó este embrollo?

—Según tengo entendido —le explicó Mason—, aunque no soy el abogado del caso, hubo una reunión aquí con un comerciante llamado Durant…

—Le conozco —le interrumpió Howell—, es un tipo que sólo busca publicidad. Adelante.

—Y en el curso de una conversación expresó su opinión de que el cuadro era una falsificación.

—¿Se lo dijo a Olney?

—No, a una joven artista llamada Maxine Lindsay.

Howell se puso rígido al oír aquel nombre.

—Entiendo —dijo con tono inexpresivo.

—Y —continuó Mason— creo que ella le repitió la conversación al señor Rankin, el comerciante que le vendió el cuadro a Olney. Rankin se lo comunicó a Olney y, naturalmente, éste se enfureció. Cree que la opinión de Durant, si permite que quede sin refutación, puede afectar al valor del cuadro.

—Bueno, una cosa es cierta —declaró Howell—: cualquier persona que esté en sus cabales se guardará mucho de poner en duda la autenticidad de esta pintura.

Mason volvió al lado de Della Street y brindó con ella

—La estaba buscando —le dijo.

—Lo mismo digo. ¿Hemos de quedamos mucho tiempo? Existe la posibilidad de que esto se convierta en un campo de batalla.

—Nos quedaremos el tiempo suficiente para hacemos cargo de la situación —replicó Mason.

Resplandeció un «flash».

—Espero que no se opondrá, señor Mason —le espetó un periodista—, pero usted y su secretaria, en tanta intimidad y mirándose a los ojos, es, para mi diario, un artículo mucho mejor que el de este cuadro. Bien, ¿cuál es su interés en este asunto?

—Me invitaron. Pensé que sería interesante saber cómo vive la otra mitad.

—Claro, usted nada en la miseria —rió el periodista.

Mason se volvió hacia Della Street con una sonrisa.

—Le estrecharemos la mano a nuestro anfitrión y nos marcharemos.

—¿A la oficina? —quiso saber Della Street, con una sonrisa.

—¡No sea boba! Hay cosas mejores que hacer. Bajaremos a Marineland, y usted telefoneará a Gertie para que no nos aguarde. Dígale que se ponga en contacto con Paul Drake en la agencia, por si acaso ocurre algo. Dígale también que yo llamaré a Paul antes de que acabe la velada… y nosotros ahora nos iremos a cenar y a bailar un poco al Robert’s Roots.

—Magnífico —aprobó Della Street, animada.

Capítulo V

Mason y Della Street estaban apurando el café, tras haber cenado opíparamente, cuando el camarero colocó un periódico doblado delante del abogado.

—Supongo que usted ya lo ha visto, señor Mason, y estamos muy orgullosos por ello.

Mason contempló el diario, uno de los más sensacionalistas de la ciudad.

—No, no lo había visto —dijo el abogado.

Della Street se inclinó hacia delante y Mason sostuvo el diario de forma que ambos pudieran verlo.

> *Cena seguida de baile en el Robert's Roots es cosa frecuente en la agenda de estas noches para Perry Mason, el famoso abogado criminalista, cuyos procesos suelen terminar con una apoteosis de fuegos artificiales. Dicho establecimiento está haciendo un buen negocio gracias a la gente que desea conocer personalmente al famoso abogado y a su linda secretaria… de quien se dice que es su inseparable sombra en el trabajo y en la vida.*

Mason le devolvió el diario al camarero, con una sonrisa.

—No lo había visto —repitió.

—Bien —exclamó Della, cuando el camarero hubo desaparecido—, supongo que esto significa tener que dejar de venir aquí.

—Sí —admitió Mason, añadiendo—, y es una lástima, pero cuando la gente se entere no nos dejarán ni a sol ni a sombra.

—A menos que yo esté muy equivocada —dijo Della Street—, y

como buena secretaria pocas veces cometo un error en estos asuntos, uno de estos curiosos nos está mirando en este instante. Se está aproximando, además, a nuestra mesa con el aspecto de quien desea obtener un consejo legal por nada, o de quien luego comentará delante de sus amigotes: «Sí, anoche estuve tomando unas copas mano a mano con Perry Mason, en el Robert's Roots, y me dijo…».

Se interrumpió cuando el personaje en cuestión llegó junto a la mesa. Era un individuo alto, flaco, de rápidos movimientos.

—¿El señor Mason?

Mason le contempló con frialdad.

—¿Sí?

—Usted no me conoce y lamento tener que abordarle de esta manera, pero el asunto es de cierta urgencia.

—¿Para usted o para mí? —observó el abogado.

El otro ignoró el comentario.

—Soy Collin Durant, el comerciante y crítico de arte. Los periódicos me han apabullado respecto a algo que esta tarde Otto Olney les ha contado a los periodistas. Y tengo entendido que usted estuvo presente en la reunión.

—Esto es incorrecto —replicó Mason—. Yo no tengo nada que ver con las refutaciones del señor Otto Olney.

—Creo que me ha demandado, afirmando que he calumniado sus cuadros, difamando sus juicios de arte y tachando a una de sus pinturas como falsa.

—En cuanto a esto, tendrá que hablar con el señor Olney. Yo no figuro para nada en este caso y no tengo intenciones de tomar parte en el mismo —objetó el abogado.

—Pero usted estuvo allí esta tarde —insistió Durant—. Los fotógrafos los retrataron, a usted y a su secretaria. Supongo que es esta señorita que está con usted esta noche, ¿verdad?

Durant escogió una silla de una mesa contigua que estaba libre y se instaló en ella.

—Esta tarde he asistido a una conferencia de prensa dada por Otto Olney en su yate —admitió Mason—, pero yo no fui interrogado por la prensa ni deseo serlo ahora.

—De acuerdo, pero quiero que conozca usted mi versión del

cuento.

—No tengo deseos de escuchar nada —protestó Mason—. No estoy en posición de aceptar lo que usted me diga como confidencial, ni tengo entre manos ningún asunto que daba discutir con usted.

—No, soy yo quien va a discutirlo con usted —retrucó Durant. Luego añadió—: En primer lugar, no sé qué habrá dicho Olney. Nunca fui llamado por él para emitir mi juicio respecto a ninguno de sus cuadros. Sólo fui invitado suyo a bordo hace una semana. Naturalmente, en mi calidad de comerciante, vi su colección de pinturas con mirada apreciativa, pero no realicé ningún atento examen porque no había motivos para ello. Ese individuo posee un Felipe Feteet, o lo que pasa por tal. No lo examiné. Sólo lo contemplé casualmente. Creo que pagó tres mil quinientos dólares por él. Es un cuadro del que se siente muy orgulloso. Jamás dije que fuese una imitación. Tendría que examinarlo con todo cuidado para asegurarlo. Sin embargo, sí diría que hay algunas cosas en esa pintura que quisiera estudiar con toda atención a fin de poder expresar una bien fundada opinión.

—No le pido que haga ninguna declaración —objetó Mason—. No estoy interesado en su versión del caso, ni le he rogado que se sentara.

—De acuerdo, dejémoslo así. Me invité yo mismo a sentarme, y puesto que los periódicos han alabado la demanda de Olney por el simple hecho de haber estado usted y su secretaria presentes en la reunión, le diré que no quiero ser tomado por un pelele. Creo que la única persona que afirma que yo expresé mi opinión contraria al cuadro es una antigua modelo de quien tengo muchas razones para creer que está ansiosa de publicidad a poco precio. O tal vez debería decirlo de otro modo: que está ansiosa de asegurarse mucha publicidad barata. Me gustaría mucho averiguar si dicha persona es la que se halla detrás de todo este tinglado. Jamás le dije nada respecto al cuadro, aparte de una frase cuyo sentido era, más o menos, que si alguien me pedía mi opinión respecto al cuadro de Feteet me gustaría antes examinarlo cuidadosamente. Esto es lo que haría antes de formular un juicio respecto a cualquier obra de arte. Y no voy a permitir que esta joven afanosa de publicidad me meta

en un pleito sólo por su cara bonita.

—No puedo decirle nada, señor mío —le contestó Mason—, y no deseo discutir este asunto con usted.

—No lo discuta si no quiere, pero escúcheme —casi le rogó Durant.

—No tengo deseos de seguir escuchando —declaró Mason, empujando atrás su silla—. Estoy intentando descansar del ajetreo del día. Estoy cenando en sociedad. Y no quiero hablar de negocios a esta hora, ni tengo nada que discutir con usted.

El abogado se puso en pie.

—Pues bien, yo sí le digo a usted que si alguna vez una zángana piensa que va a valerse de sus curvas para rebajar mi reputación como comerciante de arte a fin de dorar su nido, va a hallarse ante una buena sorpresa.

—He tratado de mostrarme cortés con usted, Durant —le atajó Mason con impaciencia—. Le he dicho repetidas veces que no quiero discutir este asunto con usted. Ahora, levántese y lárguese, o la sorpresa la recibirá usted.

Durant contempló al colérico abogado, se encogió de hombros, se levantó y repuso:

—¡Y lo mismo va para usted, señor Mason! ¡Yo poseo una reputación y no voy a permitir que nadie me difame!

Mason avanzó, cogió la silla en la que había estado sentado Durant, la colocó en su debido lugar en la mesa contigua, le volvió la espalda a Durant y volvió a acomodarse frente a Della Street.

Durant se alejó tras unos instantes de vacilación.

Della Street colocó una mano sobre la derecha de Perry Mason. Sus dedos firmes, capaces, suaves, serenaron al abogado.

—No le mire así, jefe. Si las miradas matasen, usted tendría que ser su propio defensor en un caso de asesinato.

Mason trasladó su mirada a la cara de Della Street y por fin suavizó su rostro con una sonrisa.

—Gracias, Della. Sí, estaba pensando en un homicidio justificado. No sé exactamente por qué me he irritado tanto. Naturalmente, no me gusta que me estropeen las veladas. No me gustan los entrometidos. No me gustan los idiotas.

—Ni le gustan los expertos de arte que se llaman Collin Durant

—concluyó Della Street.

—Punto final —dijo Mason.

—Bien —Della Street cambió de tema—, en vista de que, virtualmente, no podremos volver aquí hasta que la notoriedad desatada por el suelto de ese diario haya menguado algo, ¿no cree que sería un buen plan llamar a la agencia de detectives Drake y averiguar qué sabe Paul, si es que sabe algo?

—Sería un buen plan —concedió Mason.

El abogado buscó en su bolsillo.

—Yo tengo bastantes monedas sueltas —le detuvo Della—. Bébase tranquilo el café y descanse. Volveré dentro de un momento con la ropa sucia de Paul.

Della Street desapareció en dirección a la cabina telefónica. Mason se sirvió otra taza de café, se retrepó en la silla y permitió que la tensión y la rigidez abandonaran sus músculos, en tanto contemplaba a las demás parejas que cenaban y bailaban.

Della Street volvió a los pocos minutos.

—¿Qué se está cocinando? —se interesó Mason.

—Nada en el fogón ni el horno —le contestó la secretaria—. Pero hay algo en la alacena.

—¿Qué es?

—Maxine Lindsay.

—¿Qué pasa con ella?

—Llamó hace algunos minutos e insistió en hablar con usted esta noche. Dijo que usted tiene que ponerse en contacto con ella.

—¿Qué le dijo Drake?

—Que no podría localizarle, que usted probablemente llamaría de un momento a otro. Entonces Maxine contestó que ya sabía lo muy ocupado que usted está siempre y que no sería necesario molestarle a usted si podía hablar con la secretaria, una tal Della Street.

—¿Le dio Paul a la joven el número de teléfono de usted?

—Sí.

—Entonces, probablemente recibirá usted una llamada esta noche.

—De acuerdo, no me importa. ¿Qué le digo?

—Averigüe lo que pueda y dígale que no sea tonta. Que yo

tengo una declaración jurada suya y que ahora no puede ya cambiar su testimonio.

Della Street asintió.

—Mire, Della —continuó Mason—, en la facultad de leyes enseñan leyes. Nadie, empero, enseña nada respecto a los hechos a los cuales se aplica la ley, o a lo que hay que hacer con tales hechos. Sin embargo, cuando un joven abogado empieza a ejercer su profesión, halla que la mayor parte de sus problemas no tienen nada que ver con la ley sino con las pruebas. En otras palabras, tiene que enfrentarse con los hechos. Por ejemplo, tomemos este caso. Rankin se acaloró. Quería presentar una demanda, entablar una querella. Quería ver su nombre estampado en los periódicos. Quería establecer de manera definitiva su reputación profesional y poseía el trampolín para ello. De haberle dejado caer en la trampa, sin embargo, se habría matado, lo habrían desollado y lo habrían despachado a cuartos en un mercado callejero. Siempre le habrían recordado como el comerciante acusado de haber traficado con un cuadro falsificado. Ahora, no obstante, el zapato está en otro pie. Durant se halla a la defensiva, Rankin no hace nada y el resultado serán unas cuantas acciones más en la reputación de nuestro cliente… pero todavía nos vemos enfrentados a ciertos hechos.

—¿Cuáles?

—Primero, tenemos que probar que el Felipe Feteet que Rankin le vendió a Olney es auténtico.

—Creo que de esto no hay duda —objetó Della.

Mason asintió.

—Después —continuó—, hay que probar que Durant afirmó que el cuadro era falso. Tenemos un testigo y una declaración jurada, pero por lo visto ahí es donde Durant presentará la batalla.

—Bien —opinó Della Street—, Maxine se mostró muy precisa en su declaración y ahora ya no puede destruir su propio testimonio. Yo misma redacté la declaración. Y ella la firmó.

—Esto es lo que me inquieta —confesó el abogado—. Si le sucediese algo a Maxine, no podríamos usar su declaración como testimonio. El único propósito de aquélla es mantener a Maxine sujeta por si comienza a mostrarse vaga y a modificar su testimonio.

—No lo hará —le tranquilizó Della Street.

—Y hay más.

—¿Qué?

—¿Y si se casase con Collin Durant?

—¡Dios no lo quiera!

—Supongámoslo —insistió Mason.

—Bueno, no debemos de preocupamos por esta posibilidad.

—No lo sé —Mason se mostró confuso—. Hay algo raro en este asunto. El leguleyo que hay en mi interior empieza a ver señales rojas por todas partes.

—El leguleyo que hay en usted —replicó burlonamente Della Street—, siempre está buscándole tres pies al gato.

—De acuerdo, soy un escéptico —reconoció Mason—, pero hay algo en la actitud de Durant que me inquieta.

——¿Qué?

—Maldito si lo sé. Algo en sus modales, en su actitud… algo en la forma como nos ha abordado. Me recuerda la estafa del anillo.

—¿La estafa del anillo? —preguntó Della Street, interesada.

—Sí. ¿No la conoce? Verá. Un joven bien parecido se presenta en una joyería a las cuatro y media del viernes por la tarde, cuando los bancos ya están cerrados. Cuenta una historia muy plausible. Para ello escoge un buen joyero de una pequeña población. Desea un anillo con un buen diamante como sortija de compromiso. Aquella noche va a declararse. Es un joven guapo e impulsivo y posee buenas referencias, y el joyero por fin consiente en venderle un anillo que vale mil quinientos dólares y acepta el talón que el joven le da para un banco de la ciudad.

—¿Qué más? —preguntó Della Street—. ¿Es falso el talón?

—No, no. El talón es tan bueno como el oro. Éste es el busilis del asunto.

—No lo entiendo —admitió Della Street.

—Al día siguiente —continuó Mason—, el individuo se dirige a una casa de préstamos y empeña el anillo por doscientos dólares. El anillo vale más de setecientos cincuenta, en calidad de pieza de empeño. Naturalmente, el prestamista entra en sospechas y avisa a la policía. Ésta interroga al joven, el cual afirma haberlo adquirido en tal joyería. Verifican la historia y el joyero afirma: «Seguro. Ese joven me compró la sortija y pagó con un talón». Pero,

naturalmente, el joyero piensa haber sido víctima de una estafa y le ordena a la policía que detenga a su cliente como timador. Bien, la policía lo arresta hasta el lunes por la mañana, en que el joyero va a cobrar el cheque al banco. Ante su consternación, resulta que le abonan la cantidad estampada en el documento. El joven declara a la policía que después de haber comprado el anillo fue a declararse a la mujer amada, la cual rechazó sus pretensiones amorosas. De esta forma, el anillo carece de objeto para él, y como cada vez que lo miraba le recordaba unos instantes muy amargos, y es demasiado orgulloso para devolvérselo al joyero, contándole la historia de sus amores frustrados, prefirió empeñarlo por un ínfima cantidad a fin de desprenderse momentáneamente del mismo. Luego, a fin de que no quede la menor duda, da el nombre de la joven a la que ama. La policía interroga a la muchacha, la cual confirma la historia. Sí, el joven la había cortejado y a ella le gustaba, pero jamás pensó que estuviese profundamente enamorado de ella. Creía que se trataba de un simple coqueteo o una buena amistad. Por esto, cuando el joven se presentó con el anillo, proponiéndole el matrimonio, reflexionó profundamente y decidió que no era la clase de persona que ella escogería para esposo. Bien, el muchacho está furioso por el arresto y acude a un abogado para que demande al joyero por ciento cincuenta mil dólares, por haberle hecho arrestar durante el fin de semana. Afirma que su reputación ha sido perjudicada e insiste en cobrar daños y perjuicios.

—¿Y entabla la demanda?

—No —negó Mason—. Ahí está el truco. Le ofrece al joyero dejarle tranquilo si aquél le regala el anillo y además le entrega de dos a quince mil dólares en billetes de curso legal…, según lo asustado que se muestre el joyero. Bien, el joven realiza un buen negocio y sólo tiene que esperar el viernes siguiente para repetir la operación en otra población donde haya un joyero temeroso de la ley y los litigios, con una buena cuenta corriente.

—Pero con toda seguridad, en este caso no hay nada por el estilo —objetó Della Street.

—No lo sé —confesó Mason—. Mas hay algo en todo el asunto que me preocupa. Mientras ese individuo, ese Durant, me estaba hablando, tuve la impresión de que estaba representando un papel.

No era… Bueno, creo que no era sincero. Más bien parecía estar poniendo los cimientos para una extorsión.

—¿Cómo lo sabe? —quiso saber Della Street.

—¡Qué me aspen si lo sé! —exclamó el abogado—. Pero esto es algo que un buen abogado adivina después de haber contrainterrogado a numerosos testigos. Se escucha la historia de un individuo, se vigilan sus gestos, sus modales, su voz, sus expresiones… Bueno, es algo difícil de describir, pero usted ya ha visto películas en las que el director se equivoca y los actores desempeñan sus partes de manera exagerada, y de pronto se tiene la sensación de que todo es falso, de que sólo se trata de un puñado de actores moviéndose delante de una cámara. Por otra parte, hay películas en las que los actores ejecutan un buen trabajo, el director conoce bien su labor, y el conjunto obtenido es de plena realidad. Es como si a través de una ventana se estuviera asistiendo a un retazo de la vida misma.

—Sí —convino Della Street—. He pasado por estas experiencias. Por desgracia, las últimas no son tan frecuentes como quisiera.

—Lo sé —reconoció Mason, sonriendo—. Esto se debe a que diferentes personas poseen credulidades distintas. La gente corriente contempla una película una acción fotografiada, y la toma por realidad. Un abogado, o alguien que haya trabajado con un abogado, como usted, se toma más escéptico, y el menor amaneramiento, el menor intento de suavizar una situación más allá del punto crítico, le irritan. La mente subconsciente se niega a aceptar la historia, la mente consciente ve la película sabiendo que todo aquello es falso. De repente, no se ve más que a un grupo de actores y actrices recitando un guión, con unos telones como fondo, y sin la menor ilusión de realidad. Entonces no hay nada más que irritación y enojo consigo mismo por estar perdiendo el tiempo contemplando una bobada tan grande.

—¿Cree, pues, que Durant se excedió en su cometido?

—Respecto a sinceridad, no me impresionó profundamente, ésta es la verdad —admitió Mason—. Estaba intentando cumplir un deber con sus altisonantes frases. Actuaba, y no de manera muy convincente.

—Pero la declaración jurada impide que Maxine Lindsay pueda

retractarse de su testimonio —le recordó Della Street.

—Podría desvanecerse en el aire —objetó Mason—. Supongamos que Otto Olney está a punto de obtener la vista del juicio y no puede hallar a Maxine. Supongamos que Durant, enfurecido, proclama no haber dicho que el Feteet fuese falso. Supongamos que afirma que la querella de Olney le ha desacreditado como experto, que la publicidad resultante le ha perjudicado notablemente y de manera irreparable… ¡Maldición, Della! Tengo la intuición, una intuición fundada en la actuación exagerada de ese tipo, de que han querido emplearme en algo que, en el momento actual, ignoro qué es.

—¡Pero no le han empleado a usted! —exclamó Della.

—¡Claro que sí! —replicó Mason—. Soy yo quien le sugirió a Rankin que Olney era quien debía presentar la demanda. Y fui yo quien les dijo a los abogados de Olney cómo debían llevar el caso. Olney es vulnerable como lo es todo hombre rico. El caso se presenta delante de un jurado. Durant es el joven y ambicioso comerciante de arte que trata de elevarse de la mediocridad. Describe una situación patética delante del jurado. Olney, el gran contratista, se querella contra Durant, sin haberle llamado, dándole la oportunidad de arrepentirse. La primera cosa que vio Durant fue su nombre estampado en la prensa, como el hombre que tildó a un cuadro de falso. Bien, ahora afirma que nunca dijo tal cosa, y que si Otto Olney se hubiese tomado la molestia de investigar en vez de convocar una conferencia de prensa, se habría enterado de que todo era solamente un malentendido por parte de la mujer que debía de actuar como testigo.

—¿Cree, entonces, que Maxine está mezclada en la estafa? —preguntó Della Street.

—No lo sé… pero voy a averiguarlo —contestó Mason—. Sí, ésta es la parte trágica de estos casos en que los joyeros fueron demandados por haber puesto al estafador en la cárcel un fin de semana. No tuvieron bastantes redaños para batallar y bucear en el pasado del timador, para comprobar la historia de la joven y descubrir todos los detalles… Vamos, Della, subiremos a la oficina de Paul Drake y procuraremos que no pueda acostarse esta noche. Mañana, a esta hora, quiero saber todo lo que pueda saberse de este

asunto, particularmente los antecedentes de Maxine Lindsay y Collin M. Durant.

—¿Y todo sólo porque no le ha gustado Durant?

—Todo porque Durant me ha impresionado como actor —repuso Mason—, y si a Otto Olney, con todo su dinero, lo han metido en una trampa, voy a hacer estallar la caldera. Deseo apoderarme ahora de toda la munición que pueda para librar mi propia batalla.

—¿Y si todo resulta ser una falsa alarma? —objetó Della.

—Entonces le habremos proporcionado a Paul un bonito trabajo, y al menos yo me habré ganado una buena noche de sueño. Le repito, Della, que he contrainterrogado a demasiados testigos para dejarme engañar por una actuación como la de Durant… porque estoy seguro de que se trató de una farsa. Naturalmente, hay mucho dinero sobre el tapete. Bien, vámonos al despacho de Drake y pongamos en juego la bola.

Capítulo VI

Mason y Della Street salieron del ascensor en el mismo momento en que se abría la puerta de la oficina de la agencia de detectives Drake y su titular aparecía en el umbral.

—Hola, muchachos —saludó Paul—. ¿Pensáis pasar la noche trabajando? No creí que estuvierais levantados todavía.

—No, venimos a tu oficina —replicó Mason—, y serás tú quien trabaje esta noche.

—¡Oh, no! —gimió Drake—. Precisamente pienso ir a un espectáculo que hace tiempo deseaba ver. Ya me he puesto en comunicación con vuestra Maxine Lindsay. Y ahora me voy a…

—Tendrás que devolver la entrada —le conminó Mason—. Vamos adentro, Paul.

—¿Qué pasa? ¿Otro asesinato?

—¡Ojalá! —suspiró Mason—. Al menos, los asesinatos son sencillos. No, se trata de algo en lo que me hallo comprometido.

Drake interrogó a Della Street con la mirada.

—Ha encontrado un botón y quiere coserle una chaqueta —rezongó la joven—, pero creo que va a costarle mucho trabajo.

—Bien —suspiró Drake—, entremos. Incidentalmente, te había dejado una nota. Como le dije a Della por teléfono, Maxine ha llamado. Dejó un número. Yo le dije que no pensaba verte esta noche. Toma, aquí está el número. ¿Quieres llamarla? A mi vez, yo le di el número de Della. Si la llamas ahora, evitarás que Della se vea molestada más tarde.

Mason meneó la cabeza.

—Luego, ahora no. Antes quiero reflexionar unos minutos… Quiero que tengamos una pequeña conferencia.

Drake, al tiempo que se encaminaban todos al despacho, dijo a

la joven de la centralita:

—Aquí hay una entrada para el teatro. Désela a alguno de los empleados para que le devuelvan el dinero, o para que vea el espectáculo.

Drake, a continuación, empujó la tabla volandera que separaba el vestíbulo del largo pasillo, a cuyos lados se abrían las puertas de distintos cubículos, y Della Street abrió la marcha hacia la familiar guarida de Paul Drake.

El detective les indicó sendos sillones y él, a su vez, se instaló detrás de su mesa, sobre la que habían varios teléfonos.

—Maldición, Paul —empezó a refunfuñar Mason—, tendrías que poseer un despacho más amplio. Aquí no tengo sitio para pasear y sin esto no puedo pensar.

Drake sonrió.

—Cuéntame tus pesares, Perry, y después vete a tu despacho y paséate como si estuvieras en el Sunset Bulevar, mientras planeas la manera de sacarle a tu cliente dinero suficiente para abonar mi cuenta, porque pienso añadir el precio de la entrada del teatro a mis servicios de esta noche.

—Lo malo del caso, Paul, es que Della tiene razón —confesó Mason—. He cogido un botón y quiero coserle una chaqueta… pero ésta concuerda con aquél.

—¿Y bien…? —le animó Paul Drake.

—El botón es real y, por mi vida, que no veo cómo encaja en el cuadro, a menos que se cosa a una chaqueta.

—Bien, hábleme de esta chaqueta —suspiró Paul.

—Es como la vieja historia del joyero y el novio —le explicó Mason—, en que el joven demanda al joyero por haberle hecho encerrar el fin de semana.

—¿Quién es la víctima?

—Otto Olney.

—No será en ese caso del cuadro —exclamó Paul Drake—. Leí los periódicos de esta tarde y…

—Se trata de este caso —le confirmó Mason.

—Bueno, el cuadro es falso, ¿verdad?

—No, el cuadro es absolutamente auténtico.

—¿Entonces, qué te preocupa?

—No estoy seguro de que Olney pueda probar que Durant dijo que no lo era.

—¡Por amor de Dios! —exclamó el detective—. ¿No aseguró Olney todos los cabos antes de presentar la demanda? Tiene una buena firma de abogados. Los conozco, son Warton, Warton, Cosgrove y Hollister.

—Seguro, son buenos —gruñó Mason—, y yo soy el que los puso en danza. Hice que Della le tomara una declaración jurada a esa chica, Maxine Lindsay, a quien Durant efectuó su calumniosa afirmación.

—¿Tienes una declaración jurada?

—Sí.

—¿Entonces, qué te inquieta?

—Temo que Maxine nos deje en la estacada.

—Bien, ¿por qué no la llamas ahora? —sugirió Drake—. Podemos llamarla al número que dejó.

—Aún no —se negó Mason—. He de verla y me gustaría saber algo de ella antes de entrevistarla.

—Cuéntame lo demás —le rogó el detective.

—Verás lo que sucedió. Durant me buscó esta noche y realizó una pequeña farsa. Lo fue, estoy completamente seguro.

—¿Pero cómo lo sabes?

Hubo un instante de silencio. Drake se volvió hacia Della Street.

—¿Le atrapó en una contradicción, Della?

—Instinto —contestó la joven, meneando la cabeza.

Drake sonrió.

—No sonrías —le prohibió Mason—. He interrogado a numerosos testigos y puedo decir cuándo uno está fingiendo. Durant representó una farsa. Y la había ensayado cuidadosamente. Hay algo raro en este asunto que me hace pensar en el viejo truco del anillo. Bien, si mi presentimiento es acertado, Maxine me llamará para decirme que ha sucedido algo que no puede explicarme por teléfono, y que se marcha; que se trata de un caso de emergencia personal; que estará en contacto conmigo de manera que pueda ser llamada a testificar en el momento preciso. Y luego, desaparecerá.

—¿Y no podremos encontrarla?

—No podremos encontrarla —afirmó Mason—. Durant proclamará a gritos que su reputación ha sido perjudicada, que su integridad como comerciante de arte ha sido puesta en duda, que su juicio ha sido difamado y exigirá un proceso inmediato. Y Olney habrá perdido a su único testigo. Sí, Olney podrá demostrar que el cuadro es auténtico, sobre esto no habrá dudas. Pero no podrá demostrar que Durant dijo que no lo era.

—¿Y entonces los abogados de Durant le sugerirán a Olney que indemnice convenientemente a su cliente a fin de evitarse una enojosa demanda de calumnias? —preguntó Drake.

Mason asintió.

—Bien, ¿qué haremos? —quiso saber el detective.

—Maxine quiere que le telefonee —dijo Mason—. Voy a manejar las cosas de manera que tenga que reunirse conmigo delante del apartamento de Della Street. Es un buen lugar porque la joven tendrá que ir allá en su coche, si lo tiene, o en taxi. Irá sola o acompañada. Pero lo más seguro es que vaya sola y en taxi. Tú, Paul, tendrás a media docena de agentes escondidos por los alrededores. Seguirán el rastro de la joven, y no lo dejarán perder ni un solo instante. Más aún, quiero que ahondes en el pasado de Maxine Lindsay. Quiero averiguar todo lo posible a su respecto, y al mismo tiempo quiero saber todo lo referente a Collin Durant. No creo que éste tenga nada deshonesto en sus antecedentes porque no se halla en situación de verse acusado de nada vergonzoso, a menos que haya sabido disimularlo muy bien. No, el eslabón de la cadena será Maxine.

—Esto valdrá un enorme montón de billetes —gruñó Drake.

—Lo sé —admitió Mason—. Pero va a costar un montón de dinero, de todos modos. Tengo la definitiva impresión de que hay algo falso en el asunto. Ya puedes imaginarte mi posición si llega a saberse que Perry Mason se ha dejado embaucar.

—¿Dónde encajas tú en el cuadro?

—Encajo muy bien en el cuadro porque Lattimer Rankin, el comerciante que le vendió el cuadro a Otto Olney, fue el que salió perdiendo en primer lugar con las observaciones calumniosas de Durant.

—¿Y él cómo se enteró?

—Maxine Lindsay se lo dijo.

—¿Por qué?

—Porque es amiga suya. La joven desea llegar a ser alguien como retratista, y Rankin la está protegiendo. Ella le está agradecida y…

—¡Oh!… ¡Oh! Empiezo a ver claro —dijo Drake—. Y me parece que, en efecto, este asunto está bastante turbio.

—Todo lo es, cada elemento —gruñó Mason—. Confidencialmente, Rankin vino a verme para que presentara una demanda contra Durant. Yo le contesté que esto era una tontería, que era Olney quien debía pleitear, y que esto dejaría a Durant fuera de combate.

—¿Rankin quería dejarle fuera de combate?

—No leí en su mente, ni tampoco te lo diría si lo supiera. Durant es un advenedizo. Yo le dije a Rankin que no era conveniente para él que pusiera su reputación en la picota pública, sino que debía de ser el cuadro lo único que tenía que figurar en el caso. Entonces, Rankin fue a ver a Olney, éste habló con sus abogados, los abogados me llamaron… y aquí estamos.

—Y supongo que tú les dijiste a los abogados de Olney todo lo que tenían que hacer, ¿verdad?

—Bien, no necesité decírselo —suspiró Mason—. Son abogados. Conocen su oficio. Buscaron un experto en arte para que examinara el cuadro. Y se alegraron al saber que yo poseía una declaración jurada que demostraría que Durant había proferido una calumnia respecto a la paternidad del cuadro.

—Bueno —exclamó Drake, pensativamente—, el botón es bueno y puede encajar en la chaqueta. ¿Por dónde empezamos?

—Primero dispón a tus hombres —le ordenó Mason—. Después, llamaré a Maxine al número que dejó… Mire ese número, Della, luego vaya a nuestra oficina y consulte sus notas. Usted tiene el número del apartamento de Lindsay. Vea si es el mismo y…

—No —objetó Della—, no es el número de su apartamento. Lo sé. El distrito es diferente.

—De acuerdo, voy a llamarla.

—¿Ahora? —preguntó el detective.

—Ahora —repitió el abogado—. Quiero citarla a un lugar desde

el que pueda ser seguida. Esto solucionará el problema. Estoy seguro que una vez se haya entrevistado conmigo se irá a ver a Durant. Paul, ponte en una extensión. Della, póngase en otra, y mientras yo hablo con ella tomen nota de la conversación.

—Puedo hacer algo mejor —propuso Drake—. Pondré en marcha el magnetófono.

Mason sonrió.

—Eres excesivamente precavido, Paul.

Drake sacudió la cabeza.

—Soy ético, Perry, pero no tanto.

—De acuerdo, adelante, y graba la conversación. Della, marque el número. Paul, pon el aparato en marcha. ¿Qué teléfono cojo, Paul?

—Della, marque en este aparato —le indicó Drake—, yo escucharé en éste y tú hablarás por éste, Perry. Y recuerde, Della, que es absolutamente necesario que la joven no sepa que somos tres los que estamos a la escucha de su voz. Limítese a decir. «Un momento, señorita Lindsay, voy a ponerla en comunicación con el señor Mason». Entonces, murmure algo, como si hablase con Perry, o diga: «Aquí la tiene, jefe».

Della Street asintió y alzó el receptor.

—¿Todo listo? —inquirió.

Drake pulsó el botón bajo la mesa y contestó:

—Della, apriete ese botón pidiendo línea exterior. Yo ya estoy preparado. Y recuerde —le advirtió finalmente— que no debe toser ni respirar junto al micrófono. Si esa chica intuye que somos tres los que estamos a la escucha, colgará el teléfono.

—Adelante, Della.

La secretaria, con dedos firmes, giró el numerador. Al cabo de un instante, durante el que se oyeron los timbrazos de llamada, una voz medrosa respondió.

—Hola…

—¿La señorita Lindsay? —preguntó Della Street.

—Sí, sí…, ¿quién es? ¿La señorita Street?

—Sí. Usted quería hablar con el señor Mason. Ahora está aquí.

—Oh, sí, gracias —exclamó la voz.

Della Street volvió la cabeza, habló en voz baja y luego algo más

alto:

—Tiene a la señorita Lindsay en la línea, jefe.

Mason esperó un segundo antes de hablar.

—¿Sí? Hola, señorita Lindsay. Al habla Perry Mason.

—Oh, señor Mason. Le agradezco tanto que me haya llamado… Tenía que ponerme en contacto con usted y no sabía cómo hacerlo.

—¿Qué le pasa?

—Me encuentro en un terrible apuro, señor Mason. Es algo privado. No puedo confiárselo a nadie… pero tengo que… Bueno, tengo que irme de la ciudad y no quería que el señor Rankin sufriese debido a que… Bueno, pensé preferible hablar con usted.

—Un momento, Maxine —tronó Mason—. Usted no puede zafarse del compromiso de esta forma.

—Volveré —prometió ella—. Me mantendré en contacto con usted, pero es que ha sucedido algo terrible… No, no puedo quedarme aquí.

Mason le guiñó un ojo a Paul Drake.

—¿Desde dónde llama, Maxine?

—Yo no le he llamado. Ha sido usted a mí.

—Lo sé —admitió Mason—, ¿pero dónde está? Nosotros, mi secretaria y yo, la hemos llamado al número que usted dejó. ¿Es su apartamento?

—No trate de seguirme, señor Mason. Nadie debe saber a dónde voy.

—Sólo se lo he preguntado, Maxine, porque quisiera saber si existe alguna posibilidad inmediata de verla personalmente.

—Yo… Bien, estoy en una cabina telefónica de la terminal del autobús. Creo que he estado esperando esta llamada durante horas interminables.

—¿No está en su apartamento?

—¡No, no, no!

—¿No podríamos vernos en su apartamento?

—¡No, no! No pienso volver allá, señor Mason. No puedo…, no puedo explicárselo. ¡No, no volveré a mi apartamento!

—De acuerdo —concedió Mason—. Mire, quiero que me haga un favor. Bueno, no a mí, sino al señor Rankin. Ya sabe que Rankin la ha estado protegiendo y creo que al menos le debe usted cierta

gratitud.

—Lo sé.

—Bien —aprobó Mason—. Yo esta noche he salido con la señorita Street. Estamos ocupados en cierto caso y fuimos a cenar y bailar un poco… Ahora voy a llevarla a su casa… ¿Tiene usted coche?

—Sí, cerca de aquí.

—Perfecto. Quiero que se reúna usted con nosotros enfrente del apartamento de la señorita Street. Será una reunión privada, de modo que nadie la verá. Puede dejar aparcado su coche, con las luces apagadas. La señorita Street y yo nos presentaremos allí y charlaremos un rato de todo el asunto. Creo que esto, al menos, se lo debe usted a Lattimer Rankin.

La joven vaciló un momento y al final repuso con un hilo de voz:

—Sí, supongo que sí.

—¿Vendrá? —preguntó Mason.

—¿Dónde es?

—En los apartamentos Crittmore, en la avenida Selig, Oeste. Nosotros tardaremos… Bien, concédanos cuarenta y cinco minutos. ¿Nos aguardará?

—Sí…, sí.

—Oiga, Maxine —tronó Mason de nuevo—, esto es muy importante. Estará usted allí, ¿verdad?

—Sí, estaré allí.

—No intente huir.

—No, señor Mason. Cuando prometo una cosa la cumplo.

—Correcto —aprobó Mason—, buena chica. Recuerde que Lattimer Rankin la ha ayudado mucho, y que usted no puede ahora dejarle en mal lugar.

—Oh…, no, señor Mason. Estaré allí. Y procuraré contárselo todo.

—Está bien. Cuarenta y cinco minutos.

—Cuarenta y cinco minutos —repitió la joven antes de colgar.

Los tres receptores del despacho de Paul Drake resonaron simultáneamente.

—Bien —dijo Mason—, ¿qué piensas ahora del botón y la chaqueta, Paul?

—Maldición, ya no sé qué pensar —reconoció Paul—, pero creo que posees una especie de sentido muy particular.

—He visto varias veces ya esta clase de intuiciones en usted, jefe —añadió Della Street—, pero admito que esta vez estaba algo escéptica.

—Muy escéptica, la verdad —la corrigió Mason—. Bien, ahora necesito pasearme un poco… Paul, llama a tus hombres y envíalos allí.

—¿Necesitan mis agentes otra descripción que la que yo les dé?

—Bueno —le dijo Della—, es rubia, con ojos azules, bastantes curvas y…

—¡Al diablo! —la interrumpió Mason—. No necesitas saber cómo es, Paul. Si está allí, se hallará dentro de un coche aparcado con las luces apagadas. Della Street y yo nos acercamos al auto y hablaremos con ella. Cuando la joven se marche, tus hombres podrán seguirla. Si no está… bueno, es inútil toda descripción.

—De acuerdo —asintió Drake—. Ahora, largaos ambos, que yo llamaré a mis hombres. Toda la vecindad de los apartamentos Crittmore hervirá de gente.

—De prisa, Paul —le urgió Mason—. Vamos, Della, sólo tardaremos veinticinco minutos en llegar hasta allí. Esto les dará tiempo sobrado a los agentes de Paul. Y esto también me concederá cinco minutos para reflexionar.

Mason sostuvo la puerta del despacho de Drake, y Della Street se apresuró por el pasillo, empujó la madera volandera, le sonrió a la telefonista de noche y mantuvo abierta la puerta exterior para Perry Mason. Éste, después, abrió la puerta de su propia oficina.

Una vez dentro, el abogado encendió la luz y empezó a medir el suelo con sus zancadas.

Della Street consultó su relojito de pulsera y acto seguido dijo:

—¿Dejará que Maxine se escabulla, jefe?

—Naturalmente. Por esto quiero que la sigan los hombres de Paul Drake. Quiero saber a dónde va y qué hace.

—Si está metida en el timo, podría hacerla arrestar y…

—Y ponerme en la situación del joyero, ¿verdad? —sonrió Mason—. No, Della. Voy a darle cuerda y a ver qué pasa.

El abogado reemprendió su paseo, con los pulgares metidos en el

cinturón, la cabeza ligeramente inclinada hacia delante.

Della Street, que sabía que en tales ocasiones su concentración era absoluta, se sentó contemplándole y consultando de cuando en cuando su reloj.

—Todo encaja dentro de la fórmula perfecta —dijo Mason, al cabo—. Casi es un ejemplo clásico.

Como no se había dirigido a nadie en particular, la secretaria guardó silencio.

El abogado continuó paseando.

—Veo la posición en que nos hallamos —continuó él—. Y hasta veo los titulares: «Millonario demandado por comerciantes de arte por medio millón de dólares…». Los abogados de Olney no querrán saber nada del asunto. Alegarán que fui yo quien les dio las gracias. Todo el mundo sabrá que Perry Mason, el invencible abogado criminólogo, se ha dejado embaucar por unos timadores.

—¿Qué intenta hacer ahora? —inquirió Della Street—. ¿No procurará protegerse?

—La mejor protección, Della —repuso Mason, tras una pausa—, es la contraofensiva. Esperaré hasta que se dispongan a pegar y entonces… atizaré de firme… ¿Qué hora es?

—Aún dispone de otros cinco minutos.

—No me hacen falta —sonrió Mason—. Ya es hora de irnos.

Mason le puso una mano en la espalda, la acarició ligeramente, y ambos salieron al pasillo.

—¿Debo comunicarle a Paul que nos vamos? —preguntó Della.

Mason vaciló un momento.

—No, posiblemente no necesite esta información. Ya se lo comunicarán sus agentes.

—¿Y qué va a hacer usted cuando lleguemos allí?

—Andaré a tientas. Vámonos.

Mason condujo precavidamente por las calles hacia la avenida Selig Oeste, dobló una esquina y aflojó la marcha

—Mantenga los ojos bien abiertos, Della. Busque un coche con las luces apagadas.

—¿No sabe qué marca de coche?

—No. Probablemente un auto utilitario y algo antiguo.

—Allí hay un coche con alguien dentro —indicó Della Street de

repente.

—Un hombre —repuso Mason—. No mire. Debe tratarse de un agente de Paul.

—¡Ah, allí está! A la izquierda.

—Bien —aprobó Mason—. Nos acercamos, así los hombres de Paul no tendrán ninguna dificultad.

Mason deslizó el coche junto al ocupado por Maxine Lindsay.

—Hola, Maxine.

Ella le dirigió un seca sonrisa.

—Hola.

—Trasládese delante del volante, de forma que usted pueda oír desde este lado, Della —le ordenó el abogado a la secretaria—. Baje la ventanilla.

Mason dejó el volante, y Della ocupó el lugar vacante.

El abogado abrió la portezuela del coche de Maxine y dijo:

—Gracias por haber venido, Maxine. Temí que estuviera tan nerviosa y asustada que se largase precipitadamente.

La joven se dio cuenta de que tenía la falda levantada por encima de las rodillas y cuando el abogado se inclinó hacia ella, procuró alisarla.

—Llevo aguardando más de diez minutos. Ha pasado un tipo… Bien, creo que un par de veces.

—Probablemente alguien que buscaba dónde aparcar —la tranquilizó Mason—, o esperando a su chica. Dígame, Maxine, ¿qué le pasa?

—Yo… Oh, señor Mason —gimió la joven—, no puedo decirle todos los detalles. Ha ocurrido algo terrible y tengo que marcharme.

—Está bien. ¿A dónde va?

—No…, no lo sé. No…, no puedo decírselo.

—¡Recuerde —gruñó Mason— que es usted testigo principal de una demanda judicial!

—Lo sé, lo sé. Presté declaración. Bien, puede usted usarla cuando le convenga.

—No puedo usar una declaración jurada —objetó Mason—. La ley permite que una persona tenga derecho a contrainterrogar a los testigos convocados en contra, y si usted va a testificar contra Durant, los abogados de éste tienen derecho a interrogarla a usted.

Por tanto —continuó Mason—, tiene usted que estar presente en la vista.

—Yo… no podré…, al menos por una temporada.

—¿Por qué no?

—No puedo decírselo… No, señor Mason, es demasiado terrible. ¡Por favor, señor Mason, no puedo esperar más! Estoy en un tremendo apuro y… —hizo una pausa para serenarse—. ¿Quiere hacerme un favor, señorita Street? —añadió, dirigiéndose a la secretaria.

—¿Cuál? —inquirió Della desde el otro coche.

—Mi apartamento —dijo Maxine—. Tuve que dejar en él a mi canario. Yo no regresaré hasta… bueno, hasta dentro de unos días, y no tengo a nadie a quien dejarle el canario. Le dejé alpiste y agua suficientes hasta mañana. ¿Quiere la llave de mi apartamento, ir allí mañana y llevar el pájaro a alguna tienda de animales domésticos?

—Tal vez me cuidaré yo del canario —respondió Della Street, mirando significativamente al abogado.

—¿De veras? ¡Esto sería maravilloso! Si supiera que mi pajarito tiene a alguien que se cuide de él, yo…

—¿Cuándo piensa regresar? —intervino Perry Mason.

—No lo sé. Volveré, pero no puedo decirle cuándo. Ojalá lo supiera. Tengo que irme, señor Mason. ¿No lo entiende? De haber querido esfumarme no le habría llamado. Me habría marchado quedamente y usted no se habría enterado hasta que me hubiera necesitado como testigo.

—Esto es lo que me extraña —confesó Mason.

—¿Por qué?

—No encaja con lo demás.

—¿Con lo demás?

—Oh, no importa. Bien, ¿cómo sabrá usted que yo la necesito?

—Ponga un anuncio en un periódico, señor Mason. Algo así como «Venga para el juicio. Necesito mi testigo», y firme con la inicial M. Entonces me pondré en contacto con usted. Pero tendrá que disponer las cosas de manera que pueda aparecer ante el tribunal y volver a desaparecer inmediatamente. Mire, no quiero que haya ningún mal entendido, señor Mason. Yo declararé de acuerdo con mi anterior declaración, pero nada más. No quiero que

se me interrogue respecto a nada más.

—¿A qué se refiere al decir nada más?

—A todo…, a todo en absoluto. Y ahora debo marcharme, señor Mason. No puedo decirle nada. Ya he perdido demasiado tiempo. ¿Querrá entregársela a la señorita Street? —le preguntó a Mason, tendiéndole una llave—. Gracias a los dos…, muchas gracias. Siento que haya ocurrido esto… pero no puedo quedarme más tiempo.

Le alargó la mano al abogado.

—Adiós, señor Mason.

Perry Mason vaciló un momento, aceptó su mano y respondió:

—Adiós.

Inmediatamente saltó del coche, cerró la portezuela y al momento Maxine puso en marcha el motor.

Tan pronto como los faros se apartaron del bordillo, un auto situado a medio bloque más atrás se situó en el centro de la calzada. Otro coche dobló la esquina, en tanto el conductor aparentaba buscar un sitio donde aparcar, a velocidad tan reducida que obstruía el tráfico.

Maxine, impaciente, tocó el claxon.

Otro coche, detrás del de Maxine, también hizo sonar la bocina con impaciencia.

El vehículo que bloqueaba el tráfico se apartó a un lado, y los autos comenzaron a avanzar, como una fila de lucecitas rojas, en una unidad compacta.

—¿Los hombres de Drake? —preguntó Della Street.

—Los hombres de Drake —repuso Mason.

—Bien, ¿y ahora qué?

—No lo sé, Della. El abogado que hay en mí me dice que Durant es un fantasma. Por otra parte, también me dice que esa chica es sincera, que se halla en un apuro terrible y que se presentará cuando se vea el juicio.

—En otras palabras —dictaminó Della—, su intuición sigue dos direcciones diferentes.

—Para llegar a dos conclusiones distintas —terminó Mason—. Todo dependerá del sitio adonde ella vaya y lo que haga.

—¿Cree que los hombres de Drake podrán seguirla?

—La seguirán —rió Mason, confiado—. La única dificultad

estriba en que ella llegue a descubrir que la siguen.

—¿Y nosotros? —preguntó Della—. ¿Tenemos que registrar esta noche su apartamento?

Mason sacudió la cabeza.

—Esta llave puede ser una trampa… Y, sin embargo, creo que esta chica es sincera. Bien, señorita Street, ya está usted delante de su apartamento, y aprovechando la ocasión, la dejaré en el mismo, sana y salva.

—¡Qué amable es usted! —se burló ella—. ¿Y mi coche, que está en el apartamento de la oficina?

—En estas circunstancias, estoy seguro de que el Departamento de Rentas Internas considerará que un taxi será un gasto perfectamente deducible del total, si lo coge usted mañana por la mañana.

—A propósito —insistió Della Street—. ¿Sabrá usted dónde pasa Maxine la noche?

—Si los hombres de Paul son tan listos como parece, sabremos de hora en hora, exactamente dónde está. Además, mañana por la mañana sabremos algo de su pasado, y mañana por la tarde poseeremos una gruesa carpeta referente a una aterrada Maxine Lindsay.

—¿Quiere usted la llave de su apartamento? —inquirió Della.

—¡No, cáspita! ¿Por qué tengo que quedármela yo? La llave le fue entregada a usted, Della, para una cosa sumamente inocente. Tan inocente como un canario. En poder mío, la situación resultaría algo más peliaguda.

—No lo entiendo.

—Supongamos que cuando Maxine suba al estrado de los testigos, si llega a comparecer, un abogado la interrogue y le pregunte casualmente: «¿Leyó usted en los periódicos que Otto Olney presentó una denuncia contra el señor Durant?», y ella conteste: «Sí». Entonces, el abogado continuaría: «¿Vio a Perry Mason en la conferencia de prensa celebrada a bordo del yate del señor Olney?». «Sí», sería la respuesta. Luego, el abogado haría una mueca y añadiría: «¿Y no sabe, señorita Lindsay, que el señor Mason hace ya tiempo que posee una llave de su apartamento?». Tras lo cual les sonreiría a los del jurado y agregaría: «Gracias, esto

es todo, señorita Lindsay. No tengo más preguntas que dirigirle».

—Comprendo —asintió Della Street—. Bien, entonces soy yo quien debe quedarse con la llave del apartamento.

—Exactamente. Tome un taxi mañana para ir a la oficina, y ahora, si no tiene ninguna objeción que oponer, llevaré el coche al lugar que ha dejado libre Maxine, y luego la acompañaré hasta su apartamento.

—Esto es un buen servicio —declaró Della—. Le agradezco la sugerencia. Sin embargo, me gustaría saber si este acto es social o profesional.

—Ha sido profesional hasta ahora —observó Mason—. Pero la acción final de escoltarla hasta su puerta es puramente social.

—¿Y después…?

—Creo que existe una costumbre casi universal de darse un beso nocturno de despedida los que actúan de manera tan social. ¿No es cierto?

—Bueno, si existe esta costumbre…

Della Street se ruborizó en la oscuridad.

Capítulo VII

Mason salió del ascensor a la mañana siguiente, se detuvo en la oficina de Paul Drake y le dijo a la telefonista de la centralita:

—¿Está Paul?

—Está al teléfono —le contestó ella.

—Voy a entrar. ¿Hay alguien con él?

—Nadie. No hace más que telefonear a diestro y siniestro.

—Temo que yo soy el responsable de tanto jaleo —confesó el abogado—. Iré a echarle una mano.

Perry Mason recorrió el pasillo hasta llegar al despacho de Paul Drake.

Abrió la puerta.

Drake estaba aullando por teléfono.

—Bien, Bill, sigue con esto. Consigue todo lo que puedas. Si necesitas un relevo… Entiendo… Sí, parece algo ingenuo… Bueno, si está preocupada, todo va bien.

Drake dejó el receptor sobre la horquilla.

—Hola, Perry —cogió un cigarrillo—. Llevo de pie toda la noche.

—Encantado de saberlo —rió Mason—. No te gustaría cobrar tu dinero sin hacer algo por ganarlo, ¿verdad?

—Pues esta vez tendré que cobrar un buen pellizco. Espero que tu cliente tenga las ruedas bien untadas.

—El cliente al que te refieres, por el momento, es Perry Mason.

—¡Tú! —exclamó Drake, con la cerilla a medio camino—. ¡Tú!

—Exacto. Quiero asegurarme de no haber sido estafado. ¿Qué sabes de Maxine?

—Maxine —repuso Drake— ha dejado un rastro muy claro. Tengo a cuatro chicos a su cola.

—Ya vi que era toda una pandilla —rió Mason.

—¿Te diste cuenta?

—Bueno, yo lo sabía. Pero tengo la sensación de que Maxine estaba demasiado preocupada por otros motivos para prestar atención a cuanto la rodeaba.

—Bien, tu sensación es exacta, a menos que la chica sea una actriz consumada —afirmó Drake—. Se dirigió hacia el norte, sin que al parecer le importase nada, excepto llegar allí. Primero condujo hasta una cafetería abierta toda la noche, aparcó, compró unos pasteles, un cepillo, un peine, pasta de dientes y un par de pijamas. Después se detuvo en una estación de gasolina y llenó el depósito hasta arriba. Se dirigió hacia Bakersfield, fue a un motel y durmió seis horas, transcurrido dicho plazo volvió a ponerse en marcha, y en este momento se halla en Merced.

—¿Se ha parado allí? —quiso saber Mason.

—Sí, para desayunarse, volver a llenar el depósito de gasolina y disponerse a reemprender la marcha.

—¿Cuántos hombres la siguen? —preguntó Mason.

—Por el momento, sólo dos, porque son los que se necesitan. Les dije a los otros que regresasen. Uno va delante de ella, y el otro detrás. De cuando en cuando cambian de posición, de manera que Maxine no debe saber que la siguen, aunque con franqueza no creo que piense en nada.

—¿Qué has averiguado respecto a su pasado?

—Trabajó como modelo en Nueva York, vino a Hollywood creyendo que todas las puertas se le abrirían de par en par, volvió a posar como modelo, engordó ligeramente, se dedicó a la técnica de los retratos y esto parece ser todo.

—¿Amigos?

—No he podido descubrir interés por ninguno en particular. Parece haber estado solamente enamorada de su trabajo. Es ambiciosa.

—¿Qué más?

—Un comerciante en arte llamado Lattimer Rankin —prosiguió Drake tras una pausa— le ha proporcionado trabajo y parece tener cierto interés en ella. Maxine conoce a unas cuantas modelos, unos cuantos artistas, es apreciada por ellos… y nada más. Sigo

buscando. Probablemente habrá tenido algunos romances.

—¿Y Durant?

—Durant es un farsante —afirmó Paul Drake—. Se libró del ejército alegando una dolencia. Se dedicó a la crítica de arte, luego se convirtió en traficante de cuadros y comenzó a dar conferencias; habla mucho, sabe muy poco, posee grandes recursos, le gusta conducir coches veloces que compra de segunda o tercera mano, y le recogieron un par cuyos plazos no pudo abonar. Debe dos meses de alquiler de su apartamento y no creo que haya estado allí esta noche. Si acaso, se ha quedado dormido hasta muy tarde. Tengo a un hombre trabajando a Durant, y supone que éste está fuera. Su coche no se halla en el garaje del edificio. El…

Sonó el teléfono. Drake se quitó el cigarrillo de entre los labios y alzó el receptor.

—Drake al habla.

El detective escuchó un momento.

—Bien, es tal como me lo imaginaba. Continúa ahí hasta que te dé instrucciones en contra.

Drake colgó.

—Es el agente que se halla delante del edificio de apartamentos. Durant no estuvo allí anoche. En su cama no ha dormido nadie.

—Un tipo así debe de haber estado casado al menos una vez —sugirió Mason.

—Dos, que sepamos —le corrigió el detective—. Una vez, con una joven antes de ingresar en el ejército. Ya roto el matrimonio, a ella le quedó un niño de cuatro meses. Ahora trabaja para mantenerlo. Al ser dado de baja del ejército, por enfermedad, Durant se casó con la hija de una familia acaudalada, pero creo que sin contar con la aprobación del viejo. Éste puso detectives al trabajo, se enteró de cuanto deseaba, esperó hasta que su hija se desilusionó y entonces se deshicieron de Durant sin tener que darle un solo centavo.

—¿Cuánto hace de esto?

—Cuatro años.

—¿Qué ha estado haciendo desde entonces? Me refiero a su vida amorosa.

—Pescando —repuso Drake—. Conoce a diversas modelos que

posan para desnudos, artistas jóvenes que desean sobresalir… Bien, ya conoces la fórmula. Todavía no he podido ahondar demasiado. Y he gastado ya mucho. Claro que supongo que Otto Olney será quien pague, al final de todo.

—No escatimes gastos —le animó Mason—. Quiero resultados. Los necesito. ¿Posees una descripción del coche de Durant?

—Seguro —asintió el detective. Cogió una tarjeta y se la entregó a Mason—. Aquí tienes la marca, el modelo, el número de matrícula, el color…, todo.

Mason contempló la tarjeta pensativamente.

—¿Y en el pasado de Maxine? ¿No hay ningún motivo que la obligue a dirigirse hacia el norte?

—Todavía no sabemos exactamente a dónde se dirige —razonó Drake—. Podría ser Sacramento, Eugenia, Portland, Seattle o Canadá. Dale tiempo. Una cosa es segura: se dispone a realizar un largo viaje, tiene poco dinero, y trata de llegar adonde sea lo antes posible.

—¿Cómo sabes que tiene poco dinero?

—Por ejemplo, por lo del motel. Tardó media hora en encontrar el que le convenía. Bebe café y come poco. Empezó con gasolina de primera calidad; después ha continuado con una mezcla, y ahora ya lleva la más inferior.

—¿Sin tarjeta de crédito?

—Sin tarjeta de crédito. Paga al contado.

—Bueno, sigue con ella, Paul —suspiró Mason—. Ya volveré.

Mason dejó al detective, recorrió el corredor, luego abrió la puerta de su propia oficina y le dijo a Della:

—¿Qué tal?

—Todo bien —contestó Della Street.

—¿Ha dormido bien?

—Maravillosamente.

—¿Ha cogido un taxi?

—No, jefe —sonrió la joven—. Sabía que iría a su cargo y no quise abrumarle. Cogí un autobús, transbordé, cogí otro y he llegado puntualmente.

Mason frunció el ceño.

Debió tomar un taxi.

—Le he ahorrado cuatro dólares con noventa centavos, sin citar la propina —replicó ella.

Mason reflexionó unos instantes.

—Este espíritu de lealtad es el que me hace sentirme…

—¿Sí? —le animó ella.

—Un poco humillado —confesó Mason—. Creo que me lo merezco.

—¿Qué sabe de Drake? —preguntó ella repentinamente—. Le dije que seguramente entraría usted a verle antes de venir aquí.

—Le vi —afirmó Mason—. Durant ha desaparecido.

—¿Y Maxine?

—Se dirige al norte. Y lleva muy poco dinero encima.

Sonó el teléfono.

—Es Paul, Perry —anunció Della Street.

Mason cogió el receptor de su propia mesa.

—¿Qué hay, Paul?

—Algo más respecto a tu amiguita Maxine Lindsay.

—¿Qué es?

—Telegrafió a la señora Phoebe Stigler, de Eugenia, Oregón, para que le envíe veinticinco dólares a la Western Union, Redding, sin identificación.

—¿Cómo lo sabes?

—Telegrafió desde Merced —repuso Drake—. Mi agente le dijo a la chica del mostrador que había perdido el telegrama que le acababan de entregar y empezó a buscar entre el archivo. Por fin pudo echarle una ojeada al telegrama firmado por Maxine.

—Bien, Paul —aprobó Mason—. Trabaja a esa tal señora Phoebe Stigler, de Eugenia. Averigua cuanto puedas sobre ella.

Sonó el teléfono. Della Street alzó su receptor.

—¿Sí, Gertie? ¿Quién es…? Un momento.

Della Street se volvió hacia Perry Mason.

—El señor Hollister de Warton, Warton, Cosgrove y Hollister.

Mason entornó los párpados.

—De acuerdo, pásemelo.

Luego volvió a coger su teléfono.

—Buenos días, señor Hollister. ¿Qué le ocurre esta mañana?

—Nada agradable —rezongó Hollister.

—¿En qué aspecto?

—Se trata de la testigo Maxine Lindsay.

—¿Qué pasa con ella?

—He estado analizando la situación y todo el caso descansa en Maxine y en su testimonio.

—¿Y bien?

—Al principio, pensé que la situación giraba en torno a la cuestión de la autenticidad del cuadro que Rankin le vendió a Olney. Puesto que lo que se ponía en duda era la veracidad e integridad de Rankin, pensé que todo se solucionaría demostrando la autenticidad del cuadro. Por lo visto, lo único que ahora interesa es averiguar si Durant formuló o no su declaración injuriosa. Y esta mañana, naturalmente, se me ha ocurrido pensar que todo el caso gira, por tanto, en tomo al testimonio del único testigo. Debo indicarle, señor Mason, que todas las mañanas a las ocho y media tenemos una conferencia en el despacho, a fin de discutir los detalles de los diferentes litigios que tenemos en curso, y el señor Warton, nuestro primer abogado, señaló que todo este caso se apoya en la comprobación de si Durant efectuó sus observaciones calumniosas, o sea, que todo depende del testimonio de la testigo a este respecto.

—Bien, un testigo puede sentar la veracidad de un hecho, ¿verdad? —arguyó Mason.

—De esto no hay duda, ¿pero está obrando la testigo de buena fe? —objetó Hollister.

—¿Por qué no?

—Supongamos… —Hollister carraspeó—, supongamos que la testigo se casase con Collin Durant antes de la vista del juicio. Entonces, no podría declarar contra su marido y mi cliente se hallaría en una situación… muy precaria.

—¿Tiene alguna base en que apoyar su suposición? —quiso saber Mason.

—Ninguna base, señor Mason —reconoció el abogado—. Uno de mis socios presentó esta teoría.

—Yo no tengo socios, señor Hollister —replicó Perry Mason—, y por tanto, no sostengo conferencias en la oficina con personas a quienes les guste tenerme inquieto.

—Creí que le gustaría conocer nuestra opinión del asunto —dijo Hollister con sequedad.

—De acuerdo. ¿Por qué no cortan ahora mismo el nudo gordiano? ¿Por qué no le notifican a Durant que van a tomarle declaración? ¿Por qué no le preguntan inmediatamente, a la luz del día, si le dijo o no a Maxine Lindsay que el cuadro de Felipe Feteet, colgado en el salón del yate de Otto Olney, es falso?

—Ya se nos ha ocurrido —confesó Hollister.

—Y bien, ¿por qué no lo hacen?

—Bueno… lo meditaré y lo discutiré ampliamente con mis socios.

—Hágalo —le recomendó Mason—. Si ese tipo niega haber formulado tal declaración, ya sabrán ustedes cuál será su defensa. Si, por el contrario, reconoce haberla hecho, entonces sabrán también lo que tienen que hacer. Y oiga…, ¿qué le hace pensar que Maxine Lindsay piense casarse con Collin Durant?

—Bueno, en nuestra conferencia empezamos a meditar sobre lo que podía suceder y cuáles eran las posibilidades. Bien, resulta que esta posibilidad no nos gusta en absoluto, señor Mason.

—Tampoco a mí —admitió el abogado.

—Me alegro de haber tenido la oportunidad de charlar con usted —prosiguió Hollister—. Cuanto más pienso en ello, más me afirmo en mi idea de que debemos saber exactamente dónde estamos, y tal vez tomarle declaración a Durant será lo mejor. Dispondré los documentos y procederemos al momento.

—Hágalo —repitió Mason. Después colgó, se volvió hacia Della Street y dijo—: Estamos sobre una alfombra que alguien se dispone a sacudir con violencia para hacemos caer.

—¿Qué vamos a hacer? —quiso saber Della.

Mason sonrió.

—Clavarla, de modo que cuando el tipo empuje pierda al menos las uñas.

—¿Y después?

—Largamos de aquí sin decirle a nadie a dónde vamos, penetrar en el apartamento de Maxine Lindsay y ver qué descubrimos allí.

—¿Y nos llevaremos el canario?

—Nos llevaremos el canario —le confirmó Mason—, y

registraremos el piso concienzudamente. Tenemos que hallar alguna pista.

—¿Y después qué? —inquirió Della Street.

—Después les preguntaremos a los señores Warton, Warton, Cosgrove y Hollister si quieren un consejero asociado en este caso.

—¿Quién será el consejero?

—Yo —afirmó Mason—. Ya es hora de que alguien con redaños intervenga en el asunto. Le tomaremos declaración a Collin Durant. Le haremos una serie de preguntas sumamente embarazosas. Le preguntaremos si ya ha sido demandado con anterioridad por pregonar la falsedad de otros cuadros. Si dijo o no que el cuadro de Felipe Feteet propiedad de Otto Olney es falso. Cuánto tiempo hace que conoce a Maxine Lindsay. Si piensa casarse con ella. Si ya ha estado casado antes. Le pediremos los nombres de sus esposas y en qué sitio consiguió los divorcios.

—¿Es esto pertinente?

—Seguro que lo es. Si ese tipo piensa que podrá largarse a Oregón, casarse con Maxine y después regresar y burlarse de nosotros está muy equivocado. Averiguaremos si sus divorcios son válidos, o existe algún medio de invalidarlos. Y entonces, tan pronto se case con Maxine le haremos arrestar por bigamia, obligando a Maxine a declarar contra Durant, supuesto que no podrá considerarse casada con él. Por lo visto, ese individuo es muy casamentero, y tal vez se haya casado otras veces para impedir que sus esposas declarasen contra él.

—¿Qué le hace pensar que se ha citado con Maxine en Oregón? —inquirió Della Street.

—Bueno, todo parece indicarlo, ¿no? ¿Dónde está Collin Durant? Falta de su casa, no aparece su coche, y Maxine se dirige al norte. Tenía que irse anoche. Evidentemente, acude a una cita previa.

—Sí, todo encaja —admitió la secretaria.

—Bien, vámonos.

—¿No va a decirle a Paul adónde vamos?

—No voy a decírselo a nadie.

Una vez en el coche de Mason, Della dijo:

—Maxine me entregó su llave. Por tanto, lo que vamos a hacer

es legal, ¿verdad?

—Ella le entregó una llave para que fuese en busca del canario, Della —le recordó el abogado—, pero sospecho que no podrá encontrar fácilmente la comida para el pajarito, y que tendrá que buscarla afanosamente.

—¿En la cocina?

—Bueno, nunca se sabe con una joven como Maxine —repuso Mason—. Puede guardarla en su dormitorio o en un armario. O dentro de una maleta o de un cajón. Un paquete de alpiste puede tenerse en cualquier sitio… y, además, hay el jibión para afilarse el pico. No es posible mantener en buen estado a un canario sin jibión y… Bueno, se me ocurren muchas cosas necesarias para un pobre canario.

—Claro. Por tanto, tendremos que buscar en varios sitios.

—No se equivoque, Della. Miraremos en «todas» partes.

Mason condujo en silencio. Della Street iba meditando respecto a todas las posibilidades.

—No necesitamos andar más tiempo a ciegas, Della —comentó por fin al abogado—. El rastro resulta muy claro. El hecho de que Warton, Warton, Cosgrove y Hollister hayan empezado a inquietarse resulta muy prometedor. Si se trata de una estafa, ya es hora de que algún abogado se presente como representante de Durant y empiece a levantar la liebre.

—¿Cree que Olney accedería a pagar?

—Sus abogados forman una sociedad —replicó Mason—. No están acostumbrados a batallar con rudeza. Ahora comienzan a darse cuenta del jaleo que se le avecina a su cliente, y naturalmente desean protegerle. La única diferencia entre sus métodos y los míos, es que yo peleo sin atenerme a ninguna regla. No creo, pues, que a ellos les guste.

—Ésta es la casa —anunció Della Street—. Creo que a esta hora no nos será difícil aparcar. Ah, allí hay un hueco.

—Está demasiado lejos. Debemos encontrar uno más próximo —opuso Mason.

De pronto frenó casi en seco.

—¿Qué pasa? —preguntó Della Street, sobresaltada.

—Aquel coche —le indicó Mason con el índice. Era un vehículo

de majestuoso aspecto, aparcado junto al bordillo.

—¿Y bien?

—Concuerda con la descripción del último coche de Durant. Paul Drake me entregó una tarjeta antes… Sí, creo que es el mismo número de matrícula. Salga y échele una ojeada al número de registro del cuadro de mandos, ¿quiere, Della?

La joven obedeció y regresó al coche de Mason.

—Sí, se trata del automóvil de Collin Max Durant.

—¡Esto se pone interesante! —gruñó Mason—. ¿Qué estará haciendo aquí ese pájaro?

—¿Tratando de ver a Maxine? —sugirió Della.

—Sea como sea —opinó Mason—, ese tipo lleva aquí mucho tiempo, o le gusta andar. Cuando aparcó el auto, no había mucho sitio disponible cerca del edificio, lo cual significa que, o bien los dos ocupantes del edificio todavía no habían ido a trabajar, o que llegó de noche, cuando ya todo el mundo estaba en casa, dejando los coches aparcados en la calle.

—Bien, puesto que sabemos que Maxine no estuvo en su apartamento la noche pasada —replicó Della Street—, todo parece indicar que Durant llegó esta mañana y…

—O que la estuvo esperando toda la noche —la atajó Mason—, en cuyo caso seguramente habrá logrado penetrar en el apartamento por sus propios medios.

—Tal vez tenga una llave.

—Tal vez. Estas cosas suelen ocurrir —admitió el abogado.

Perry Mason condujo el coche hasta un sitio vacante cerca del portal del edificio.

—¿Cuál es el número, Della?

—El trescientos treinta y ocho B.

—Bueno, subamos y veremos qué pasa —propuso Mason.

—Si Durant se halla en el apartamento, ¿qué haremos?

—Lo que se nos ocurra —contestó Mason—. Creo que lo mejor será mostramos duros. Si quiere pelea, haremos que sepa que no estamos dispuestos a ceder terreno.

Entraron en el ascensor y al salir del mismo, se orientaron buscando los números de las puertas, hasta llegar al apartamento 338-B. Della Street le entregó silenciosamente la llave a Perry

Mason.

El abogado la insertó quedamente en la cerradura y aplicó cierta presión. No ocurrió nada.

—¿No es esta llave? —preguntó Della Street, alarmada.

Mason probó el pestillo.

—No, la puerta ha quedado entornada —dijo. Giró el picaporte y abrió la puerta.

El apartamento estaba vacío y en perfecto orden.

Mason se plantó en el umbral, paseando la mirada en torno. Della Street, detrás, le colocó una mano sobre un brazo.

—Aquí no hay nadie.

—Bien, allí hay una cocinita o un dormitorio —señaló Mason—. Probablemente, lo primero.

El abogado cerró la puerta del apartamento sin hacer ruido. Luego cruzó la estancia y abrió otra puerta que reveló una cocina, con un refrigerador casi de bolsillo.

—Debe de haber una cama empotrada en la pared —opinó Mason—. Por lo visto es todo cuanto hay, excepto el baño.

Mason abrió la puerta del cuarto de baño y retrocedió al punto. Della Street ahogó un alarido.

El cuerpo del hombre estaba boca abajo, las piernas separadas sobre las losetas y la parte superior del cuerpo descansando sobre el reborde del baño.

Mason se inclinó sobre el cuerpo.

—¿Está…? —a Della Street le falló la voz.

—Es Collin M. Durant —afirmó Mason—, nuestro escurridizo amigo de anoche, y está tan muerto como mi tatarabuelo. Vea estos agujeros en la espalda.

Mason tocó la rígida figura.

—¿Cuánto hace que murió? —inquirió Della Street.

—Ésta será la gran pregunta —contestó Mason—. Observe que las luces están encendidas, Della.

—Entonces, debió venir hacia aquí casi tan pronto como se separó de nosotros anoche en el restaurante —meditó Della Street —. Las luces están encendidas. Maxine, normalmente, las habría apagado… y Durant no deshizo su cama anoche.

—Y… —agregó Mason—, ¿estaba aquí cuando Maxine se

marchó? ¿Puede demostrar la joven que estaba aguardando en una terminal, junto a una cabina telefónica? Tenemos que llamar a Homicidios inmediatamente, Della. Los minutos son preciosos. Tienen que determinar el momento de la muerte, y nosotros no debemos obstruir el curso legal de la justicia. ¡Hola! ¿Qué es esto?

—¿Qué? —se interesó Della Street.

Mason le mostró a su secretaria la entreabierta chaqueta del difunto.

—Fíjese en este bolsillo interior. Está repleto de billetes de cien dólares. Y éste es el individuo que se supone perdió dos autos por no poder atender los plazos y que debe dos meses de alquiler, el mozo que nunca dispone de dinero.

—¿Cuánto habrá ahí?

—Lo ignoro y no deseo aceptar la responsabilidad de contarlo. Se supone que no hemos tocado nada.

El abogado se enderezó.

—¿Cuánto tarda en presentarse el *rigor mortis*? —preguntó la secretaria.

—Depende de la temperatura, de la actividad del cuerpo antes de la muerte, del grado de excitación… Usualmente, de ocho a doce horas, pero puede tardar hasta dieciocho en presentarse. Fíjese en que el «rigor» ya se ha presentado por completo en este cuerpo, pero todavía no ha empezado a decrecer.

—¡Santo cielo! —exclamó Della Street—. Esto cambia por completo el aspecto del caso, ¿verdad?

—No sólo el aspecto —rectificó Mason—, sino que cambia el caso por completo. Vamos, Della, tenemos que llamar a Homicidios y que nuestro amigo el teniente Tragg nos interrogue para saber cómo diablos hemos descubierto otro cadáver.

Se movieron hacia la puerta. De pronto, Mason exclamó:

—Della, voy a situarla en la línea de fuego.

—¿Qué quiere decir?

—Telefoneará usted a Homicidios y les contará la historia.

—¿Qué historia?

—Dígales que Maxine Lindsay era testigo de un caso y que, aunque yo no era el abogado del mismo, estoy interesado en él. Que anoche la joven le comunicó a usted que se marchaba de la ciudad

y le entregó la llave de su apartamento para que se cuidara de su canario.

—¡Diantre, el canario! —gritó Della Street—. Por poco me olvido del animalito. ¿Dónde está?

—Una pregunta acertada —opinó Mason, mirando a su alrededor—. No hay signo de jaula ni de pájaro… ni de que haya habido nunca ninguno.

Della Street miró significativamente al abogado.

—¿Y esto qué significa?

—Puede significar un montón de cosas, Della; debemos tener mucho cuidado. Dígale a la policía toda la verdad respecto al lugar en que vio usted a Maxine. No les mencione la hora a que nos telefoneó, ni el número que nos dio ni el sitio donde dijo que se encontraba.

—Caramba, jefe —exclamó Della Street—, sólo tomé nota mental de aquel número, puesto que nos dijo que se trataba del de una cabina telefónica.

Mason estaba cavilando.

—Dígales que ella le entregó la llave de su apartamento. Que no puede decirle a nadie el motivo que le dio hasta ponerse en comunicación conmigo. Maxine le entregó una llave de su apartamento y eso es todo, punto final. Usted aceptó la llave y vino aquí conmigo. No puede contarles nada del caso sin mi permiso. Sin embargo, debe comunicarles todo lo referente al descubrimiento del cadáver, la hora, por qué hemos venido, y de qué manera hallamos la puerta entornada.

—¿Les digo que ha estado usted aquí conmigo?

—Seguro.

—¿Y dónde les digo que está usted? Querrán saberlo.

—Diga que no podía perder tiempo. Una cita profesional… Se pondrán furiosos, pero conmigo, no con usted.

—¿No es obligación comunicar el descubrimiento de un cadáver al instante? Quien lo encuentra tiene que presentarse y…

—Pues eso hago, comunicarlo. Es decir, lo comunica usted, que es mi empleada. Lo que hago por medio de mis empleados es como si lo hiciera yo mismo —respondió Mason—. Por otra parte, no puedo permitirme el lujo de tener a mi alrededor un puñado de

policías interrogándome en estos momentos. Tengo que ir a varios sitios.

—¿A dónde?

Pero antes de que Mason pudiera contestarle, la joven exclamó.

—Oh, ya lo sé. Va a coger un avión hacia el norte.

—Exactamente —afirmó Mason—, y usted no se lo dirá a nadie, ni permitiremos que la policía sepa que Paul Drake trabaja en este caso y ha puesto hombres tras la pista de Maxine. Ya se lo contaremos más adelante.

—¿Llegará a tiempo?

—Creo que sí. Cogeré un avión hasta San Francisco y allí fletaré otro, si puedo. Tal vez consiga enlazar con uno hasta Sacramento, y después otro de la Pacific Airlines… Sea como sea, Della, llegaré allí a tiempo.

—¿Telefoneo ahora mismo a la policía?

—Ahora mismo —puntualizó Mason—. Pregunte por el teniente Tragg, de Homicidios. Será mejor que utilice un teléfono de abajo. En el de aquí puede haber huellas interesantes para la policía.

Mason giró la falleba de la puerta y dejó pasar antes a Della Street.

—Coja el ascensor —le indicó—. Yo iré por la escalera. Tome un taxi para volver a la oficina.

El abogado corrió hacia la escalera, que bajó de dos en dos.

Capítulo VIII

Eran las tres y media de la tarde cuando el taxi que Perry Mason había alquilado en el aeropuerto de Redding le depositó en la oficina de la Western Union.

Mason, con su mejor sonrisa, dijo en la ventanilla:

—Me llamo Stigler. Tenía que girarle veinticinco dólares a la hermana de mi esposa, Maxine Lindsay, desde Eugenia, sin identificación. Pero ignoro si habrá recibido ya el dinero.

La empleada vaciló un momento y después consultó sus archivos.

—No, señor Stigler, todavía no.

—Gracias. Espero encontrarla, entonces. A lo mejor, necesita más. Muchas gracias. Esperaré fuera. No creo que tarde.

Mason salió a la calle, encontró una cabina telefónica en una estación de servicio desde la que podía seguir observando la central de telégrafos y llamó por conferencia a Paul Drake.

—Hola, Paul. Estoy en Redding. Esa joven todavía no se ha presentado a cobrar el giro. ¿Sabes dónde está ahora?

—No creo que tarde en presentarse —le manifestó el detective —. Mi agente comunicó desde Chico. Se paró allí para comer algo, hizo que le comprobasen los neumáticos y puso gasolina en el auto, pero no llenó el depósito. Evidentemente, ha gastado ya su último centavo.

—Gracias, la esperaré aquí.

—¿Y mis agentes? —quiso saber Paul Drake—. ¿Quieres que continúen después de haber tú establecido contacto?

—Ya te lo comunicaré, pero haz que sigan hasta que yo dé orden en contra. Y, naturalmente, se supone que no me reconocerán.

—¡Hombre, son profesionales! —exclamó Paul Drake—. A lo

mejor serás tú quien no logres descubrirles.

Mason cortó la comunicación, salió de la cabina y se acercó al bordillo de la acera. Habrían transcurrido unos veinte minutos cuando Maxine Lindsay, con los ojos ligeramente enrojecidos, la cara ajada y gris por el cansancio, apareció al volante de su coche, buscando un sitio donde aparcar.

Se dirigió a la gasolinera desde la que había telefoneado Mason.

—¿Puedo dejar aquí el coche —le preguntó a un empleado—, mientras voy a la oficina de telégrafos a recoger un giro? Cuando vuelva podrá llenarme el depósito.

—Lo llenaré ahora, señorita, y ya me lo pagará luego —se ofreció el hombre.

—No… no, gracias. Espero cobrar en telégrafos, pero si el giro no hubiese llegado no podría pagarle.

El empleado la contempló con simpatía.

—Deje aquí el coche, señorita. Con toda seguridad, el dinero le estará esperando.

—Así lo espero —Maxine le dirigió una sonrisa y luego, saltando del coche, echó a andar fatigosamente por la acera.

Tan cansada estaba que no reparó en Perry Mason hasta estar a su lado.

—Le pido perdón pero…

Se paró en seco, lanzando un respingo.

—Lamento haberle dado este susto, Maxine —se disculpó Mason —, pero tenemos que hablar.

—Yo… usted… ¿Cómo ha conseguido localizarme?

—Enlazando a tiempo en Sacramento con un avión de la Pacific Airlines. ¿Cansada, Maxine?

—Agotada.

—¿Hambrienta?

—He comido algo en Chico. Ya no podía más. He vivido a base de café. Gasté mi último centavo.

—De acuerdo. En correos le esperan veinticinco dólares. ¿Vamos a recogerlos?

—¿Pero… pero cómo está enterado de todos estos detalles?

—Es mi oficio. Veinticinco dólares que le envía la señora Phoebe Stigler, de Eugenia, Oregón.

—Está bien —dijo Maxine, sarcástica—, puesto que sabe esto, presumo que también estará enterado de lo demás.

Mason sonrió de manera enigmática.

—Recoja el dinero, Maxine, y luego nos sentaremos a tomar una taza de café y charlaremos.

—No tengo tiempo —se excusó la joven—. Debo continuar. La carretera era infernal y estoy destrozada.

—Vamos, recoja el dinero y hablaremos. Tal vez después ya no tendrá tanta prisa.

El abogado penetró en telégrafos, le sonrió a la empleada y empujó a Maxine hacia adelante.

—¿Tiene usted un giro para mí, Maxine Lindsay?

—Sí, señorita Lindsay. ¿Quiere firmar, por favor? ¿Espera dinero?

—Sí.

—¿Cuánto?

—Veinticinco dólares.

—¿De dónde?

—De Eugenia, Oregón. Los envía la señora Phoebe Stigler.

—Firme aquí, por favor.

Maxine firmó con su nombre, la empleada le entregó dos billetes de diez dólares y uno de cinco y le sonrió a Mason.

Mason cogió a la joven del brazo.

—Vamos, recogeremos el coche y tomaremos una taza de café.

Fueron hacia la estación de servicio, donde Maxine dio instrucciones para su coche, y después se dirigieron a un restaurante. La joven se dejó caer en una silla y colocando los codos sobre la mesa apoyó el mentón en sus manos.

—Ha sido una buena carrera —alabó Mason—. No debe continuar hasta haber dormido.

—Tengo que llegar hasta allí.

—Dos tazas de café —le ordenó Mason a la camarera—, y traiga una cafetera llena. ¿Leche, azúcar? —le preguntó después a Maxine.

—Nada más —rechazó la joven el ofrecimiento—. Ya he engordado demasiado.

La camarera miró a Mason interrogadoramente.

—Café solo para mí —dijo aquél.

La camarera se alejó y poco después regresó con dos tazas de café y dos potes de metal.

—Los usamos para el agua caliente —explicó la muchacha—, pero ahora están llenos de café.

—Excelente —aprobó Mason, entregándole un billete de cinco dólares—. Por favor, pague la cuenta y quédese con el cambio. No deseamos ser molestados.

El semblante de la camarera se iluminó.

—Oh, gracias. Muchas gracias. Si puedo servirles en algo más…

—No, gracias.

—Si quieren algo, levanten una mano. Estaré atenta.

Maxine agitó el café con una cucharilla, se la llevó a los labios, probó el líquido para determinar la temperatura, y se retrepó en el asiento con una actitud desolada.

—Bien, usted quiso que cuidáramos de su canario —empezó a decirle Mason.

La joven alzó la vista.

—Pero —continuó el abogado— no había canario.

La joven había comenzado a llevarse la taza a los labios, mirando a Mason con ojos fatigados. De pronto se puso alerta, deteniendo la taza delante de su boca.

—¿No había… qué?

—No había ningún canario.

—¿Qué está diciendo? ¡Claro que había un canario! Está en su jaula… Siempre ha estado allí mi *Dickey*.

—No hay ningún canario —repitió Mason.

—Pero… pero no lo entiendo… Tenía que estar allí. *Dickey* estaba… está allí.

—No había canario, pero sí otra cosa.

—¿Qué quiere decir? ¿Qué otra cosa?

—Un cadáver en su ducha.

La taza de café vaciló y la joven comenzó a dejarla sobre el platillo.

—El cadáver de Collin Durant, en su ducha, muerto por la espalda de dos o tres balazos.

La taza se escurrió de los nerviosos dedos. El café se derramó sobre la mesa. Hasta que el reguero llegó a su falda y el caliente

líquido le hubo empapado el vestido, Maxine no chilló. Mason alzó la mano.

La camarera se acercó al instante.

—Ha habido un accidente —le explicó Mason.

La camarera le dedicó una mirada aguda, inquisitiva. Luego, con una máscara en su semblante, dijo:

—Les traeré una toalla. ¿Quieren trasladarse a otra mesita?

Maxine cruzó el pasillo, se sacudió la falda, cogió una servilleta y procedió a secarse el café. Su cara estaba tan blanca como el yeso de las paredes.

—Siéntese aquí —le indicó Mason.

La camarera apareció con un trapo, secó el café derramado, fue corriendo en busca de otra taza y la dejó sobre la mesita elegida por el abogado.

—Bien, ahora conténgase —le aconsejó Mason a la antigua modelo—. ¿Pretende decirme que el cadáver de Durant no se hallaba en su apartamento cuando le dio usted a Della Street la llave y le dijo que subiera?

—De veras, señor Mason, no… ¿No me está engañando?

—Le estoy diciendo la verdad.

—Esto cambia mucho el asunto —dijo ella, después de una corta reflexión.

—Sí, esto lo cambia todo —asintió Mason—. Y ahora, tal vez acceda a decirme…

—No estará tendiéndome una trampa, ¿eh?

—¿Qué quiere decir?

—Collin Durant…, ¿está muerto de veras?

—Está muerto. Le dispararon por la espalda, dos o tres veces. Su cuerpo cayó hacia la bañera. Se trata tan sólo de una suposición, pero yo diría que estaba buscando algo en el apartamento cuando lo mataron; seguramente entró en el cuarto de baño, separó las cortinas de la ducha y en aquel momento alguien le aplicó a la espalda un revólver de poco calibre y apretó el gatillo varias veces. ¿Tiene esto algún significado para usted?

—No…, no… Y yo no lo hice, si a esto se refiere.

—Bien, supongamos que ahora me habla un poco de Durant —le sugirió Mason.

—Durant era… un demonio.

—Adelante.

—Poseía el par de orejas más agudas del mundo. Lo escuchaba todo y no olvidaba nada. Animaba a hablar a la gente, de sus negocios, de sus asuntos particulares. Era el oyente más atento y simpático del mundo, y recordaba todo cuanto oía. A veces creo que cuando llegaba a su casa lo grababa todo en una cinta magnetofónica. Estudiaba cada retazo de conversación, cada chisme y después lo relacionaba todo, lo juntaba, lo hacía encajar como en un rompecabezas hasta que gradualmente conocía a una persona mejor que ésta a sí misma.

—¿Extorsión? —sugirió Mason.

—No era exactamente extorsión. Trataba de elevarse, trataba de llegar a donde quería, de obtener influencias. No creo que pensara en el dinero, pero… Bueno, no lo sé.

—¿Cuánto hace que le conocía usted?

—Casi tres años.

—¿Y qué tenía contra usted?

La joven contempló a Mason, luego abatió los párpados y empezó a decir algo, pero se arrepintió.

—Vamos, de todos modos lo averiguaré —le alentó Mason—. Dígamelo ahora.

—Sabía… sabía algunas cosas respecto a mí —profirió ella en voz baja.

—Lo suponía —contestó Mason con sequedad.

Ella no continuó, sino que bebió un sorbo de café con aspecto resignado.

—Está bien —suspiró Mason—, probemos por otro ángulo. ¿Quién es Phoebe Stigler?

—Mi hermana.

—¿Casada?

—Oh, sí.

—¿Feliz?

—Mucho.

—¿Cómo se llama su marido?

—Homer Hardin Stigler. Es un buen corredor de fincas de Eugenia.

—¿Qué tenía Durant contra usted? —insistió con interés Mason.

—No puedo decírselo. No quiero decírselo.

—¿Por qué?

—Porque es algo que nunca le diré a nadie.

—Vamos, vamos… —la tranquilizó Mason—, el mundo ha dado ya muchas vueltas desde que una chica tenía que acongojarse por el capítulo negro de su existencia…

—¡Oh, no sea tonto! —gritó ella—. ¡No se trata de nada de eso! Al fin y al cabo, señor Mason, he sido modelo mucho tiempo y he vivido entre artistas, por lo que no me asusto de nada. No soy una gazmoña ni una remilgada.

Mason la contempló suspicazmente y luego probó un tiro al azar.

—Entiendo, no se trata de usted misma, sino de su hermana.

Maxine Lindsay se puso rígida como si la hubiera atravesado una corriente eléctrica.

—¿Qué está diciendo? ¿Cómo lo sabe?

—Yo sé muchas cosas, e intento descubrir muchas más… si puedo.

—¿Cómo las descubre?

—Es mi oficio. Siempre cuesta dinero conseguir una información. ¿Cómo he sabido que usted estaba aquí? ¿Cómo he sabido que usted le telegrafió a su hermana pidiéndole veinticinco dólares? ¿Cómo he sabido que estuvo usted buscando un motel barato, por falta de dinero, anoche en Bakesfield?

—¿Cómo está enterado de todo esto? —le apremió Maxine.

—Mi oficio es descubrir cosas —repitió Mason, enigmático—. Tengo que hacerlo. Si quiere hablarme de su hermana la ayudaré en cuanto pueda. De lo contrario, tendré que descubrirlo por mí mismo, y entonces no me creeré obligado a nada con respecto a usted.

—¡Usted no puede… no debe hacer preguntas en Eugenia! Esto sería…

Se interrumpió con los ojos llenos de pánico.

—Entonces —repitió Mason— será mejor que me lo cuente todo y así sabré qué tengo y qué no tengo que hacer.

Maxine vaciló un instante, volvió a llenar su taza de café, cerró

los ojos y dijo:

—No tengo fuerzas para luchar más, señor Mason. No, no pienso decírselo, no puedo, pero Durant me tenía atrapada.

—Y —añadió Mason— Durant era un granuja. Dijo que un cuadro era falso, y usted tenía que propagar la noticia. Entonces, cuando se entablase una querella, usted se escurriría y nadie podría encontrarla ¿Cuántas veces representó esta treta Durant?

—Nunca. Al menos que yo sepa.

—¿El cuadro que vendió Lattimer Rankin era una falsificación?

—No lo sé. Hay algo turbio en todo esto —repuso ella.

—Vamos, dígame qué sucedió.

—Bien —dijo la joven, después de una pausa—, estábamos en la fiesta, y Durant me dijo que el cuadro era falso. Creí volverme loca porque yo sabía que era Rankin quien lo había vendido, y sabía asimismo que era incapaz de engañar a nadie. Tampoco me gustó que Collin Durant hablase de este modo y se lo dije. Entonces, Durant me retó a que fuese a decirle a Rankin lo que él acababa de decir, y por fin me obligó a ir a repetírselo.

—¿Y bien?

—Medité largo rato y finalmente fui a ver al señor Rankin. No intentaba contarle realmente lo que había dicho Collin, pero sí le pregunté si cabía alguna duda respecto a la autenticidad de aquel cuadro. Rankin me contestó que no y quiso saber por qué se lo preguntaba. Cuando al cabo se lo conté todo, se enfureció. Yo me asusté, me acobardé. Sencillamente, no podía permitir que Collin se enfadase conmigo y le repetí mi entrevista con Rankin.

—¿Estaba enfadado? —se interesó Mason.

—No, al contrario, muy complacido. Dijo que yo había hecho exactamente lo que él deseaba. Que debía aferrarme a mi historia. Que si Rankin iba a ver a un abogado y me pedían que firmara una declaración jurada, que contara lo sucedido con pelos y señales, y lo jurase. Deseaba que Rankin fuese a ver a un abogado. Sí, se mostró tremendamente complacido… bueno, al principio.

—Continúe —le rogó Mason.

—Bien, mi entrevista con Rankin precipitó las cosas. La primera noticia que yo tuve fue la petición de que fuera a verle a usted para firmar una declaración jurada.

—¿Y qué ocurrió entonces?

—Su secretaria, Della Street, tal vez no lo recuerde, pero mientras ella estaba preparando la declaración, yo le dije que quería llamar a un amigo mío. Bien, llamé a Collin Durant. Le dije que estaba en su despacho y que su secretaria estaba preparando el documento que yo firmaría.

—¿Qué le contestó Durant?

—Se echó a reír y me contestó que esto era lo que quería, que firmase. Que deseaba que yo fuese testigo en este asunto.

—¿Y qué más?

—Entonces, la demanda se llevó adelante, hubo mucha publicidad en los periódicos y Durant fue a verme para decirme que yo tenía que salir del país.

—¿Esto fue anoche?

—Sí. Desde la semana pasada las cosas se sucedieron a un ritmo endiablado. Sí, fue anoche.

—Esto es importante —dijo Mason—. Muy importante. ¿A qué hora fue él a verla a usted?

—Aproximadamente, a las seis.

—Entonces, debió de ser una hora u hora y media antes de que Durant me viese a mí.

—¿Le vio usted ayer?

—Sí. Me buscó en un restaurante y me contó que usted sólo buscaba publicidad, que trataba de promover un escándalo en beneficio de sus propios intereses, pero que nadie podría minar su reputación.

—¿Y después?

—Nada más. Esto ocurrió a las siete y media.

—Pues no lo entiendo —confesó Maxine—. Él quería que yo se lo contase todo a Rankin.

—Pongamos todo esto bien claro —suplicó Mason—. Él fue a verla a usted ayer y le ordenó que abandonase el país.

—Sí, me ordenó desaparecer. Tenía que salir de Los Ángeles de forma que nadie me encontrase. Añadió que de esta forma mi declaración no serviría de nada, al no aparecer el testigo.

—¿Y usted se puso en camino?

—No, no. Él tenía que volver.

—¿Para qué?

—Para darme dinero.

—¿Para darle dinero?

—Exacto.

—¿Como soborno?

—No, no. Como gastos de viaje. Yo tenía que dar un rodeo y luego bajar hacia Méjico.

—¿Y Durant iba a darle dinero para gastos de viaje?

—Exacto.

—¿Cuándo?

—Bueno, cuando fue a verme a las seis me dijo que volvería al cabo de una hora con el dinero si podía obtenerlo. Si no volvía dentro de una hora, yo tenía que dejar el apartamento, ir a la terminal del autobús y esperarle allí. Él se reuniría conmigo si no le encontraba en casa.

—¿Y no volvió al apartamento?

—No.

—¿Entonces qué hizo usted?

—Le esperé una hora larga y después me dirigí a la terminal, tal como él me había indicado. Yo estaba atemorizada. No tenía bastante dinero para el viaje, pero Collin me había ordenado que me marchase… y tenía que obedecerle.

—¿Le dijo que usted debía irse adonde yo no pudiese encontrarla?

—Sí. Añadió que usted trataría de hacer valer mi declaración, cosa que a él no le interesaba.

—¿Y a pesar de esto usted me llamó?

—Sí.

—No lo entiendo.

—¿No? Yo podía llamarle desde mi apartamento o desde otro lugar sospechoso para él. Pero usted se había portado tan bien conmigo… No me gustaba la idea de defraudarle. Por tanto, me fui a la terminal. Allí tenía que esperar a Durant hasta las ocho.

—¿Y decidió arriesgarse a llamarme?

—Sí. Quise que usted supiese que yo me marchaba… Le debía esta cortesía. Recordé lo que me dijo respecto a ponerme en contacto con la agencia de detectives Drake, y esto fue lo que hice.

Sabía que usted no me traicionaría y que Durant jamás sabría que yo le había llamado a usted. Bien, al dar las ocho y no presentarse Durant en la terminal como me había prometido, me desesperé. Entonces fue cuando usted me llamó. Quedamos citados. Por aquel entonces yo ya estaba segura de que Durant no iría a buscarme ni me daría dinero. Bien, decidí verle a usted y luego ir a casa de mi hermana. Sabía que Durant podría localizarme allí si quería… y darme el dinero para dirigirme a Méjico.

—Maxine, yo no soy su abogado —dijo Mason—, pero me veo obligado a comunicarle una cosa.

—¿Qué?

—La policía considerará todo el asunto de manera muy diferente que usted.

—Sí, lo supongo —respondió ella débilmente.

—Un momento, preste atención —le rogó Mason—. La policía pensará que Durant tenía algo contra usted y que quería que usted hiciese algo que no deseaba hacer.

—Bien, estarán en lo cierto, señor Mason. Lo admito.

—Y —prosiguió el abogado— que Durant le dijo a usted que volvería a su apartamento con dinero, no a las seis y media ni a las siete y media, sino a las ocho. Que, efectivamente, se presentó a esa hora. Que tuvieron una disputa. Que él le ordenó a usted lo que debía hacer, y que usted se negó. Que Durant era un canalla que la tenía bajo su poder y que se le ocurrió la idea de que quizás usted tuviera un detective escondido en el apartamento, de forma que decidió asegurarse antes de comprometerse efectuando ciertas declaraciones. Entró en la cocinita y después en el cuarto de baño, donde apartó las cortinas de plástico para ver si había allí alguien oculto, y que mientras estaba de espaldas, usted sacó una pistola del bolso y disparó. Acto seguido, usted trató de comunicarse conmigo, inventó una historia sentimental respecto al canario y le entregó a Della Street la llave de su apartamento con la idea de que fuese ella quien encontrase el cadáver; que todo esto lo hizo con el sencillo objeto de ganar tiempo, de manera que cuando Della Street fuese a la policía y contase su descubrimiento del cadáver, usted tendría forjado un buen cuento con toda clase de coartadas.

—¡Pero, señor Mason, yo no le maté! ¡Yo…!

—Le estoy refiriendo lo que pensará la policía —la tranquilizó Mason— y la presunción sobre la que trabajarán.

—No podrán demostrar nada de esto, porque no es cierto. Yo no le maté.

—¿Puede usted probarlo?

Ella le miró con aprensión.

—Al fin y al cabo —prosiguió Mason—, a Durant lo mataron en su apartamento, y aunque no hayan hallado todavía el arma asesina, cabe la posibilidad de que…

El abogado se interrumpió al contemplar la expresión de la joven.

—Entiendo —dijo.

—La pistola que le mató. ¿De qué calibre era?

—Aparentemente, de pequeño calibre —contestó Mason.

—Yo… yo…

—Adelante.

—Tengo un revólver así en mi apartamento. Lo guardaba en un cajón del armario con el único objeto de protegerme.

La sonrisa de Mason fue escéptica.

—¡Tiene que creerme, señor Mason, tiene que creerme!

—¡Me gustaría poder hacerlo! —murmuró el abogado—. Usted me causó una buena impresión. Pero, al fin y al cabo, Maxine, éste es su primer intento de pergeñar un buen cuento, y recuerde que yo he oído centenares ya.

—¡Pero no le he contado ningún cuento, sino la pura verdad!

—Lo sé, Maxine —concedió Mason—. Adelante, y cuente su versión de los hechos. Yo sólo he querido advertirle que la policía fabricará un caso contra usted.

—¿Pero qué puedo hacer?

—No lo sé —reconoció Mason—, pero recuerde esto, Maxine. Yo no soy su abogado. Le sugiero que desde aquí se vaya directamente a ver al mejor abogado de Redding, que emplee sus veinticinco dólares como anticipo, y que le cuente que, según sus noticias, ha sido hallado un hombre muerto en su apartamento de Los Ángeles. Pídale que se ponga en contacto con la policía y averigüe si quieren interrogarla a usted.

—Collin Durant estuvo jugando con las cartas muy bien

escondidas —aseguró la joven—. Me dijo que el cuadro de Otto Olney era una imitación, sólo para que se lo transmitiese a Rankin. Y cuando lo hube hecho me dijo que era exactamente lo que él estaba deseando.

—¿No le dijo por qué quería que usted se lo revelase a Rankin?

—Sí, quería perjudicarle.

—¿Y deseaba que Rankin le demandase?

—No, exactamente. Sólo que quería perjudicarle.

—¿Y a Olney?

—Sólo a Rankin.

—¿Tenía Durant una llave de su apartamento?

—No. Bueno, hasta anoche. Me la pidió.

—¿Anoche?

—Sí. Yo tenía dos. Una se la di a él y la otra a la señorita Street.

—¿Por qué quería Durant una llave si usted iba a marcharse?

—Dijo que registraría el apartamento para asegurarse de que yo no había dejado ninguna nota o algo por el estilo. Añadió que yo no debía llevarme equipaje. Tenía que marcharme… como por casualidad. Pareció particularmente temeroso de que alguien pudiera verme llevando una maleta. Pensaba que los detectives podían estar vigilándome.

Mason meneó la cabeza.

—No sirve esto, Maxine. Esta historia no se sostendrá ni un solo instante. Voy a ver a un abogado de aquí. Después llame a su hermana y averigüe si ella y su cuñado querrán apoyarla…

Mason se interrumpió al observar la expresión retratada en el semblante de Maxine.

—¿Qué le pasa?

—¡Oh, Dios mío…! —suspiró ella—. ¡No puedo…! ¡No, no puedo!

—¿No puede… qué?

—No puedo arrastrarlos a esto.

—¿Arrastrarlos? —repitió Mason—. Teniendo en cuenta que son parientes suyos y que usted iba a visitarlos, ya están metidos en el caso.

—Yo… yo no iba a visitarlos. Sólo planeaba explicarles lo ocurrido y pedirles algún dinero que me permitiera llegar al

Canadá, o algún sitio donde nadie pudiera encontrarme. Intentaba decirles que me mantendría en contacto con ellos y que si Durant deseaba hallarme, le dijesen dónde estaba yo. No quería acarrearles ninguna complicación. Yo no…

—¡No mienta! Al menos, no de manera tan descarada —la atajó Mason—. Usted viajaba por la costa a fin de reunirse con ellos. Le envió un telegrama a su hermana pidiéndole dinero. Sólo la cantidad justa que necesitaba para comer y adquirir gasolina hasta llegar allí.

Maxine se deslizó en el asiento hasta poder recostarse en la pared y cerró los ojos.

—Me rindo —dijo—. No logro convencerle a usted… y le estoy diciendo la verdad… ¡Me siento tan agotada!

—¿Quiere hacer una confesión? —le propuso el abogado—. Y recuerde, Maxine, que no soy su abogado. Cuanto me diga no será confidencial.

—Señor Mason, tiene que ayudarme.

—No puedo.

—¿Por qué no?

—Tengo otros intereses.

—¿Quiere decir con Rankin?

—Sí.

—Rankin no tiene nada que ver en esto —alegó la joven, sacudiendo la cabeza.

—No puedo ayudarla a usted —insistió Mason—, al menos no sin el permiso de Rankin.

Maxine mantenía los ojos cerrados y seguía apoyada en la pared.

—Me rindo, señor Mason —dijo otra vez—. Le diré lo que Durant sabía de mí. Mejor dicho, de mi hermana. Ésta se casó con Homer Stigler. Hace ya varios años. Él se marchó del ejército. Mientras estaba fuera, mi hermana conoció a un joven muy bien parecido con el que tuvo ciertas relaciones. Homer había estado flirteando en el extranjero y mi hermana se había enterado. Como resultado de ello, pensó que su matrimonio había fracasado. Pero no se lo escribió para no minar su moral combativa, pensando que tiempo habría de preparar el divorcio cuando él regresara. Bien, Phoebe, poco después, descubrió que estaba encinta, pero antes de

que el niño naciese recibió una carta de Homer en la que éste le confesaba toda la verdad respecto a sus amoríos, alegando que no habían sido más que simples pasatiempos, debido al ansia natural de compañía femenina, le suplicaba perdón y añadía que regresaría al cabo de seis meses y que todo volvería a comenzar de nuevo, ya que ella era en realidad la única mujer a la que amaba. Por aquel entonces, Phoebe ya había descubierto la verdadera índole de su amante, ya que tan pronto como se enteró de su paternidad, la dejó plantada como quien arroja un saco vacío. Phoebe pretendía salvar su matrimonio si podía… Bueno, yo fui la víctima.

—¿Cómo?

—Le escribió a su marido que yo había tenido un romance amoroso, que iba a tener una criatura y que me había invitado a pasar una temporada con ella. Que cuando llegase el momento oportuno, ambas iríamos a California y después pondríamos al niño en situación de ser adoptado.

—¿Y qué sucedió? —preguntó vivamente interesado Mason.

—Fuimos a California. Phoebe tuvo el bebé pero usó mi nombre, y llevamos al niño a uno de esos orfanatos, tras lo cual Phoebe regresó a Oregón. Homer volvió a casa y ambos fueron muy felices. Naturalmente, más adelante, Homer sugirió que fuese adoptado mi hijo por ellos. Bien, ésta es la situación; Homer y Phoebe adoptaron al niño, yo firmé todos los documentos, y Homer piensa que yo soy la hermana descarriada que tuvo un hijo ilegítimo… Y ellos son muy felices, sí, muy felices.

—¿Qué habría sucedido si Phoebe le hubiese contado toda la verdad?

—No lo sé. Homer es muy especial. Es intenso, posesivo, celoso… Bueno, como todos los hombres.

—¿Qué sucedería si ahora se lo confesase?

—La mataría y se suicidaría. Lo destruiría todo. Es muy temperamental y… ¡Oh, Dios mío! ¡No quiero ni pensarlo!

—¿Cómo lo descubrió Durant?

—Lo ignoro —confesó la joven—, pero lo averiguó, esto es seguro. Estaba enterado de este secreto y me lo dijo. Hubo veces en que lo habría matado y…

—Un momento —la interrumpió Mason—. Vigile sus… Oh, oh…

Maxine levantó la vista rápidamente.

—¿Qué pasa?

—Permítame presentarle a dos caballeros que se hallan detrás de usted —dijo Mason, cambiando de tono—. Uno de ellos es el teniente Arthur Tragg, de la brigada de Homicidios de Los Ángeles, y presumo que el otro es un miembro de la Policía de Redding.

—Sargento Colé Arlington, de la oficina del sheriff del condado de Shasta —anunció el teniente Tragg, amablemente—. Bien, ¿qué le estaba usted contando al señor Mason, señorita Lindsay? ¿Algo respecto a quien usted habría podido matar? ¿Se refería por casualidad al señor Collin M. Durant?

—Un momento, Maxine —intervino Mason—. Voy a telefonear a Lattimer Rankin y obtener su permiso para representarla a usted. No sé por qué, pero pienso que su historia es verdadera.

—¡Estupendo! —aprobó Tragg—. Sí, opino que esta joven necesitará un buen abogado. Nos gustaría formularle algunas preguntas.

—Bien —continuó Mason—, voy a ordenarle a usted que no conteste a ninguna pregunta, que no le diga nada a la policía, hasta que yo haya tenido tiempo de efectuar algunas comprobaciones. Después, seré yo quien declarará su historia a la policía. —Mason se volvió hacia Tragg y añadió—: Y le diré, teniente, que la señorita Lindsay iba ahora mismo a visitar a un abogado de esta ciudad para que llamase a Los Ángeles, diciendo que ella acababa de enterarse de lo del cadáver en su apartamento, y que estaba ansiosa de ser interrogada.

—¡Oh, muy amable por su parte! —exclamó Tragg—. Y puesto que tan ansiosa está de ser interrogada, tal vez ahora no le importe acompañamos a la central para efectuar una declaración.

—Sí, estaba ansiosa de ser interrogada —repitió Mason—, pero en vista de lo que me ha contado, ahora ya no hará ninguna declaración. Seré yo quien la haga, una vez haya efectuado ciertas averiguaciones.

—¿Cree que es culpable? —quiso saber el teniente.

—No creo que sea culpable en absoluto —replicó Mason—. De lo contrario, no la representaría. Tengo el presentimiento de que es inocente y de que hay otras personas mezcladas en este caso, cuya

felicidad se apoya en que la información que ella dé a la policía se ciña enteramente el asunto de lo que le ha ocurrido a Collin Durant.

—Bien, si usted apoya esta actitud —repuso Tragg—, sólo podemos hacer una cosa, y es acusarla de asesinato en primer grado.

—En cuyo caso —objetó Mason—, exigiremos que sea llevada al instante delante del magistrado más cercano. Y ahora, si traen ustedes un mandamiento y quieren exhibirlo…

—No tenemos mandamiento —negó Tragg—. Sólo queremos interrogarla.

—Adelante, pregunten —ofreció Mason cordialmente.

—De nada servirá si ella se niega a responder.

—Yo contestaré.

—No queremos sus respuestas, Mason, sino las de ella.

—Entonces, arréstela y nos enfrentaremos con el magistrado más próximo y accesible, como ordena la ley. Concédame sólo un minuto. Consultaré con algún buen abogado de esta ciudad que conocerá las reglas y me ayudará en todo.

—¡Un momento, un momento! —pidió Tragg—. Se está usted excediendo, Mason. No queremos mostrarnos intransigentes.

—¿Cómo llegó hasta aquí? ¿Fletó un avión?

—Un avión que siempre está disponible para la policía en acto de servicio —manifestó el teniente.

—¿Qué clase de aparato?

—Un bimotor de cinco plazas.

—De acuerdo —asintió Mason—. Le hago una proposición. Accederemos a volver a Los Ángeles en este avión. En pleno vuelo yo haré ciertas declaraciones respecto a los aspectos que conozco del caso en el que se halla usted legítimamente interesado. Al llegar a Los Ángeles, obre como le plazca. Puede llevar a esta joven ante un gran jurado o hacer lo que quiera, pero ella no dirá ni una palabra. Seré yo quien lo haga.

—¿Y qué hará ella? —preguntó Tragg.

Mason sonrió con sequedad.

—Durante el vuelo, esta pobre criatura dormirá.

Tragg se mordió los labios.

—¿Va usted a telefonear a Rankin y obtener el permiso para

representarla?

—Exacto —asintió Mason—. Quiero asegurarme de que no existe un conflicto de intereses.

—Está bien —accedió Tragg—. Yo llamaré a Hamilton Burger, el fiscal de Los Ángeles, y veré cómo reacciona ante la proposición de usted. No creo que desee efectuar un arresto tan pronto; bueno, no creo que quiera acusar a esta joven de asesinato todavía y también estoy completamente seguro de que aún desea menos que sea llevada delante de un magistrado de Redding.

—Estupendo —aprobó Mason—. Firmemos una tregua. Dejaremos a esta joven con Colé Arlington, siempre que el sargento se comprometa a no interrogarla, y usted y yo efectuaremos nuestras respectivas llamadas.

—De acuerdo —sentenció Tragg.

Ambos se dirigieron a la cabina telefónica. Mason llamó a Rankin a Los Ángeles.

—Rankin —le dijo—, yo he estado representándole a usted respecto al caso del cuadro de Otto Olney. Durant ha sido asesinado. Creo que Maxine Lindsay va a ser acusada del crimen y me gustaría representarla si usted cree que no se producirá ningún conflicto de intereses con usted. Y le advierto que si la defiendo, lucharé por ella con uñas y dientes.

—De acuerdo, luche por ella —le animó Rankin—. Es una buena chica. ¿Y dice que Durant ha sido asesinado?

—Exacto.

—Espero que descubran quién lo hizo para poder concederle una medalla. El…

—¡Cállese! —le gritó Mason—. Alguien puede preguntarle a usted, cuando declare, lo que dijo al enterarse de que Durant había sido asesinado.

—Oh, en tal caso —replicó Rankin—, diré que lo sentí mucho, que su muerte fue un acto indigno y que deseo que atrapen al criminal. Sin embargo, si sabe usted leer en mi cerebro, señor Mason, tiene la libertad para hacerlo. Y, por favor, defienda a Maxine.

Mason colgó, abrió la puerta de la cabina, le sonrió a Tragg y le espetó:

—Efectúe su llamada, teniente. Nos reuniremos en la mesa del restaurante. Yo voy a vigilar al sargento para que no se le ocurra comenzar a disparar preguntas.

Capítulo IX

Eran casi las diez de la noche cuando Perry Mason se sentó delante de Lattimer Rankin en la casa de este último.

Rankin, alto, delgado, parecía sumamente inquieto.

—Quería darle las gracias por consentir con tanta facilidad esta tarde que representase a Maxine Lindsay —dijo Mason.

—Ciertamente, no veo ninguna razón para oponerme a ello —contestó Rankin—, si usted desea defenderla. Para mí ha sido una sorpresa y, naturalmente, todavía me hallo aturdido por la noticia de la muerte de Durant.

—Pues por teléfono me pareció capaz de soportarlo —sonrió Mason.

—Bueno, he reflexionado un poco, Mason, y me siento un poco avergonzado. Supongo que un hombre no debe hablar mal de otra persona que ya no puede defenderse. Sin embargo, ese individuo era un tremendo granuja.

—Necesito averiguar qué sabe usted de él —manifestó Mason.

—No mucho. Empezó comprando y vendiendo cuadros a comisión, y gradualmente se fue afirmando como experto en arte. Puedo decirle algo en su favor: era muy trabajador. Estudiaba y escuchaba, y jamás olvidaba cuanto oía. Poseía una memoria muy notable.

—¿Cómo conseguía sus clientes?

—No creo que tuviera muchos, pero era muy listo. Conseguía un cuadro y parecía saber a quién podía interesarle. Tenía clientes potenciales.

—¿Era bueno en esta fase de su negocio? —quiso saber Perry Mason.

Rankin vaciló unos instantes y después gruñó:

—Sí, muy bueno en esta fase, muy bueno.

—¿Y usted desea que yo represente a Maxine Lindsay?

—¿La acusarán de asesinato?

—Así lo creo.

—¿Qué pruebas tienen?

—No se han confiado a mí —objetó Mason—. No sé qué pruebas poseen, aunque pienso que habrán encontrado el arma del crimen, y pueden demostrar que pertenece a Maxine.

Rankin cruzó las piernas y frunció el ceño.

—Naturalmente —prosiguió el abogado—, si yo la represento, tengo que representarla sólo a ella. Si los intereses generales de usted, por ejemplo, están en conflicto con los de ella en este caso de asesinato, yo me mostraré leal a los de Maxine. Haré absolutamente cuanto sea necesario para conseguir su absolución.

—Ciertamente, esto es lo que quiero —asintió Rankin.

—Por ejemplo —insistió Mason—, si resultase que es usted quien asesinó a Collin M. Durant, yo no vacilaría ni un solo momento. Aportaría todas las pruebas y le señalaría a usted como asesino. Tengo que decirle esto a fin de mostrarme justo con mi cliente.

—Adelante, Mason —le invitó Rankin—. Si logra demostrar que yo asesiné a ese tipo, hágalo.

Rió un momento, volvió a cruzar las piernas y entrelazó sus largos y nudosos dedos.

—Creo que la policía —dijo Mason— ha encontrado una gran cantidad de dinero en poder de Collin Durant. Me gustaría saber, Rankin, si está usted enterado de la procedencia de esa suma.

—No, y me preocupa —confesó Rankin—. Resulta que sé que la tarde del día de su muerte, Durant no poseía un clavo. En realidad, fue a visitar a una amiga mía y le dijo que necesitaba mil dólares inmediatamente, preguntándole si podía prestarle dicha cantidad.

—¿Qué le contestó esa persona? —quiso saber Mason.

—Que no. Le dio a entender con toda claridad que no le prestaría ni un solo níquel.

—¿Sabe cuánto dinero tenía consigo Durant en el momento de su muerte?

—Tengo entendido que unos diez mil dólares, todos en billetes

de cien.

—Y, sin embargo, unas horas antes había intentado conseguir un préstamo de una amiga de usted.

—Sí.

—¿A qué hora?

—A las cinco de la tarde.

—Entonces, alrededor de las ocho ya tenía en su poder los diez mil dólares.

—Exacto. Al menos, esto es lo que halló la policía cuando descubrió el cuerpo. Fijaron la hora del fallecimiento a las ocho.

—En cuyo caso —añadió Mason—, Durant buscó ese dinero en alguna parte. Alguien le ayudó, y él elevó la cantidad, ya que en vez de mil consiguió diez mil.

Rankin asintió.

—¿No tiene ninguna idea de la procedencia de ese dinero?

Rankin meneó la cabeza negativamente.

—Pongamos en claro una cosa, Rankin —dijo Mason—. ¿En este caso no hay nada que usted sepa y esté ocultando?

Hubo un largo período de silencio, y al final Rankin volvió a menear la cabeza.

—Nada —declaró.

—Bien. Ahora dígame el nombre de su amiga, la que le negó el préstamo a Durant.

—Prefiero no mencionar su nombre.

—Es importante.

—¿Para quién?

—Para Maxine Lindsay… y para usted.

—¿Por qué para mí?

—Necesito saber hasta qué punto está usted mezclado en esto.

—No estoy mezclado en absoluto.

—Lo estará si no me dice el nombre de esa persona.

Rankin meditó unos instantes.

—Jamás pensé que Durant se atreviese a llamarla para una cosa así —dijo al cabo—. Bien, se trata de Corliss Kenner. Le telefoneó que iba a verle y que necesitaba mil dólares. Y Corliss me llamó a mí y me lo comunicó.

—¿Qué le dijo ella?

—¿Quiere saberlo?

—Sí.

—Que se fuera al infierno.

Mason frunció el ceño y se puso en pie.

—Estoy comprobando todos los ángulos —observó—, y quiero asegurarme de que no existe ningún malentendido entre nosotros.

—No lo hay —afirmó Rankin—. Entiendo su postura y la respeto. Suceda lo que suceda, no ahorre ninguna comprobación. No la ahorre.

—No la ahorraré —le aseguró Mason—. En realidad, no me gustan esta clase de economías.

Capítulo X

Eran ya más de las once cuando Mason insertó su llave en la puerta de servicio de su despacho particular, abrió y vio las luces encendidas.

—Hola, Della —exclamó—. ¿Qué hace aquí a estas horas de la noche?

—Esperándole —sonrió ella—. ¿Qué tal el viajecito?

—Bueno, supongo que ya lo sabe usted todo. Encontré a Maxine, la policía nos encontró a ambos, yo obtuve el permiso de Rankin para representarla y ahora estoy a su lado.

—¿Por qué decidió representarla, jefe?

—Maldito si lo sé —vociferó Mason—, excepto que creo que esa joven ha dicho la verdad, y que se está sacrificando por alguien a quien ama. Y si se trata de esta clase de persona, opino que tiene derecho a una buena defensa.

—Bien —observó Della Street—, Paul Drake ha estado muy inquieto durante esta última hora. Desea hablar con usted ahora mismo. ¿No pasó por su oficina?

—No —contestó Mason, sonriendo—. Pensé que usted estaría aquí, y preferí verla antes. Llame a Paul y dígale que ya he llegado.

Della Street marcó el numerador del teléfono y al cabo de un momento dijo:

—Hola, Paul… Sí, ya ha llegado… Bien, le esperamos. Ahora viene —anunció Della, después de colgar.

La secretaria se acercó a la puerta del corredor, por lo que tan pronto sonó la llamada especial de Drake, pudo abrirle.

El detective, con el rostro arrugado por la fatiga y bolsas bajo los ojos, dijo:

—Hola, muchachos… Me alegro de que hayas vuelto, Perry. Si

no duermo un poco esta noche, creo que me moriré. Pero sé algo que pensé te interesaría.

—¿De qué se trata?

—Durant compraba y vendía cuadros falsos. Conocía a un tipo capaz de reproducir cualquier cuadro que se le pusiera por delante. No es un individuo que posea originalidad, pero sí un diablo haciendo imitaciones.

—¿Cómo lo sabes?

—Conozco al sujeto.

—¿Cómo te pusiste en contacto con él, Paul?

—Es una larga historia —afirmó Drake—. Comencé a averiguar todo lo que pude sobre Durant, y descubrí que hay una tienda en la que Durant había comprado en distintas ocasiones tela en blanco, pinceles, paletas y pintura, y entonces fui allí. Me enteré de que todas las compras había sido enviadas a una dirección, una especie de estudio «beatnik», donde habita un fulano llamado Goring Gilbert, que firmó los albaranes de recibo de material.

—¿Hablaste con Gilbert? —preguntó Mason.

—No, aún no, pero he hecho ciertas averiguaciones a su respecto y sé que es un imitador muy experto, de mucho talento. Varias de sus copias han sido vendidas como originales. Sí, ese individuo puede imitar el estilo de cualquier pintor. Si se le entrega un cuadro, o aunque sólo sea una ampliación en color de una fotografía hecha por el procedimiento del tinte transferido, o un cuadro de calendario, y se le pide que lo imite, copiando el estilo de un famoso artista, puede hacerlo tan bien que incluso los expertos se dejan engañar. Al menos, esto es lo que él proclama. Aparentemente, es un tipo «beatnik», pero con mucha pasta, cosa que la mayoría no tiene. Bueno, se le supone en posesión del dinero suficiente para adquirir lo que guste. Y ahora viene lo más divertido, Perry. Hace dos semanas, Durant pagó la cuenta de la tienda… con billetes de cien dólares. Recuerda que cuando fue hallado su cadáver se le encontraron encima diez mil dólares en billetes de cien, y unos veinticinco en moneda suelta.

—¿Podríamos entrevistarnos con ese Gilbert esta misma noche? —se interesó Mason—. Aunque es muy tarde.

—Seguro —replicó Drake—, seguro que podremos verle esta

noche, si lo deseas. Tengo a un hombre siguiéndole los pasos, y esta clase de sujetos suelen ser unos noctámbulos empedernidos.

—Vámonos —ordenó Mason—. Por una vez, nos adelantaremos a la policía.

—¿Y yo? —preguntó Della.

—Váyase a casa y procure dormir.

—Nos vamos de jarana, Della —se rió Drake—, y las mujeres estorban.

—¡Al diablo con usted, Paul! —se burló Della—. Ha despertado mi curiosidad. No pienso quedarme aquí sentada haciendo todo el trabajo y cuando la cosa se pone picante marcharme a casita.

—Esta gente es muy… especial —le recordó Drake—. Las mujeres son artistas y modelos… que posan desnudas sin el menor reparo.

—Huy, ya he visto muchos desnudos —contestó Della Street, añadiendo maliciosamente—: ¿Y usted, Paul Drake?

Mason sonrió.

—Bueno, venga si quiere, Della. Traiga su bloc de notas y su bolígrafo.

—¿Tu coche o el mío? —inquirió el detective.

—El tuyo —decidió Mason—. Necesito descansar, por tanto serás tú quien se inquiete con las señales de tráfico y las multas, si las hay.

—No habrá ninguna —replicó Paul Drake—, soy un chico muy precavido. Hace dos semanas me ocupé de un caso producido por un accidente de automóvil, y por si acaso no lo sabes, me he reformado por completo. Cuando se ve a la gente como yo la vi, caída en la acera y la calzada y con tanta sangre… bueno, uno empieza a reflexionar seriamente.

—Correcto —aprobó Mason—. Yo me curé hace ya tiempo. El editor del periódico *Desert News and Telegram* de Salt Lake City me citó como conductor contraventor de las ordenanzas. Bien, me alegra verte curado. Desde ahora en adelante serás mi chófer… hasta que vuelvas a las andadas. Vámonos, Della.

Dejaron el despacho de Mason, bajaron al aparcamiento, y a continuación Drake les llevó hasta un edificio de apartamentos, una combinación de estudios y pisos habitables. Evidentemente, la casa

debía haber sido un antiguo almacén. El ascensor era enorme y pesado y tardó una eternidad en izar a Perry Mason, Della Street y Paul Drake al tercer piso.

Drake localizó el apartamento de Goring Gilbert y llamó a la puerta. Al no obtener respuesta, la aporreó con los nudillos, se encogió de hombros, se volvió hacia el abogado y exclamó:

—No hay nadie.

—¿Está cerrada la puerta? —preguntó Della Street.

Drake vaciló y luego dijo en voz baja:

—Tengo a un agente por aquí, Perry. Él sabrá dónde está ese tipo. Lo único que necesitamos es…

Se abrió la puerta al otro lado del pasillo. Una mujer de casi cuarenta años, metida en carnes, que solamente llevaba una bata, se plantó en el umbral, con un cigarrillo colgándole del labio inferior.

—¿A quién buscan? —preguntó, recorriendo el grupo con la vista.

—A Goring Gilbert.

—Prueben en el treinta y cuatro. Están de jarana.

—¿Qué dirección? —inquirió Mason.

La mujer señaló con el pulgar.

Mientras el trío se alejaba por el corredor, la mujer continuó en el umbral.

La música procedente de un tocadiscos se filtraba por debajo de la puerta del estudio 34.

Los nudillos de Drake aporrearon aquella nueva puerta.

La hoja se abrió, y apareció una figura juvenil que sólo llevaba un bikini.

—Bueno, pasen.

Calló en mitad de la frase al ver al grupo, y exclamó por encima del hombro:

—Goring, creo que es para tí. Forasteros.

Un joven con una camisa desabrochada, unos téjanos y aparentemente nada más, apareció arrastrando sus descalzos pies y contempló a los recién llegados.

—¿Goring Gilbert? —Mason llevó la voz cantante.

—Sí.

—Quisiéramos hablar con usted.

—¿De qué?

—De negocios.

—¿Qué clase de negocios?

—Un cuadro.

—Un cuadro duplicado —aclaró Drake.

Gilbert gritó hacia atrás:

—¡Os veré luego, amigos!

—Ten cuidado, chico —se oyó decir a una voz.

Gilbert salió al pasillo.

—Tengo el estudio al final del corredor.

—Lo sé —respondió Mason.

Gilbert lo contempló con atención.

—De acuerdo, vengan.

Abrió la marcha, andando a largas zancadas. El balanceo de sus caderas indicaba que andar descalzo no era una novedad para él.

Sacó una llave de su bolsillo, la metió en la cerradura, la hizo girar y dijo:

—Pasen.

La estancia estaba atestada de telas, pinceles, dos o tres caballetes y todo olía a pintura.

—Es un estudio de un verdadero trabajador —proclamó Gilbert.

—Ya lo veo —asintió Mason.

—Bien, ¿qué les reconcome, gatitos?

—¿Conoce a Collin Durant? —le preguntó Drake.

—Le conocía. Este tipo ha muerto y espero que no empleen conmigo ese truquito de decirme: «¿Cómo sabe que ha muerto a menos que usted lo haya apiolado?». No lo maté, me enteré por la radio. Bueno, yo no, mi chica, y ella me lo dijo. ¿Y ahora, qué desean?

—Usted trabajaba para Durant —estableció Drake

—¿Y qué?

—Algunos de los cuadros eran imitaciones que él vendía como originales.

—¡Un momento! —exclamó Gilbert—. ¿Qué quiere decir con imitaciones? A mí me importa un comino lo que un tipo haga con un cuadro una vez yo se lo he vendido, pero ese individuo jamás vendió ningún cuadro mío de esta manera. Siempre le aseguraba al

comprador: «Tengo un cuadro que incluso un experto afirmaría que es auténtico», o algo por el estilo. Bien, ¿qué hay de malo en ello? Tan pronto como supe lo del asesinato me figuré que unos tipos como ustedes vendrían a visitarme. Y ya les he dicho todo lo que sé.

—Usted copió cierto cuadro que nos interesa especialmente —observó Mason, después de contemplar atentamente a Goring Gilbert—. Una buena imitación. No digo que fuese una falsificación. Digo que fue una buena copia.

—Así está mejor —opinó Gilbert.

—Era la copia de un Felipe Feteet. Un cuadro representando a tres mujeres a la sombra de un árbol, con sol al fondo…

—Seguro —corroboró Gilbert—, todos los Feteet tienen las mismas características.

—Bien, lo que queremos saber es cuándo realizó esa copia, qué fue de ella y cuánto cobró por la misma.

El semblante de Drake mostró su sorpresa al escuchar el interrogatorio de Mason.

—¿Tiene usted derecho a interrogarme? —quiso saber Gilbert.

—Tengo derecho —le confirmó el abogado.

—¿Credenciales?

—El señor, Paul Drake, es detective privado. Yo soy abogado.

—Un detective privado no es nadie y tampoco tengo por qué declararle nada a un abogado.

—De acuerdo —sonrió Mason—. Ahora puede negarse a ello, pero después tendrá que hacerlo bajo juramento y en el sillón de los testigos.

—¿Así que quiere que hable ahora?

—Quiero que hable ahora.

Goring Gilbert meditó un momento, y luego se dirigió a un rincón donde habían varias telas amontonadas, eligió la de debajo y la sacó.

—¿Contesta esto a su pregunta? —dijo.

Mason y Della Street se quedaron sin habla, impresionados por la refulgencia y la magnificencia de la tela; una tela que parecía un duplicado exacto de la que habían contemplado en el yate de Otto Olney; una tela que poseía fuerza y colorido. La piel de las mujeres era la misma que la del otro cuadro, y casi apetecía acariciarla.

—Sí, de acuerdo —concedió Mason—. ¿Dónde lo copió?

—Aquí, en este mismo estudio.

—¿Lo copió del propio original?

—Mis métodos no les importan en absoluto. Lo copié, nada más. Es una buena obra de arte y me siento orgulloso de ella. Tiene todo lo que tenían los cuadros de Felipe Feteet. Éstas fueron las instrucciones que recibí, y procuré hacer una copia lo más exacta posible al original.

—¿Cómo lo consiguió? —se interesó Della Street.

—Éste es mi secreto —contestó Gilbert. Se volvió hacia Mason —. ¿Y ahora, qué?

—¿Cuándo hizo esta copia?

—Hace un par de semanas, y tardé bastante. No fue fácil.

—¿Trabaja usted con lentitud? —inquirió Mason.

—Espasmódicamente.

—¿Cuánto cobró?

—Esto lo contestaré en el tribunal, si tengo que ir.

—Tendrá que ir —le aseguró Mason—, y si responde ahora, se ahorrará muchos quebraderos de cabeza. Precisamente, deseo saber cuánto le pagó Durant por esta tela. ¿De cuánto era el cheque?

—No hubo cheques —replicó Gilbert—. ¿Durant dijo? ¿Ese tipo? Miren, ya les he dado toda la información que estoy dispuesto a soltar, conque lárguense y déjenme volver a la fiesta de mis amigos.

—¿Querría contestar a una pregunta mía, señor Gilbert? —intervino de pronto Della Street.

El joven se volvió y la estudió con mirada penetrante de pies a cabeza. Su rostro demostró su aprobación.

—Para usted, bebé, sí. Contestaré su pregunta.

—¿Cobró usted por ese cuadro en billetes de cien dólares?

Goring Gilbert titubeó un instante.

—Quisiera que no me hubiese preguntado esto, pero dije que le contestaría y voy a hacerlo. Sí, cobré en billetes de cien dólares, y puesto que usted me gusta le contaré el resto. Cobré más de dos mil dólares, en veintiún billetes de cien, lo cual no tiene nada que ver con lo que están ustedes buscando.

—¿Hace dos semanas? —insistió Mason.

—Aproximadamente. Unos diez días atrás.

—¿Cómo envió el cuadro?

—De ninguna manera. Aquí se quedó.

—¿No contiene ninguna señal a fin de que usted pueda identificarla si se presenta la duda entre la copia y el original?

—Yo podría aclarar dicha duda —afirmó Gilbert—, y nadie más.

—¿Está seguro de que ésta es la copia?

—Es la copia.

—¿Qué pide por ella? —preguntó Mason.

—¿Piensa comprarla?

—Tal vez.

—No me tome el pelo —exclamó Gilbert—. Lo pensaré y se lo comunicaré.

—¿Cuándo?

—Cuando esté decidido.

—Aquí tiene mi tarjeta. Perry Mason, abogado.

—Ya lo sabía —le contestó Gilbert—. Reconocí su cara tan pronto le vi. He visto tantas veces su foto en los diarios… ¿Quién es la chica?

—Della Street, mi secretaria.

Los ojos de Gilbert volvieron a recorrerle el cuerpo.

—¡Preciosa!

—Gracias —contestó Della, sonriente.

—¿A qué se dedica ahora, al negocio o a divertirse?

—Al negocio.

—¿Cuándo quedará libre?

Della Street le estudió atentamente.

—En cualquier momento.

—¿Quiere desprenderse de esos dos pájaros y venir conmigo a la fiesta? Buena gente, sin hipocresías ni gazmoñerías. Allí hablaremos.

—Otra vez, quizá —respondió Della Street—. ¿Tiene derecho a vender ese cuadro?

—¿Cómo puedo saberlo? —se quejó Gilbert—. Si se lo vendo a un abogado, ello puede traerme muchas complicaciones.

—Podría ser importante asegurarse de que no le ocurra nada a esa tela —intervino Mason—. Por tanto, ¿cuánto dinero quiere al contado para poder llevármela conmigo ahora mismo?

—¡Dinero, dinero, dinero! —profirió Gilbert—. ¡Estoy tan harto de oír nombrar sólo el dinero, que me echaría a llorar! ¿Sabe una cosa? ¡Ése es mi problema! Tengo un talento que la gente quiere comprarme por dinero, y yo soy tan canalla que lo acepto. Le diré algo, señor Perry Mason: no quiero dinero. Tengo dinero. Mucho dinero. Puedo pagar la renta de este estudio, comer y divertirme. Todo lo demás, lo consigo de balde. ¿Y sabe algo más? Estaba a punto de regalarle ese cuadro a su secretaria, a fin de que tuviese algo que le recordase mi persona, pero ahora creo que voy a reflexionar un poco. Y aún añadiré algo más. No vuelva aquí a ofrecerme dinero. Estoy asqueado del dinero. Empiezo a aburguesarme. El dinero no deja tranquila a la gente. Solamente ofrece falsos objetivos. Con el dinero no se compra la felicidad. Y lo más triste, es que usted tiene sesos y podría apartarse de la rutina de su existencia, pero carece de valor para ello. Se halla usted encorsetado dentro de los convencionalismos. ¡Al diablo con ellos! Bien, voy a volver a la fiesta y allí podré hablar en el lenguaje que me gusta. Buenas noches. Vamos, salgan, he de cerrar el estudio.

—Deseo asegurarme de que no le ocurra nada a este cuadro —insistió Mason—. Es muy importante.

—Se le ha atascado la aguja, hermano —se burló Gilbert—. Esto ya lo dijo antes. Cambie de disco.

—Sólo quería saber si usted había puesto el tocadiscos en la marcha debida —replicó Mason.

—Bueno, señor Mason, le he escuchado lo mismo una y otra vez, la primera y la segunda. No me haga perder más tiempo ni me ofrezca dinero. Me asquea el dinero. Y usted —volvió la mirada hacia Della Street—, vuelva cuando guste, monada —y de nuevo a Mason y Drake—. Bueno, me vuelvo a la fiesta. Vamos, salgan todos.

Salieron todos al pasillo.

Gilbert cerró la puerta y el pestillo se desplazó a su debido lugar.

—Que se divierta —le deseó Della Street.

—Los dos nos divertiríamos —le contestó el joven, alejándose.

Mientras esperaban el ascensor, escucharon sus pies descalzos arrastrándose sobre el suelo del pasillo.

—He aquí a un joven con mucho talento —observó Mason.

Después se volvió hacia su secretaria—. ¿Cómo sabía que Durant pagó esta copia en billetes de cien dólares?

—No lo sabía. Fue un tiro al azar.

—Pues acertó a la primera —rió Mason.

—¿Cree que dispusieron las cosas de forma que sea la copia la que esté ahora colgada en el salón del yate?

—No —opinó el abogado—. No podían hacer el cambio hasta que Olney se hubiese tragado el anzuelo. Necesitaban atrapar a Olney o a Rankin. Una vez Olney hubiese presentado la demanda, y los expertos hubiesen declarado ante el jurado que el cuadro era auténtico, Durant, si podía lograrlo, habría sustituido el cuadro por el duplicado, a fin de que fuese éste el que compareciese ante el tribunal. Los expertos, que habían visto el original, se habrían movido dentro de una falsa seguridad, jurando que se trataba del Feteet original. Entonces, el abogado de Durant los habría contrainterrogado, pidiéndoles que volviesen a examinar la pintura. De pronto, los expertos se habrían mostrado recelosos, buscando señales de identificación inexistentes. O habrían continuado jurando que se trataba del original o se habrían retractado en su opinión. Sea como sea, Durant habría salido airoso de la prueba.

—¿Pero cómo hubiera podido probar que era una copia? —preguntó Drake.

—Debe de existir alguna señal, algo que demuestre que lo es; por ejemplo, demostrando que fue pintado el cuadro varios años después de haber muerto Felipe Feteet.

—Entonces, de seguir con vida, Durant habría tenido completamente atrapado a Olney.

—De haber vivido —repitió Mason con sequedad.

—¿Y ahora?

—Ahora, será mejor que ordenes a tus hombres que sigan trabajando y tú te vayas a la cama. Pareces agotado.

—Lo parezco porque lo estoy. Para que lo sepas, voy a largarme a un baño turco, lo cual me sacará del cuerpo casi toda la fatiga. Después me iré a dormir a algún sitio donde te sea imposible telefonearme. Mañana por la mañana volveré a poner manos a la obra. Esta noche estoy acabado, hecho trizas.

—Mañana —opinó Mason— serás un hombre nuevo.

—Aún falta mucho para mañana —sentenció Paul Drake.

—Mañana te ocuparás de los bancos.

—¿Qué les ocurre a los bancos?

—Son esos sitios —le recordó Mason— donde pueden obtenerse billetes de cien dólares.

—No lo sabía en absoluto —se admiró Drake—. ¿De veras?

—Exactamente. Nadie entra en una tienda y pregunta: «¿Podrían cambiarme un cheque y darme sólo billetes de cien?». Tampoco va nadie a la taquilla de un cine y entrega un billete de mil pidiendo: «Cámbiemelo en billetes de cien, por favor».

Drake parpadeó pensativamente.

—Durant —continuó Mason— no poseía ninguna cuenta bancaria de valor. No podía abonar el alquiler. Compraba productos de pintor y los cargaba en cuenta. Después pagaba en billetes de cien dólares. Esto fue hace sólo dos semanas. A su artista también le pagó con la misma clase de billetes. Y después volvió a quedarse arruinado. Luego quiso que Maxine saliera de la ciudad. No tenía dinero para darle. Se fue. Volvió. Y ya tenía un puñado de billetes de cien.

—¿Te refieres a que tenía una cuenta bancaria bajo otro nombre? —sugirió Drake.

—Los bancos ya estaban cerrados —le recordó Mason.

—Estoy cansado —suspiró el detective—. No consigo fijar mi atención.

—Vete a los baños turcos —le aconsejó Mason—, y mañana lo conseguirás.

El abogado se volvió hacia Della Street.

—La acompañaré a casa, Della, y mañana celebraremos una conferencia en el despacho. A las ocho y media.

—A las nueve y media —dijo Drake.

—A las ocho y media —repitió Mason.

—Nueve.

—Ocho y media.

—De acuerdo, a las ocho y media. ¿Qué significa una hora más o menos de sueño?

Capítulo XI

Mason abrió la puerta de su oficina a las ocho y media en punto.

Della Street evidentemente llevaba allí ya algún tiempo. La cafetera eléctrica había aromatizado el despacho.

Al entrar Mason, Della le saludó con una sonrisa, y acto seguido llenó una taza de humeante café.

—¿Paul? —preguntó Mason.

Della Street meneó la cabeza.

—Todavía no ha llegado ni está en su oficina.

Mason consultó su reloj, frunciendo el ceño.

De pronto, sonó a la puerta la llamada especial del detective.

El abogado abrió. Drake entró y mecánicamente le alargó una mano a Della Street, la cual le entregó una taza de humeante líquido.

—¡Caramba, servicio y todo! —se deleitó el detective.

—Sí, Paul —exclamó Mason—. Éste es el día en que tendrás que pensar con claridad. Y vértelas…

—¿Con quién?

—Con la policía —concluyó Mason—. Tenemos que averiguar qué tienen contra Maxine. Hay algo que no sueltan. Tenemos también que descubrir todo lo referente a los billetes de cien dólares de Durant. Cuando necesitaba dinero lo obtenía, y siempre en billetes de cien. Pero sólo empleaba tales billetes para asuntos de importancia. Para sus deudas personales nunca tenía dinero.

—Lo tenía —razonó Drake—, pero no lo sacaba. Lo tenía metido en alguna parte. Cuando se pueden exhibir billetes de cien dólares después del cierre de los bancos es que se hallan guardados en alguna parte.

—¿Diez mil pavos? —se extrañó Mason.

Drake tomó un sorbo del aromático brebaje negro y contestó:

—Poseía un escondite.

—Muy bien, encuéntralo.

—Puedo ayudarte en lo de la policía —anunció el detective tras una pausa.

—Venga, suéltalo.

—Estuve en la oficina. Uno de los agentes tenía un informe. Habló con un periodista. Llevaron a Maxine al tablado. Una mujer la identificó positivamente.

Perry Mason depositó su taza de café sobre la mesa y empezó a medir el suelo a largas zancadas.

Paul Drake sostenía su taza vacía. Della Street volvió a llenársela.

—No van a llevarla delante del gran jurado —declaró el detective—. Presentarán una demanda y la retendrán hasta el juicio preliminar.

—¿Cómo lo has sabido?

—Mis agentes han estado trabajando toda la noche —replicó Drake—. Sólo he podido echar una ojeada a los informes.

Mason cogió su cartera.

—Voy a ver a Maxine —anunció.

—¿Le acompaño? —preguntóle Della Street.

Mason sacudió vigorosamente la cabeza.

—Voy a verla y a descubrir cuándo empieza a mentir. Estando presente otra mujer se mostrará más cautelosa. Necesito mostrarme con ella muy simpático y demostrarle que me trago todos sus embustes.

—Esto ya lo has conseguido —opinó Drake—, o no habrías aceptado su defensa.

—Lo sé. Esto fue ayer. Hoy necesito un poco más de confianza.

—Volverás a dejarte seducir por ello y te tragarás el cebo, el anzuelo y el sedal —le reprochó Drake.

—Ojalá… Si es capaz de engañarme a mí hasta tal punto esta mañana, también podrá engañar al jurado.

—No sea tonto, Paul —le riñó Della Street—. Por esto va a ver a la chica.

—¡Oh, Dios mío! —se quejó Drake—. ¡Ahora soy un tonto!

Sonó el teléfono. Della Street alzó el receptor y dijo ante el micrófono:

—¿Qué pasa, Gertie?

Cogió apresuradamente un bolígrafo, trazó varias notas en taquigrafía y preguntó:

—¿Nada más? —luego colgó.

Se volvió hacia Perry Mason.

—Un telegrama de George Lathan Howell, el experto en arte. Proclama su afecto hacia Maxine y envía un cheque de dos mil dólares como contribución a la campaña.

Drake lanzó un silbido.

—¡Esa chica tiene gancho! —exclamó—. ¿Cuándo podré conocerla, Perry?

El abogado sonrió.

—Siempre que tengas dos mil dólares para contribuir a esta campaña, Paul.

Capítulo XII

—He seguido sus instrucciones, señor Mason —aseguró Maxine, con los ojos arrasados en lágrimas—. No he hablado, a pesar de que todo ha sido muy duro para mí, muy duro.

—¿Han empleado con usted el tercer grado? —quiso saber Mason—. ¿La han mantenido despierta toda la noche?

—No, no. Me permitieron dormir a medianoche. Los periódicos han sido tremendos.

—Lo sé —asintió Mason—. Ya le dije que lo peor que podía hacer era guardar silencio; que si les decía algo, si les concedía una entrevista, los diarios se mostrarían simpáticos con usted y predispondrían al público a su favor; pero que en caso contrario, la presentarían a usted poco menos que como un monstruo.

—¿Cómo lo sabía usted?

—Es lo normal. Pero no quiero que haga ninguna declaración hasta que podamos averiguar qué sabe la policía.

—¿Qué importa?

—Mucho —le aseguró Mason—. Muchas personas habrían salido bien libradas de no haber mentido en cosas sin importancia. La policía no pudo probar su culpabilidad en el crimen, pero sí que habían mentido, y entonces las hizo picadillo.

—Yo no pienso mentir.

—¿Qué hay del canario? —le recordó Mason.

—Tenía uno. Y me gustaría saber qué fue de él. Le aseguro que era un canario precioso.

—¿Comprende ahora lo que quise decirle? —le preguntó Perry Mason.

—No —gritó ella, indignada.

—Casi todo depende —continuó el abogado— de las pruebas

recogidas en el momento del crimen. La policía empleará toda su influencia para convencer al forense de que se fije la hora de la muerte lo antes posible. Ahora tendrá usted que ayudarme a mí, Maxine. Usted dijo que se marchó a la terminal de autobuses, telefoneó a la oficina de Paul Drake, dejó dicho que yo la llamase y se dedicó a esperar.

La joven asintió.

—Piense. Trate de acordarse de la gente que estaba allí. Usted es una chica atractiva. Rondó cerca de la cabina esperando mi llamada. Estaba nerviosa. La gente reparó en usted. Probablemente habría algún lobo deseando poder ofrecerle su simpatía. Y también alguna matrona que se preguntaría si podía ayudarla en algo.

—¿De qué puede servir todo esto, aunque se fijasen en mí? —exclamó Maxine.

—Si la vieron y usted puede describir a dichas personas, acudiremos a las taquillas de la terminal y describiremos a esa gente, tratando de averiguar a dónde se marcharon, en qué ciudad se hallan. Después, pondremos anuncios en los periódicos. Sabremos qué autobuses salieron a las horas en que usted vio a dichas personas y hablaremos con los conductores. Podremos… sí, podremos hallar una pista.

—No me fijé en nadie —replicó Maxine—. Estaba demasiado trastornada.

—¿No se fijó en nadie en absoluto? —insistió Mason.

—No.

—¿Cuánto tiempo estuvo usted allí antes de que yo la llamara?

—Una hora.

—¿A qué hora llegó?

—Sobre las siete y quince.

—¿No se fijó en nadie?

Ella sacudió la cabeza.

—¿Conoce muy bien a George Lathan Howell? —le espetó Mason, de repente.

—Ya contesté a esta pregunta.

—¿Cuándo?

—Cuando usted me interrogó respecto… a mis romances, en su despacho.

—Entonces no lo hice con el mismo sentido —repuso Mason—. Lo que ahora deseo saber es si existe la posibilidad de que él esté mezclado en este caso.

—No lo sé —declaró ella, añadiendo—: Con franqueza, me pidió que me casara con él.

—Me envió un telegrama —dijo Mason—, diciendo que mandaba dos mil dólares como contribución a esta campaña.

—¡Dos mil dólares! —exclamó Maxine.

Mason asintió.

—Eso significa que habrá vendido el coche, reuniendo cuanto ha podido.

—¿Tanto la quiere?

—Por lo visto —repuso ella, pensativa.

—Bien, Maxine, no debe mentirme en esto. ¿Tenía él una llave de su apartamento?

—No —Maxine le miró fijamente a los ojos.

—¿Y Durant?

—Le di una que me pidió aquella misma noche.

Mason la contempló pensativamente.

—¿Está segura de lo que dice?

—Señor Mason, le estoy diciendo la verdad.

—Ojalá sea así —suspiró el abogado.

—Lo es.

—Está bien. Confío en usted. Y que el cielo la ayude si miente. Habrá una sesión preliminar. Yo puedo interrogar a los testigos. Nosotros no tenemos nada en qué apoyarnos. La policía sí, por lo que exigirá el proceso… a menos que yo pueda exhibir alguna prueba de última hora. Ellos poseen un caso contra usted, pero ignoro hasta qué punto es consistente. Y no quiero que se vaya haciendo más fuerte de lo que es ahora. Recuerde esto: si pueden demostrar que usted no estaba en la terminal, si pueden probar que usted salió de su apartamento después de las siete y media, se verá en un buen lío.

Ella asintió.

—¿Les dijo a qué hora salió del apartamento? —quiso saber Perry Mason.

—Sí. Esto se lo dije. Que había salido de mi apartamento a las

siete, que no había regresado al mismo, que le telefoneé a usted desde la cabina de la terminal, luego me reuní con usted y la señorita Della Street y que no podía añadir nada más sin su permiso… y, claro está, les dije que no había estado huyendo, sino que me dirigía a visitar a mis parientes; luego, cuando hubieron averiguado dónde vivía mi hermana, admití que era a ella a quien iba a visitar. Pero no les dije nada respecto al caso… ni respecto al cuadro ni al secreto que Durant conocía de mi hermana.

—De acuerdo —aprobó Mason—. Esta sesión preliminar es un asunto rutinario. El juez se cebará en usted porque las pruebas se hallan en un solo bando. Usted no puede contar allí su historia.

—¿No puedo? —exclamó la joven, con credulidad—. Yo creí que entraba en mis derechos.

Mason meneó la cabeza.

—¡Pero yo quiero declarar, señor Mason! ¡Quiero sentarme en la silla de los testigos! Sé que me interrogarán, sé que todo será terrible. Sé que sacarán a relucir todo mi pasado. Sé que harán cuanto puedan para desacreditarme, pero yo quiero declarar.

—No puede hacer tal cosa en un examen preliminar —objetó Mason.

—¿Pero por qué?

—Porque, ante todo, no le serviría de nada. Si tengo que ganar este caso tendré que hacerlo demostrando que la acusación no posee ningún caso, en absoluto. No va a servir de nada establecer un conflicto con la evidencia. Una vez el juez la convoque y se halle usted en el tribunal, delante de un jurado, escucharán su historia y luego a los testigos de la acusación, y decidirán quién dice la verdad. Pero en una sesión preliminar, el juez no se molesta en resolver los conflictos de evidencia. Piensa que esto ya lo hará más adelante el jurado, en otro tribunal. Si la acusación puede establecer su caso, no hace falta nada más.

—Está bien —dijo Maxine, tras una pausa—. Usted es quien me aconseja lo que debo hacer.

Mason la contempló meditativamente.

—Tengo la impresión de que usted no le mató. También tengo la impresión de que oculta algo. Sin embargo, cuando termine la sesión preliminar sabré mucho más del caso y de usted.

—¿Cuándo se celebrará esta sesión?

—Dentro de un par de días —respondió Mason—. Necesito descubrir qué pruebas poseen. Entonces sabremos muchas más cosas de este caso.

—¿Presentarán todas las pruebas?

—Tratarán de retener cuantas puedan —contestó Mason—, pero mi labor consiste en obligarles a descubrir su juego. Bien, puede decirles a los periodistas que está dispuesta a contarles su historia tan pronto como yo le dé mi permiso. Entretanto, no le diga nada a nadie. No haga nada que pueda proporcionarle municiones contra usted a la acusación.

Capítulo XIII

Paul Drake, encaramado en el brazo del sillón reservado a los clientes, dijo:

—¿Por qué no te deshaces de esto?

—¿De qué? —quiso saber Perry Mason.

—De este sillón.

—¿Qué tiene de malo?

—Está anticuado. Pasado de moda. En las oficinas modernas ya no se estilan estos muebles.

—Pues yo sí.

—¿Por qué?

—Para que el cliente se encuentre cómodo. Se sienta más a gusto. Y se muestre predispuesto a contar su historia. No hay forma de conseguir que un cliente desembuche si se siente incómodo. Bueno, si piensa decir la verdad. Por otra parte, si piensa mentir, dejo que se siente en este sillón un rato, y después le pido que se instale en esa silla de recto respaldo situada delante de la mesa, a fin de oírle mejor. Esta silla es la más incómoda del mundo.

—¡Y ese sillón es un invento del diablo! —afirmó Drake.

—Cuando quieras que alguien te diga la verdad —prosiguió Mason—, instálale en un sillón confortable y muéstrale tu simpatía y amabilidad.

—¿Y en caso contrario, le coloco en una silla de alto respaldo?

—Exactamente.

—Entonces, será bueno que vayas a buscar a tu cliente, Maxine Lindsay, y la sientes en esta silla tan incómoda, Perry.

—¿Qué pasa?

—Te ha estado mintiendo.

—¿En qué?

—Bueno, en realidad no sé qué te dijo, pero sí sé que te mintió.

—Continúa.

—¿Te contó que su hermana había tenido un hijo, que había pasado por hijo suyo, mientras su cuñado estaba en el frente?

—Sigue —le animó Mason al observar que vacilaba.

—Bueno, aparentemente, es al revés. El niño es de Maxine, pero hubo un acuerdo entre ella y su hermana. El marido lo sabe todo y está dispuesto a ayudar a Maxine. El niño nació mientras Homer estaba fuera, de acuerdo, pero su madre es Maxine y no su hermana, Phoebe Stigler. Sin embargo, Maxine y Phoebe estuvieron en una pequeña población a fin de poder decir que habían cambiado sus identidades. Buscaron a una comadrona, y más adelante, después de un poco de comedia, el niño fue adoptado por el matrimonio de Homer y Phoebe Stigler.

—¿Lo sabe la policía? —preguntó Mason.

—¿Que si lo sabe? ¡Quien no sabe nada eres tú! ¡El padre de la criatura fue Collin Durant!

—¿Cómo? —exclamó Mason.

—Esto es lo que cree la policía. Están intentando demostrarlo. Y añadiré algo más. Tienen a una mujer que afirma que Maxine estuvo en su apartamento, al menos hasta las ocho.

—Imposible —objetó Mason—. Ella te llamó a tu oficina desde la estación de autobuses, a las siete y cuarto.

—«Dijo» que me llamaba desde la estación de autobuses —rectificó Drake—. Es una forma muy sencilla de forjarse una coartada. Una persona entra en una cabina telefónica, coge el número de una estación de autobuses cercana, llama y da ese número, pidiendo que la telefoneen más tarde. Después, comete el crimen, se marcha a la terminal de autobuses y aguarda la llamada. Maxine Lindsay sabía lo que iba a ocurrir, y se llevó de su apartamento todo lo que no quería que la policía encontrara. También quería que alguien le cuidara el canario, de manera que se lo llevó a una persona amiga. Después se puso en contacto contigo y te contó su historia, le dio a Della la llave de su apartamento y se largó. Y ahora te está utilizando a ti, y también a mí, para disponer de una coartada, a fin de que ambos confirmemos su historia de la llamada desde la terminal.

—¿Por qué piensa la policía que Durant fue el padre de la criatura?

—Por la evidencia circunstancial. Durant rondaba a la sazón a Maxine. Supongo que la policía será capaz de encontrar algunos registros en los moteles, con la firma de Collin Durant.

—Algún día —exclamó Mason— encontraré un cliente que me contará toda la verdad, y me desmayaré. No, un momento, lo diré de otro modo: algún día hallaré algún cliente en el que podré confiar.

—No me gusta darte esos disgustos —se apenó Drake—, pero para esto me pagas.

—¿Qué hay de los billetes de cien dólares?

—No sé nada, no he podido hallar ningún indicio de que Durant tuviera una cuenta bancaria o se haya acercado jamás a un banco. He puesto agentes con fotografías que han visitado todos los bancos de la ciudad. Nadie le conoce, excepto en la pequeña sucursal donde tenía una cuenta a su propio nombre. En el momento de su muerte, la cuenta arrojaba un balance de treinta y tres dólares con doce centavos.

—Y diez mil dólares en su bolsillo —le recordó Mason.

Drake asintió.

—Y una semana antes también tenía billetes de cien dólares, con los que pagó las pinturas y al artista. ¿Qué hay de esos billetes de cien dólares, Paul?

—Hasta ahora nada, Perry.

—Pues sigue buscando. En realidad, sólo acabas de empezar.

Capítulo XIV

El ayudante del fiscal, Thomas Albert Dexter, se puso en pie.

—¡Da comienzo la sesión preliminar en el caso del pueblo del Estado de California contra Maxine Lindsay! ¡El pueblo está dispuesto!

—¡Dispuesta la defensa! —proclamó Mason.

—Muy bien —aprobó el juez Crowley Madison, mirando con curiosidad y simpatía a Maxine—. Llame a sus testigos, señor fiscal.

—¡Teniente Tragg! —gritó Dexter.

El teniente Tragg pasó al sillón de los testigos. Había sido llamado, explicó, por la señorita Della Street, mejor dicho, por alguien que así dijo llamarse, la mañana del día 14. Se había dirigido luego a un apartamento, el número 338-B, alquilado por Maxine Lindsay, la acusada del caso, y allí había hallado a Della Street con un cadáver. Éste había sido luego identificado como Collin Max Durant, un comerciante en arte. El cuerpo estaba tendido parcialmente dentro de la ducha.

—¿Tiene fotografías? —le preguntó Dexter.

Tragg extrajo un puñado. Fueron presentadas como evidencia.

Tragg también exhibió un diagrama del interior del apartamento, que asimismo fue agregado a las pruebas.

—¿Qué había en los bolsillos del difunto cuando encontró el cadáver, teniente Tragg?

—Algunas llaves, incluyendo una que abría la puerta del apartamento de la acusada; un pañuelo, un bolígrafo, una navajita, un paquete de cigarrillos, un encendedor, una agenda, cien billetes de cien dólares y veinticinco más en moneda suelta y cambio, con un total de diez mil veinticinco dólares.

—¿Le hizo alguna declaración la señorita Street?

—Sí.

—¿Qué dijo?

—Esto no es evidencia —intervino el juez Madison—, sino una repetición de oídas.

—Lo sé —asintió Dexter—, pero puesto que la señorita Della Street es la secretaria de Perry Mason, el abogado de la acusada, pensé preferible introducir el asunto a la atención del tribunal, particularmente si no se opone la defensa.

—¿Es material? —preguntó el juez.

—Completamente.

—¿Importante?

—Así lo considero.

—¿En qué sentido?

—Tiende a contradecir las subsiguientes declaraciones de la acusada.

—Muy bien —decidió el juez—. Si no hay objeción…

—Hay objeción —alegó Mason.

—Bueno —exclamó el juez, irritado—, nos habríamos ahorrado tantos circunloquios si hubiera usted presentado su objeción inmediatamente.

—Es ahora cuando objeto —sonrió Mason.

—Se acepta la objeción —afirmó el juez Madison, añadiendo con cierta brusquedad—: Reconozco su táctica, abogado. Usted quería que el fiscal explicara por qué consideraba importante tal conversación. Bien, ahora ya tiene la información, usted ha formulado su objeción y ésta ha sido aceptada.

—Llamaré ahora al siguiente testigo, señorita Della Street, a fin de que pueda referirnos dicha conversación —decidió Dexter—, y el teniente Tragg podrá retirarse hasta más tarde.

—Esto es algo irregular —opinó el juez—, pero creo que puede pasar. Sin embargo, si el señor Mason desea interrogar al teniente sobre el testimonio que ya ha prestado, antes de abandonar el estrado, le voy a conceder este privilegio.

—Prefiero interrogarle más tarde —observó Perry Mason.

—Muy bien. Que se presente la señorita Della Street al estrado.

Della avanzó, levantó la mano derecha, prestó juramento y se instaló en el sillón de los testigos.

—¿Conocía a la acusada, Maxine Lindsay?

—Sí.

—¿La vio entonces?

—Sí.

—¿Conversó con ella?

—Sí.

—¿Qué hora era?

—Las nueve de la noche, aproximadamente.

—¿Quiénes estaban presentes?

—El señor Mason y yo misma, además de Maxine Lindsay.

—¿Qué dijo ella? ¿Cuál fue la conversación?

—Un momento —intervino el abogado—. ¿Puedo formular una pregunta sobre «voir dire»?

—Ciertamente —concedió el juez Madison.

—En el momento de la conversación, ¿cuál era su ocupación, señorita Street?

—La de secretaria de usted.

—¿Y a qué me dedico yo?

—Es abogado criminalista.

Mason le sonrió al juez Madison.

—Su señoría, me opongo a la pregunta, basándome en que trata de una comunicación privilegiada, una comunicación confidencial hecha a un abogado.

—¡Un momento! —saltó Dexter, furioso—. ¡Aún me queda otra pregunta! Señorita Street, en el momento de aquella conversación, ¿era Maxine Lindsay cliente representada por Perry Mason?

Della Street vaciló.

—Lo ignoro.

—Lo preguntaré de otra manera —insistió Dexter—. ¿Le había dado una paga y señal al señor Mason?

—No.

Dexter sonrió triunfante.

—Vea, su señoría. No se trataba de una conversación entre un abogado y su cliente.

—Me gustaría formular ahora una pregunta —volvió Mason a la carga—. ¿Es ahora mi cliente la señorita Lindsay?

—Evidentemente —exclamó el juez Madison—. No entiendo qué

tiene que ver esto con la situación. Usted es ahora su abogado legal.

—Entonces —continuó Mason—, puesto que ha quedado bien entendido que ahora es mi cliente y que yo soy su abogado en este caso, quiero preguntarle una cosa a la señorita Street. ¿Me entregó la señorita Maxine Lindsay alguna paga y señal?

—No —contestó Della Street.

El juez Madison sonrió.

—Perdóneme, defensor. No había apreciado la fuerza de su argumentación.

—Me gustaría formularle otra pregunta, señorita Street —dijo Dexter—. ¿Le comunicó el señor Mason que iba a representar a Maxine Lindsay?

—Sí.

—¿Cuándo se lo dijo?

—El día 14.

—¿Entonces, el día trece no le había dicho que era su cliente?

—No.

El juez Madison se pasó la mano por su cabellera.

—Creo que será preferible una mejor comprensión de los hechos de este caso —dijo—, antes que el tribunal dictamine sobre las objeciones.

—Permítame formular otra pregunta —dijo Mason—. Señorita Street, ¿había alguna relación de amistad, amistad personal, que usted sepa, entre la señorita Lindsay y un servidor?

—Ninguna.

—¿Hubo algo en aquella conversación que indicase que me estaba consultando como amigo y no como abogado?

—No. Le consultó a usted porque ya había estado antes en su despacho.

—¿Lo dijo ella así?

—Sí, se desprendió de sus palabras.

—Renuevo la objeción ante el tribunal —declaró Mason.

—Por el momento, apoyaré la objeción —decidió el juez—. Que sea la evidencia la que apoye el caso. Si las pruebas bastan para acusar a Maxine Lindsay, entonces el señor fiscal podrá retirar estas preguntas, porque no serán ya necesarias. El tribunal opina que esto es justo. Este tribunal sostiene que debe mostrar cierta autoridad en

este asunto, pero se siente inclinado a apoyar esta objeción.

—Muy bien —dijo Dexter, contrariado—. Consideraré de nuevo la cuestión. Había previsto que no habría objeción a la repetición por parte del teniente Tragg de lo que Della le contó. Creo que ello forma parte de la «res gestae».

—Lo que ella le dijo respecto al descubrimiento del cadáver puede formar parte de la «res gestae». Pero —prosiguió el juez— lo que le contó respecto a la conversación mantenida el día antes entre la acusada y su abogado, no forma parte de la «res gestae».

—Muy bien, vuelvo a llamar al teniente Tragg —dijo Dexter.

Della Street abandonó el estrado.

—Teniente, ¿en la tarde del catorce tuvo ocasión de ver a Maxine Lindsay, la acusada de este caso?

—Sí.

—¿Dónde?

—En Redding, California.

—¿Quién estaba con ella?

—El señor Perry Mason.

—¿Le dijo usted algo a la joven en presencia del señor Perry Mason?

—Sí, señor. Le dije que deseaba interrogarla respecto al asesinato de Collin Max Durant.

—¿Le hizo ella alguna declaración entonces?

—No entonces. El señor Perry Mason le aconsejó que no declarase nada.

—¿Regresó usted a Los Ángeles?

—Sí.

—¿Quiénes le acompañaron?

—El señor Perry Mason y Maxine Lindsay, la acusada.

—¿Más adelante, Maxine Lindsay fue interrogada sin la presencia del señor Perry Mason?

—Sí.

—¿Efectuó alguna declaración?

—Al principio se negó a ello. Luego yo le expliqué que no queríamos cometer ninguna injusticia, pero que todas las pruebas la acusaban a ella, que si deseaba explicar lo acontecido, nosotros investigaríamos y si las pruebas concordaban con su relato,

quedaría en libertad. Acto seguido le dije que la evidencia de su fuga podía ser aceptada como prueba de culpabilidad en este Estado, pero ella me contestó que no había huido. Añadió que había decidido visitar a su hermana, residente en Eugenia, Oregón. Entonces le pregunté a qué hora se había puesto en marcha y me contestó que había dejado Los Ángeles, aproximadamente, a las nueve cuarenta; que había llegado a Bakersfield poco después de medianoche; que estaba muy escasa de fondos y que había estado buscando por todas partes el motel más barato de todos.

—¿Le contó todo esto la acusada?

—Sí.

—¿Había sido ya advertida de sus derechos constitucionales?

—Sí.

—¿Qué más declaró?

—Que le había enviado un telegrama a su hermana pidiéndole dinero y que lo había recibido por giro telegráfico a Redding.

—Incidentalmente, teniente, ¿habló usted con la hermana?

—Después, sí, hablé con la hermana.

—¿Y verificó ésta…?

—¡Protesto! —terció Mason—. Esta pregunta es tendenciosa. Además, es incompetente, irrelevante y capciosa. La declaración de la hermana no puede en modo alguno presentarse ante este tribunal y…

—Retiro la pregunta —convino el fiscal, ceñudamente—. Intentaba ganar tiempo.

—¡Y yo trato de preservar los derechos constitucionales de mi defendida! —arguyó Mason.

—Bien, ¿le hizo a usted, teniente, la acusada alguna otra declaración?

—Sí. Le sugerí que ella había convenido con Perry Mason encontrarse en Redding y lo negó. Después la interrogué respecto a la hora en que se había encontrado con Perry Mason, y declaró que lo había visto a las nueve y media de la noche del día trece; que entonces había decidido ir a ver a su hermana; que le había entregado a la señorita Della Street una llave de su apartamento. Le pregunté si conocía a fondo a Collin Durant, el muerto, y al principio repuso que apenas le conocía. Más tarde, alteró su relato y

admitió que había sido amiga suya, y que desde que se había instalado en Los Ángeles se vieron de cuando en cuando.

—¿Le preguntó usted algo respecto a un hijo? —inquirió Dexter.

—¡Protesto! —tronó Mason—. ¡Objeto a esta pregunta por tendenciosa y sugeridora! ¡Es completamente incompetente, irrelevante e inmaterial!

—Sí, opino que es incompetente —sentenció el juez—, al menos en su forma actual.

—Bien, la formularé de otro modo —se enojó Dexter—. ¿Le preguntó usted si la acusada había tenido un hijo del muerto?

—Entonces, no.

—¿Y más adelante?

—Sí.

—¿Cuál fue la respuesta?

—¡Me opongo a esta serie de preguntas por tendenciosas y sugeridoras!

—Son tendenciosas —admitió el juez—, pero el fiscal está tratando de presentar una declaración como prueba. Voy a oponerme a la protesta. Creo que la pregunta es pertinente porque conduce a una cuestión de motivación.

—¿Qué dijo ella? —insistió Dexter.

—Lo negó.

—¿Negó haber tenido un hijo, o negó que Collin Durant fuese el padre?

—¡Un momento! —volvió a gritar Mason—. Antes de que el teniente responda a esta pregunta, quiero objetar, con el permiso del tribunal, y afirmar que esta pregunta, así formulada, es incompetente. El tribunal ya ha dictaminado que la cuestión de si la acusada tuvo un hijo no tiene nada que ver con los puntos de este caso, a menos que el niño fuese de Collin Durant. Abordando el tema de esta manera, la acusación está tratando de que el público le retire sus simpatías a la acusada, de que los periódicos tengan una buena noticia y…

—No necesita continuar, señor Mason —le interrumpió el juez —. El tribunal ya ha decidido sobre este aspecto. El tribunal desea advertirle al señor fiscal que la pregunta es improcedente. El tribunal solamente permite preguntar si la acusada fue interrogada

respecto a si había tenido un hijo con Collin Durant, y la respuesta a esta específica pregunta.

—Lo negó —declaró el teniente.

—Contrainterrogatorio —anunció Dexter.

—Bien, teniente —comenzó Mason, avanzando—, ¿le preguntó usted a la acusada si había tenido un hijo y si el padre de la criatura había sido Thomas Albert Dexter, el fiscal del distrito?

Dexter pegó un salto y exclamó:

—¡Su señoría, esto es… esto es una burla ignominiosa! ¡Es un claro desprecio al tribunal y…!

—¿Por qué? —preguntó Mason—. Usted le hizo al teniente una pregunta tendenciosa: si había mantenido una conversación con la acusada, preguntándole si había tenido un hijo de Collin Durant. Aparentemente no había motivos para tal presunción, lo mismo que no los hay para pensar que sea usted el padre de tal niño. Sólo quiero dejar bien sentado mi punto de vista. —Y agregó, sonriendo —: En caso de que la prensa le conceda a su pregunta grandes titulares, quiero que los concedidos a mí sean aún mayores.

—Proceda con otra pregunta, señor Mason —sonrió el juez Madison—, si tiene alguna que formular.

—¿Dijo usted, teniente, que la acusada tiene una hermana que vive en Eugenia, Oregón?

—Sí, la señora de Homer Hardin Stigler.

—Y que recibió un telegrama de mi defendida, enviándole a continuación los veinticinco dólares pedidos en el mensaje.

—Sí.

—No hay más preguntas.

Dexter se puso de pie.

—Se me había olvidado. ¿Le contó la acusada cómo se puso en contacto con Mason la noche del trece?

—Dijo que había llamado desde una terminal de autobuses, a las siete y cuarto, a la oficina de Paul Drake, preguntando por el señor Mason y si ellos podían localizarle. Añadió que esperaría hasta las ocho y cuarto, que el señor Mason la llamó a tiempo y convinieron en reunirse al cabo de cuarenta y cinco minutos delante del edificio donde vive la señorita Della Street, y que el motivo de este encuentro fue entregarle ella la llave de su apartamento a la

secretaria del señor Mason.

—¿Le hizo otras preguntas?

—Sí, pero se negó a contestarlas. Le advertimos que todavía no la acusábamos, que el caso sólo se hallaba en la fase de investigación y que nuestras preguntas sólo tendían a aclarar los detalles.

—¿Desea volver a contrainterrogar al testigo, señor abogado? —preguntó Dexter.

—No hay más preguntas.

—¡Llamo al doctor Phillip C. Foley! —gritó Dexter.

Foley avanzó, prestó juramento y se presentó como forense de la oficina del coroner del condado.

—Me avengo a las calificaciones profesionales del doctor Foley —advirtió Mason—, quedando sujeto al derecho de contrainterrogatorio. Sin embargo, deseo que quede bien entendido que no me avengo a tales calificaciones como tales, sino sólo para una demostración de «prima facie», y que tengo derecho a contrainterrogarle respecto a tales calificaciones.

—Muy bien —opinó el juez—. Empiece a interrogar, señor fiscal.

—Me refiero al cadáver identificado como el de Collin Max Durant, número tres, seis, siete, cuatro W, en los archivos de la oficina del coroner.

—Sí, señor.

—¿Quién llevó a cabo la autopsia de dicho cadáver?

—Yo mismo.

—¿A qué hora?

—Aproximadamente, a las dos de la tarde del día catorce.

—¿Cuándo vio por primera vez el cuerpo?

—A las diez de la mañana. Unos minutos después de las diez. Diría que tres o cuatro minutos más tarde. A lo sumo, a las diez y cinco minutos.

—Según su opinión, doctor, ¿cuánto hacía que había muerto el individuo? Dicho de otro modo: ¿cuándo ocurrió la muerte?

—Yo diría que la muerte había tenido lugar entre las siete y cuarenta minutos y las ocho y veinte, la noche del trece.

—¿Pudo determinar la causa de la muerte?

—Sí. Había tres heridas de bala. Una había sido fatal. Las otras dos casi instantáneamente fatales. La herida que yo creo fue la primera infligida es la que penetró en el espinazo, alojándose en la cuarta vértebra cervical. La otra también casi mortal, penetró en la aorta ascendente. Y la tercera bala se alojó en un pulmón. Las tres fueron disparadas por la espalda.

—¿Recuperó alguna de las balas?

—Las tres.

—¿Qué hizo con ellas?

—Las entregué al departamento de balística para su posible identificación, después de haberlas etiquetado debidamente.

—Contrainterrogatorio.

—El fenómeno del «rigor mortis» es variable, ¿verdad? —inquirió Mason.

—Sí.

—¿Ha habido ocasiones, entre los soldados, que por el calor del combate, las circunstancias excitantes, la alta temperatura y diversas causas, el «rigor mortis» se ha presentado casi instantáneamente?

—Creo que sí. Jamás lo he visto por mí mismo, pero creo que es un hecho aceptado clínicamente.

—¿Existen algunas otras circunstancias bajo las cuales el «rigor mortis» se presente con más lentitud?

—Sí.

—¿Empieza el «rigor» en las mandíbulas, los músculos del cuello y, gradualmente, se extiende por todo el cuerpo?

—Sí.

—¿Y cuando desaparece, también lo hace de la misma forma?

—Sí.

—Bien, la lividez «post-mortem» también es variable, ¿verdad?

—Pues… sí.

—¿Es un fenómeno en el que se combinan las fuerzas de la gravitación, el deterioro de la sangre o la coagulación?

—En cierto modo, sí. Creo que puede definirse así.

—¿La sangre se acumula en los canales inferiores, excepto en los que quedan obturados debido a la presión?

—Sí.

—La pauta es casi uniforme. ¿Sigue una norma general?

—Sí.

—¿Y una vez se ha presentado no se altera hasta que se mueve el cadáver?

—Exacto.

—¿Por tanto, un experto en autopsias podría afirmar, generalmente, gracias a la lividez «post-mortem», a qué hora ocurrió una muerte?

—Sí… sí.

—¿Y el «rigor mortis» también es variable, de forma que sólo de manera general puede afirmarse la hora de la muerte?

—Sí.

—Bien, respecto a la temperatura del cuerpo, doctor, ¿qué puede decirnos?

—Bueno, pierde temperatura de manera uniforme.

—¿Depende, sin embargo, de la temperatura ambiental?

—Sí.

—¿La temperatura del cuerpo en el momento de la muerte?

—En esta clase de muertes siempre presumimos una temperatura normal.

—Pero no es más que una presunción, ¿cierto?

—Pues… sí.

—¿Y la pérdida de temperatura depende también de las ropas?

—Sí, hasta cierto punto.

—¿Conoce usted la temperatura de la habitación donde fue hallado el cadáver por la policía?

—Veintidós grados.

—¿Estuvo allí?

—Sí.

—¿Y qué hizo?

—Empleé el método más moderno para averiguar la hora de la muerte, según Lushbaugh. Este método consiste en la incorporación de un termómetro eléctrico de lectura directa a un termistor en una sonda de plástico. Así conseguí determinar a qué proporción iba perdiendo el cadáver la temperatura.

—Este método le capacita a fijar la hora de la muerte entre un mínimo de treinta y un máximo de cuarenta minutos, ¿verdad?

—En este caso empleé el llamado «termómetro de la muerte». El resultado se mostró de acuerdo con las demás pruebas físicas, por lo que pude fijar con bastante seguridad la hora de la muerte.

—¿Fijó la misma a las siete cuarenta, como mínimo?

—Sí, gracias a este método.

—¿Y, como máximo, a las ocho y veinte?

—Sí.

—¿Pudo la muerte haber tenido lugar a las siete y treinta y nueve?

—Es posible.

—¿Y a las siete y treinta y ocho?

—Tal vez. Le diré una cosa, señor Mason, Yo fijé estos tiempos como los límites extremos «con esta prueba». La hora probable de la muerte se halla en este período, pero siempre en relación con «esta prueba».

—Nada más.

—¡Llamo a Matilda Pender! —voceó Dexter.

Matilda Pender, una atractiva mujer de treinta años, prestó juramento, declaró que era taquillera de la terminal de autobuses y que había visto a Maxine Lindsay la noche del trece, habiéndose fijado particularmente en ella porque parecía deprimida y acongojada.

—¿Durante qué momentos la observó usted? —le preguntó Dexter.

—Aproximadamente, entre las ocho y las ocho y veinte.

—¿Qué hacía?

—Se hallaba de pie al lado de una cabina telefónica.

—¿La había visto antes?

—No, señor.

—Contrainterrogatorio —anunció Dexter.

—¿Pudo la acusada haber estado allí antes sin que usted reparase en ella? —inquirió Mason.

—Me fijé en ella porque estaba nerviosa.

—Exactamente —asintió el abogado—. De no haber estado nerviosa usted no se habría fijado en ella. Dicho de otro modo, sólo su nerviosidad la diferenciaba de los centenares de personas que pasan durante el día por la terminal.

—Bueno, me fijé en ella porque estaba nerviosa.

—Le pregunto si sólo fue ése el motivo de reparar en ella —insistió Perry Mason.

—Ya se lo he dicho: sí.

—Y de no haber estado nerviosa, no se habría fijado en ella.

—Supongo que no… no.

—Pudo estar allí desde las seis, y de no haber dado muestras de nerviosismo, usted no la habría visto.

—De haber estado allí tanto tiempo me habría fijado también en ella.

—¿Desde las seis a las ocho y veinte?

—Sí.

—Bien, incluso en el caso de que estuviera muy nerviosa, usted no se debió fijar en ella inmediatamente, ¿verdad?

—Supongo que no.

—Por tanto, usted piensa que debía llevar allí ya cierto tiempo, a pesar de todo su nerviosismo, cuando usted se fijó en ella.

—No creo que llegase mucho antes de las ocho.

—Pero debió llegar antes de las ocho —objetó Mason—, porque cuando usted la vio estaba ya junto a la cabina telefónica, y completamente nerviosa. No la vio entrar.

—No.

—¿O sea que entró en la terminal antes de que usted la viese?

—Sí.

—¿Y no sabe cuándo llegó?

—No.

—Entonces, si a las ocho ocurrió algo que la puso nerviosa, sería ésta la causa de que usted notase su presencia.

—Noté su presencia porque se hallaba junto a la cabina telefónica, comportándose de manera nerviosa.

—Exactamente —asintió Mason—. Por tanto, lo que está usted declarando es que a las ocho, esta señorita se puso tan nerviosa que usted se fijó en ella.

—Sí.

—Y naturalmente, su nerviosismo pudo ser debido a una llamada telefónica que ella hiciera, o alguna información que recibió por teléfono.

—No sé a qué pudo deberse. No intento dilucidar la causa de su nerviosismo, sino que declaro simplemente que estaba nerviosa.

—¿Y por este nerviosismo usted reparó en ella?

—Sí.

—Nada más.

—Llamo a Alexander Redfield —gritó Dexter.

—Debo manifestar —se adelantó Mason— que el señor Redfield posee todas las calificaciones de un experto en el campo de la balística e identificación de armas de fuego, y que se halla sujeto a mi derecho de contrainterrogatorio. Sólo hago esta observación para ganar tiempo en el examen directo. Me reservo el derecho de contrainterrogatorio, si lo juzgo conveniente.

—Muy bien, aceptamos esta reserva.

Dexter se volvió hacia el testigo.

—Señor Redfield, ¿recibió tres balas de parte del doctor Foley?

—En efecto.

—¿Y examinó usted dichas balas donde no pudieran ser contaminadas en ninguna forma?

—Sí.

—Y más tarde las comparó con un arma para ver si habían sido disparadas con ella, ¿verdad?

—Sí.

—¿Puede decirnos usted, en términos generales, algo sobre la identificación de las armas de fuego y las balas?

—Cada cañón posee sus propias peculiaridades —explicó Redfield—. Existen, claro está, las características de clase, como los números de la marca, el punto de mira, la dirección, la rotación, la anchura y el espacio. Existen las que denominamos características de clase. Por ejemplo, la compañía de armas de fuego Colt fabrica unos cañones que poseen unas características de clase muy especiales. Y los cañones de los «Smith y Wesson» tienen unas características de clase completamente distintas. Además, hay también las características individuales. Éstas son el resultado de diminutas imperfecciones en un cañón, cuyas huellas causan estrías en las balas disparadas a través del mismo. Con un arma dada y una bala que no haya quedado excesivamente aplastada por el impacto, casi siempre estamos en situación de disparar una bala con dicha

arma y compararla con la bala mortal, a fin de poder asegurar que ésta fue disparada con el arma en cuestión.

—¿Y probó usted las balas que le entregaron con un arma de fuego?

—Sí, con un revólver «Hi-Standard», del veintidós, de la conocida marca «Sentinel». Es una marca particular fabricada por la *High Standard Mamifacturing Corporation*. El número de dicho revólver era el uno, uno, uno, uno, ocho, ocho, cuatro. Poseía un cilindro para nueve cartuchos y un cañón de dos pulgadas y tres octavos.

—¿Cuál era su calibre?

—El veintidós.

—¿Qué más puede decirnos de dicho revólver?

—Que era de nueve cartuchos. Que tres de la recámara ya habían sido disparados. Había tres cápsulas vacías en el cilindro y seis cartuchos completos. El arma estaba registrada a nombre de la acusada.

—¿Y qué puede decirnos respecto a las tres balas del calibre veintidós que le entregó a usted el doctor Foley?

—Que todas habían sido disparadas con dicho revólver.

—Contrainterrogatorio —ofreció el fiscal.

—No hay preguntas —decidió Mason, sonriendo.

—Puesto que ya es mediodía, caballeros —dijo el juez—, este tribunal ordena un descanso hasta la una y media de esta tarde. La acusada quedará bajo custodia.

Capítulo XV

Perry Mason, Della Street y Paul Drake se hallaban reunidos en un cenador privado del restaurante situado cerca del Palacio de Justicia, donde comían habitualmente cuando tenían un caso en marcha.

Después de pedir la comida, Mason se levantó y comenzó a pasearse.

—El secreto de todo reside en esa maldita pistola —dijo.

—La pistola de Maxine, sí.

—Claro que es suya —asintió el abogado—. Está registrada a su nombre. Pero tiene que haber algo relacionado con esta arma.

—¿Qué más necesitan? —preguntó Drake.

—La historia de Maxine —afirmó Mason— es que guardaba el arma en un cajón de su armario. Cualquiera que estuviese familiarizado con el apartamento podía saber dónde se guardaba la pistola. Cualquiera pudo cogerla y cometer el crimen.

—¿Y volver a dejarla dónde? —quiso saber Della Street.

—Probablemente en algún lugar del apartamento.

—Pero nosotros no la vimos —le recordó Della—. O sea que el asesino no la dejó caer simplemente al suelo.

Mason asintió.

—Lo cual no significa que no estuviese allí. Pudo haberla devuelto al cajón.

—Es el único lugar donde podía estar —señaló Drake—. De habérsela llevado consigo Maxine te lo habría dicho, ¿verdad, Perry?

—Sólo Dios lo sabe —exclamó Mason—. Nunca puede decirse lo que hará un cliente, sobre todo si es una mujer. Se enredan en una serie de sucesos que parecen otras tantas trampas, e

invariablemente pretenden engañar a sus abogados.

—Bueno —continuó Drake—, lo que sí es cierto es que no se hallaba entre sus pertenencias cuando fue detenida.

—¿Y si la hubiese escondido en alguna parte? —preguntó Della Street.

—Entonces la policía no la habría encontrado —observó Drake —. Creo que no debes preocuparte por la pistola, aparte del hecho de que sea suya, Perry. Claro que esto le da materia a la acusación para establecer el caso contra Maxine, al menos en la sesión preliminar.

—Tienen algo más —declaró Mason, reemprendiendo su paseo. De pronto se detuvo y añadió—: Paul, deseo averiguar, si es posible, cuántas veces ha utilizado Olney su yate durante los tres últimos meses. Me gustaría saber algo del sistema de vigilancia del club náutico; cuántas personas emplean como responsables o vigilantes. En otras palabras, a cuántas personas tendremos que investigar si queremos determinar si se ha empleado el soborno para que alguien pudiera trepar a bordo a hurtadillas. Tenemos que descubrir más datos relacionados con el truco que Durant estaba pergeñando.

—Esto me parece muy sencillo —opinó Paul Drake—. Durant consigue que alguien le falsifique un cuadro. Después, hace correr la voz de que un famoso comerciante de cuadros le ha vendido a un coleccionista un cuadro falso. El comerciante se enfurece, el caballero que adquirió el cuadro se encoleriza, acuden a un experto en arte para que valore el cuadro y acto seguido presentan una demanda contra Durant. Entonces, Durant procura realizar la sustitución del original por la falsificación. El caso va a los tribunales. Durant demuestra que el cuadro era una falsificación y recibe una gruesa suma de dinero.

Mason estaba midiendo el suelo.

—¿No es así?

—No lo sé —confesó Mason—. Durant le dijo a Maxine que se trataba de un cuadro falsificado. Consiguió que ella se lo contase a Rankin. Todo esto encaja en la pintura… pero ese tipo sacó diez mil dólares de algún sitio y le ordenó a Maxine que se fuese de la ciudad. ¿Por qué? Si el cuadro no hubiese estado falsificado, entonces sí habría necesitado mantener a Maxine fuera de la

circulación para que no pudiera nadie probar sus declaraciones. Pero si podía demostrar que el cuadro era una falsificación, el testimonio de Maxine no servía para nada. Las dos teorías son diametralmente opuestas en varios aspectos. ¿Por qué necesitaba un cuadro falso? ¿Por qué deseó que Maxine se marchara de la ciudad? Tiene que haber algo que no sé, un factor vital que hemos pasado por alto.

Bruscamente, Perry Mason se volvió hacia Drake.

—Paul, procura almorzar de prisa. Después, vete al Palacio de Justicia, consigue unas cuantas citaciones para la acusada, y para todas aquellas personas relacionadas con este asunto del cuadro. Quiero ver a Otto Olney, a George Lathan Howell… y comprueba en los archivos las veces que el yate ha salido a alta mar. Procura descubrir cuántas horas ha pasado Olney a bordo. Y comprueba también la vida privada de Olney en su hogar. Descubre algo respecto a la señora Olney. Mándale una citación. Aparentemente, ambos cónyuges no se llevan muy bien, y Olney ha pasado gran parte de su tiempo en el yate últimamente. Aunque no existe una separación formal, todo indica que las relaciones conyugales no son muy cordiales.

El camarero sirvió la comida.

—¿Y Goring Gilbert? —preguntó Drake—. ¿Tengo que enviarle una citación?

—Tiene que recibir una citación «duces tecum» —afirmó el abogado—. Tiene que estar allí esta tarde con el cuadro falsificado.

—Esto producirá gran sensación.

—No lo sé. En la citación se puntualizará que debe comparecer con cualquier cuadro que haya pintado de acuerdo con el estilo de Felipe Feteet, y en particular con todos aquellos en los que figuren mujeres nativas agrupadas bajo un árbol, con unos niños jugando al fondo, y este fondo bañado por la luz del sol.

—¿Crees que se presentará?

—Si se niega, promoveré tal alboroto que los de la oficina del fiscal lo citarán por su cuenta. Deseo poner este cuadro como evidencia.

—¿No procurará impedirlo Dexter? —inquirió Della Street.

—Sí, peleará como un toro —asintió Mason—. Tendremos que

disputarle el terreno palmo a palmo.

—¿Por qué?

—Primero, porque pensará que esto complica la situación, y segundo, porque forzará la mano para que yo llame a Maxine como testigo, a fin de poder sentar la base en la que me he apoyado para la exhibición del cuadro. Si la joven declara que Durant la conminó para que fuese a repetirle a Rankin lo que él le había dicho, entonces todo el asunto resulta admisible. Pero todo abogado que hace comparecer a su defendido como testigo en una sesión preliminar de un caso de asesinato es considerado generalmente como candidato a un manicomio. Lo único que la acusada puede lograr con su testimonio es presentar un conflicto con las pruebas, y ningún magistrado desea entrar en conflicto con la acusación; a menos, naturalmente, que se llegue a demostrar algo que destruya por completo todo el edificio del fiscal, y las probabilidades de conseguir esto son de una entre diez mil.

—Usted ya lo hizo, ¿verdad? —dijo Della Street.

—Lo hice en dos casos —asintió Mason—. Pero ambos eran casos extremos. Yo sabía que llamando a declarar al acusado, cimentaría la evidencia que de otra forma resultaría inadmisible, y efectivamente, aquella evidencia saboteó el caso del fiscal.

—¿Lo hará ahora? —se interesó Della Street.

—Esto es lo que trato de decidir —contestó Mason, sin dejar de pasear—. Me veo enfrentado a una responsabilidad que quisiera poder rehuir… pero sigo jugando con la idea.

Mason se instaló a la mesa, pero apenas comió, jugueteando con el tenedor, preocupada la expresión y los ojos fijos en el mantel.

Bruscamente, apartó el plato y se puso de pie.

—Lo haré —anunció.

—¿Qué?

—Llevarla al estrado.

Della Street comenzó a decir algo y se arrepintió.

—Es un suicidio legal en potencia —continuó Mason—. Si no me sirve, quedaré señalado como el bobo más bobo de todos los bobos de este país, de oeste a este, pero tengo que hacerlo. Es la única forma de introducir ese maldito cuadro como evidencia, antes de que ocurra algo.

—¿Qué puede ocurrir? —inquirió el detective.

—Muchas cosas. Podría desaparecer el cuadro, ser robado, incluso ser destruido. Y Goring Gilbert podría esfumarse en el aire. ¿Quién se preocuparía por el paradero de un pintor bohemio? Vamos, Paul. Ya comerás más a la hora de la cena. Ahora ve en busca de las citaciones, y envíaselas a Olney, a su esposa, a Howell, a Rankin y a los vigilantes del club náutico.

—¿Por qué a los vigilantes?

—Quiero saber cuándo se falsificó el cuadro.

—¿Podrá ser todo esto admitido como evidencia?

—Lo ignoro —confesó el abogado—. Pero lo intentaré. Una cosa es segura: puedo vigilar tan celosamente este cuadro, que no le ocurra nada. Lo mantendré como si el tribunal fuera una exposición.

—¿A un falso Feteet? —se burló Della Street.

Mason asintió.

—Andando, Paul.

Capítulo XVI

A la una y media, el juez Madison penetró en la sala del tribunal y Thomas Dexter lanzó su bomba.

—Me gustaría volver a llamar a Matilda Pender.

La joven volvió al estrado.

—Quiero hacerle otra pregunta —comenzó Dexter—. Usted vio a la acusada y le pareció nerviosa. Se hallaba cerca del teléfono, esperando aparentemente…

—¡No aparentemente! —gritó Mason—. Ciñámonos a los hechos. Dejemos que las conclusiones hablen por sí mismas.

—De acuerdo —se conformó Dexter—. Aquí tengo un diagrama de la estación de autobuses, con las cabinas telefónicas, la taquilla, la sala de espera y todo lo demás. Asimismo, se ven las puertas para la entrada y salida de los pasajeros. Bien, ¿quiere señalar en este diagrama el sitio donde vio usted a la acusada? Primero, sin embargo, permítame que la oriente en este boceto y dígame si está correctamente trazado.

—Sí, señor.

—Bien —continuó Dexter—, ahora sitúe a la acusada como en la noche del trece.

La testigo colocó un lápiz sobre un punto del boceto.

—¿Aquí? —insistió Dexter.

—Sí.

—¿Cuánto tiempo la vio ahí?

—Estuvo en este lugar, o muy cerca, unos quince minutos, al menos; de esto estoy bien segura.

—¿Qué sucedió luego?

—Entró en la cabina.

—Observo que hay una fila de gavetas muy cerca de la cabina

en cuestión.

—Sí, exactamente detrás.

—Quiero preguntarle si sabe dónde se halla la gaveta veintitrés W.

—Sí, señor.

—¿Dónde?

—Es la tercera desde la parte alta del diagrama.

—¿Conoce a un hombre llamado Fulton…, Franklin Fulton?

—Sí.

—¿Le vio usted el catorce o el quince?

—El quince.

—¿Dónde le vio usted y en qué circunstancias?

—Yo me cuido de las gavetas de la terminal —explicó la testigo —. Siempre que una permanece veinticuatro horas sin ser abierta verificamos su contenido, y tras un aviso público, llevamos el contenido a la oficina y la gaveta queda vacía.

—¿Cómo opera la gaveta?

—Cada vez que se introduce dentro una moneda, la máquina se pone en movimiento y ello queda registrado en la parte superior de la gaveta. Cada noche, antes de abandonar mi puesto, reviso todas las gavetas y hago una lista de los números que aparecen en los registros. Después, comparo dichos números con los registrados veinticuatro horas antes. Siempre que lo encuentro repetido, cojo la llave y procedo a vaciar la gaveta.

—¿No la abre sencillamente?

—No, en el exacto sentido de la palabra. Quitamos la cerradura que va unida al registro. Después sacamos cuanto hay en el interior, lo llevamos al almacén, y volvemos a poner la gaveta en marcha con una nueva cerradura y un nuevo registro.

—Bien, el día quince ¿tuvo ocasión de efectuar esta operación con una de las gavetas?

—Sí.

—¿Qué gaveta era?

—La del número que usted ha mencionado: la veintitrés W.

—Y cuando la abrió, ¿qué encontró?

—Una pistola.

—¿Quién estaba con usted?

—Nadie, pero llamé al policía, y Franklin Fulton acudió al instante. Creo que es sargento.

—¿Es miembro de la policía metropolitana?

—Creo que sí.

—¿Y bajo la sugerencia del sargento Fulton, marcó usted la pistola a fin de poder reconocerla otra vez?

—Sí, ambos la señalamos.

—Ahora le entrego a usted una pistola «Hi-Standard, Sentinel», calibre veintidós, que previamente ha sido introducida como prueba en este caso, como evidencia G. Yo le ruego que examine atentamente esta pistola y diga si la ha visto antes.

La mujer cogió la pistola, le dio varias vueltas en sus manos y por fin dijo:

—Sí. Es la misma que yo hallé en la gaveta.

—¿Y dicha gaveta está muy cerca del lugar donde usted divisó a la acusada la noche del trece?

—Sí.

—Contrainterrogatorio —brindó Dexter.

—Usted no vio como la acusada abría la gaveta, ¿verdad? —inquirió Mason.

—No.

—¿Buscó la policía las huellas dactilares de la gaveta?

—Sí.

—¿Le dijeron a usted algo a este respecto?

—Sólo que habían hallado varias huellas que no podían identificar.

Mason sonrió.

—Gracias, nada más.

—¡Llamo a Agnes H. Newton! —gritó Dexter.

Agnes Newton, evidentemente, había pasado la mañana en un instituto de belleza. También había elegido sus ropas con la esperanza de ser fotografiada en el estrado de los testigos, y su aspecto y ademanes sugerían la actuación de una diva de ópera entrando triunfalmente en el escenario.

—Levante la mano derecha y preste juramento —le ordenó el secretario—. Después, dígame su nombre y dirección.

La mujer obedeció.

—¿Señorita o señora Newton?

—Señora. Soy viuda.

—Muy bien, suba al estrado.

—¿Vive en el mismo edificio que la acusada? —le preguntó Dexter.

—Sí.

—Concentrándose en el trece de este mes, ¿vio a la acusada durante aquella noche?

—Sí.

—¿Dónde?

—Salía de su apartamento y vi cómo descendía por la escalera. Será mejor que me explique —continuó la testigo—. Ella habita en el tercer piso y usualmente utiliza el ascensor cuando va y viene. Pero aquella vez no lo utilizó. Tenía tanta prisa que…

—¡Un momento! —vociferó Dexter—. Será mejor que se explique mediante preguntas y respuestas, señora Newton. ¿Podría decirnos a qué hora vio a la acusada?

—Sí, señor, exactamente.

—¿Cuándo fue?

—Dos minutos antes de las ocho de la noche.

—¿Qué hacía ella cuando usted la vio?

—Salía de su apartamento. Anduvo con rapidez desde su puerta hasta la escalera.

—¿Llevaba algo en la mano?

—Sí, llevaba su canario.

—Puede usted contrainterrogar —terminó Dexter, mirando a Mason.

Mason dio principio a su contrainterrogatorio con la precaución empleada por un abogado ya curtido cuando sabe que la acusación ha estado aleccionando al testigo de manera que a cada pregunta de la defensa más se ciña la red en torno a la acusada.

—¿Cuánto tiempo lleva viviendo en esa casa, señora Newton?

—Cuatro años.

—¿Sabe el tiempo que lleva viviendo allí la acusada?

—Unos dieciocho meses.

—¿Se siente usted inclinada a mantener relaciones de buena vecindad? —le preguntó Mason, sonriendo.

—Bueno, no me meto en camisa ajena, pero procuro mostrarme amable.

—¿Trabaja usted? ¿O está en casa todo el día?

—No trabajo, ni tampoco estoy constantemente en casa. Entro y salgo cuando quiero. Poseo una pensión vitalicia y no tengo que trabajar.

—Una mujer afortunada —comentó Mason—. ¿Cuándo trabó amistad con la acusada?

—La vi muy pocas veces desde que se mudó a su apartamento.

—No fue ésta mi pregunta —se quejó Mason—. Quería saber cuándo trabó amistad con ella. ¿Cuándo habló con ella por primera vez?

—Bien, no lo sé. Nos dábamos los buenos días y las buenas noches. Creo que esto empezó muy poco después de mudarse ella.

—Entiendo. Pero permítame exponerlo de otra manera: ¿cuándo visitó usted a la acusada por primera vez, charlando con ella?

—Bueno, no creo que nunca hayamos hablado mucho rato. Era una muchacha bastante reservada, y por lo que oí decir en la casa…

—No nos interesa lo que usted oyó decir —la interrumpió Perry Mason—, y por favor, no suministre información gratuita, señora Newton. Ésta sesión se rige por unas reglas estrictas y legales, y yo tengo que formularle preguntas y usted darme las respuestas, sin ampliarlas con más información de la necesaria. De lo contrario, me vería obligado a pedirle al tribunal que suprimiese aquellas partes de sus respuestas que considerase superfluas.

—Exacto, no proporcione información excesiva —repitió el juez —. Escuche las preguntas y conteste. ¿Entendido?

—Sí, su señoría.

—¿Puedo suplicar un momento de indulgencia al tribunal? —pidió Mason. Acto seguido se volvió hacia Maxine—. ¿Qué hay de ella? ¿La conoce?

—Es una metomentodo —le susurró la joven—. Le gusta visitar a todo el mundo, se entera de todo y es una empedernida charlatana. Miente mucho. Vive en mi piso, pero, por ejemplo, yo no salí del apartamento a las ocho, y menos con mi canario. No sé qué habrá sido de mi pajarito…

—Bien, esto no importa ahora —la atajó Mason—. Sólo quería

captar el cuadro. Es muy gracioso. O bien el fiscal desea que yo me ahogue hasta el cuello y haga alguna pregunta cuya respuesta sea devastadora, o en el testimonio de esta mujer hay un punto débil y el fiscal trata de disimularlo mediante un interrogatorio muy directo.

Dexter se recostó hacia atrás en su sillón giratorio, sonriéndole a Mason, sabiendo por su larga experiencia lo que el abogado había descubierto.

—Este testigo es una trampa —susurró Mason—, pero por el momento, tengo que seguir interrogando.

El abogado levantó la mirada hacia el juez, el cual le estaba contemplando con una sonrisa irónica. Mason reanudó su interrogatorio de la testigo.

—Su apartamento se halla en el mismo piso que el de la acusada, ¿verdad, señora Newton?

—Sí.

—¿Y usted se hallaba en su apartamento cuando vio a la acusada?

—No.

—¿Iba, tal vez, por el corredor que conduce al ascensor?

—No.

Mason vaciló un momento, preguntándose si debía abandonar o llegar hasta el fin, y al sorprender un destello jubiloso en las pupilas de Dexter, comprendió que había caído en una trampa.

—¿Estaba usted, pues, en el corredor, sin moverse, señora Newton?

—Estaba parada en el corredor —confirmó la señora Newton—. Una amiga mía estaba subiendo en el ascensor y yo me hallaba delante de la puerta de mi apartamento, esperándola.

—¿Para que su amiga pudiera hallar el apartamento sin dificultad?

—Sí.

—¿Era de veras una mujer… o un hombre?

—¡Me opongo a la pregunta por incompetente, irrelevante e inmaterial! —tronó Dexter.

—No se admite la objeción —repuso el juez—. Este tribunal no nació ayer, señor Dexter, y reconoce la técnica que usted ha

empleado con su examen directo de la testigo. Le diré una cosa: la defensa se halla en buen terreno en este interrogatorio. Proceda, señor Mason, y la testigo responderá a esta pregunta.

—Era un hombre —refunfuñó la señora Newton.

—¿Y él había telefoneado que subía en el ascensor?

—Sí.

—¿Cómo, pues, puede usted asegurar que eran las ocho menos dos minutos? —arguyó Mason.

La sonrisa de Dexter se ensanchó.

—Porque mi amigo venía a ver un programa de televisión a mi casa. Llegaba con retraso y yo temía que el programa empezase en su ausencia. Por tanto, cuando me telefoneó miré el reloj y vi que faltaban unos minutos para las ocho. Entonces abrí la puerta y me quedé en el pasillo.

—Bien, vayamos con la situación de su apartamento. ¿Vive usted en el mismo piso que la acusada?

—Sí.

—¿Y dice que cuando la acusada salió de su apartamento se dirigió a la escalera en lugar de esperar el ascensor?

—Exacto.

—¿Se halla la escalera situada cerca del ascensor?

—No. Al otro extremo del pasillo.

—¿Y el apartamento de la acusada se halla colocado entre el suyo y el ascensor?

—Entre mi apartamento y la escalera —le corrigió la testigo.

—Entiendo —dijo Mason—. Entonces, usted estaba a la puerta de su apartamento, esperando la visita de su novio.

—No dije que fuese mi novio —rectificó la testigo.

—Bueno —se corrigió Mason—, usted estaba esperando la visita de un amigo que venía a visitarla. ¿Estaba usted sola en su apartamento?

—Sí.

—¿Y él iba a contemplar un programa de televisión junto con usted?

—Sí… entre otras cosas.

—Entiendo —repitió Mason, con burlona sonrisa—, entre otras cosas ha dicho, ¿verdad?

—¡Eso es lo que dije!

—Y estaba usted a la puerta de su apartamento a fin de que esa amistad, esa amistad masculina, puesto que se opone a la palabra «novio», señora Newton, pudiera hallar el camino del apartamento.

—Bueno, algo parecido.

—¿Era la primera vez que su amigo iba a verla?

—No he dicho tal cosa.

—Bien, pues yo se lo pregunto. ¿Era la primera vez?

—No.

Mason enarcó las cejas.

—Bien, ¿estaba intoxicado el joven, señora Newton?

—¡Ciertamente, no!

—¿Tenía dominio de sus facultades mentales?

—¡Claro!

—¿Entonces por qué era necesario que usted estuviese a la puerta de su apartamento a fin de mostrarle a su amigo la ubicación del mismo, si ya la conocía?

—Bueno, yo soy muy hospitalaria.

—No es esto lo que dijo usted antes. Dijo que se hallaba a la puerta de su apartamento para indicarle el camino a su amigo.

—Bien, así fue.

—Pero él conocía el apartamento.

—Quería asegurarme de que no lo había olvidado.

—¿Cuántas veces había estado en su apartamento?

—No lo sé.

—¡Oh, su señoría! —exclamó Dexter—. Esto es ridículo. Esto se ha convertido en un interrogatorio de la vida social de la testigo, y todo por un detalle tan normal como esperar a la puerta de su apartamento la llegada de una visita.

—¿Con los brazos abiertos? —sugirió Mason.

El juez Madison reprimió una sonrisa.

—¡Esto es ridículo, repito! —proclamó Dexter.

—En absoluto —replicó Mason, ya grave—. Simplemente, estoy intentando dilucidar cómo es posible que, si la testigo estaba esperando la llegada del ascensor, a fin de guiar a su amigo tan pronto llegase a su apartamento, cómo es posible que pudiese mirar también a sus espaldas y viese cómo la acusada abandonaba su piso

en dirección contraria. No creo que tenga ojos en la espalda.

—Bien —rezongó la testigo—, no estuve mirando constantemente hacia el ascensor, sino que me di cuenta de cuanto ocurría a mi alrededor.

La sonrisa se había borrado ya del semblante de Dexter.

—¿Está segura de que eran las ocho menos dos minutos, señora Newton? —puntualizó el abogado.

—Sí.

—Y calculó la hora porque…

—No la calculé. Es la hora exacta.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque el programa de televisión que íbamos a contemplar se inicia a las ocho en punto.

—¿Y había esperado que su novio llegase antes?

—¡Repito que no era mi novio!

—¿Era un hombre?

—Sí.

—¿Amigo?

—Naturalmente.

—Entonces le llamaré su amigo —razonó Mason—. ¿Había supuesto que su amigo llegaría antes?

—Le estaba esperando desde… desde las siete y media.

—¿Era ésa la hora a que debía llegar?

—Era la hora a la que yo le esperaba.

—¿Y le molestó el retraso?

—Me sentí algo aprensiva.

—¿Aprensiva? ¿Temió que no vendría?

—No, que tal vez le hubiese sucedido algo.

¿Ya había estado antes en su apartamento?

—Ya le dije que sí.

—¿Y solía llegar tarde?

—No suelo dar citas mirando el reloj.

—¿Pero esta vez sí?

—Por el programa de televisión.

—¿Fue usted quien concertó la entrevista o fue él?

Pues… no lo sé. Sencillamente, quedó planeado.

—¿Y usted se sentía aprensiva mientras miraba la subida del

ascensor?

—Me había sentido aprensiva antes. Ya no lo estaba cuando me hallaba mirando el ascensor. Estaba… expectante.

—¿Se hallaba la acusada en el pasillo cuando usted abrió la puerta de su apartamento?

—No, salió después.

—¿La vio salir?

—Yo… sí.

—¿La vio salir? —insistió Mason.

—¿Qué quiere decir?

—¿La vio tan pronto abrió la puerta?

—La puerta se abrió y volvió a cerrarse; volvió a abrirse por segunda vez y la acusada salió con la jaula del canario. Cerró otra vez la puerta y corrió hacia la escalera.

—¿Le habló usted?

—No me dio tiempo.

—¿Cómo es eso?

—Ni siquiera se volvió.

—¿Entonces estuvo siempre de espaldas a usted?

—Naturalmente. Se dirigía a la escalera, por tanto estaba de espaldas a mí. Seguro que no podía andar hacia atrás.

Se produjo cierta conmoción en la sala. El juez Madison comenzó a decir algo, luego sonrió y se retrepó en su asiento.

—¿Estaba de espaldas a usted cuando salió de su apartamento? —inquirió Mason, implacable.

—Sí.

—¿Separó usted los ojos del ascensor mientras la estaba contemplando?

—No… Bueno, miraba en ambas direcciones.

—¿Al mismo tiempo?

—Alternativamente.

—¿Giraba usted la cabeza con movilidad instantánea?

—¡Ciertamente, no! Me hallaba mucho más interesada en el ascensor. Vi a la acusada… bien, de modo incidental.

—¿Y ella se hallaba de espaldas a usted cuando salió del apartamento con la jaula del canario?

—Sí.

—¿Cerró la puerta y corrió hacia la escalera?

—Se lo he repetido una docena de veces.

—De manera que usted no le vio la cara —sugirió Mason.

—No tenía que verle la cara para reconocerla. Reconocía su figura, sus vestidos.

—¿Pero no le vio la cara?

—Vi sus ropas.

—¿No le vio la cara?

—No.

—¿Qué llevaba puesto?

—Una chaqueta de mezclilla.

—¿Puede describir la chaqueta? ¿Era muy ajustada o…?

—No, bastante amplia, algo larga…

—¿Muy larga?

—Bastante. Casi le llegaba a las rodillas… como un abrigo tres cuartos.

—¿Se la había visto antes?

—Muchas veces.

—¿Y durante ese tiempo estuvo esperando la llegada de su amigo?

—Sí.

—¿Mirando fijamente la jaula del ascensor?

—Sí. Deseaba recibir a mi amigo.

—Entonces no se hallaba usted a la puerta de su apartamento para guiarle al mismo, sino para recibir apropiadamente a su amigo.

—¡Oh, por favor! —gritó Dexter—. Esta pregunta ya ha sido contestada varias veces.

—Y de distintas maneras —sonrió el juez—. La testigo contestará a la pregunta.

—¡Está bien! —gritó ella, colérica—. No sé por qué me quedé en el umbral. Fue un gesto espontáneo… Bien, estuve allí, y no creo que importe nada el motivo. Estuve allí y vi a la acusada saliendo de su apartamento con la jaula del canario.

—¿Cuando su amigo salió del ascensor corrió usted hacia él?

—No.

—¿Anduvo hacia él?

—No.

—¿No se separó de su puerta?

—Bien, di unos pasos.

—¿Andando o corriendo?

—Andando.

—¿Entonces, fue a su encuentro?

—Un poco.

—¿Recorrió el pasillo?

—Sí.

—¿Y durante ese tiempo estuvo usted de espaldas a la acusada?

—Ya se había marchado. Estaba ya bajando la escalera.

—¿Antes de que su amigo saliera del ascensor?

—Casi en el mismo instante.

—¿Cuáles eran las condiciones lumínicas del pasillo de su casa, señora Newton? La luz es más bien escasa, ¿verdad?

—Está usted equivocado. Yo me había estado quejando de la pobre iluminación del pasillo, como otros inquilinos, y al comenzar el año el propietario colocó luces nuevas en los corredores.

—¿Así que la luz era intensa?

—Sí.

Mason vaciló un momento.

—¿Posee licencia de conducir, señora Newton?

—Naturalmente.

—¿Puedo verla?

—Bueno, no comprendo el motivo de su pregunta —rezongó la testigo.

—Ni yo —proclamó Dexter, poniéndose en pie—. Con permiso del tribunal, diré que esta petición es incompetente, irrelevante e inmaterial.

El juez Madison sacudió la cabeza.

—Esto es un contrainterrogatorio —afirmó—. Esta testigo ha declarado haber reconocido a la acusada bajo circunstancias que podrían ser vitales para la defensa, y no tengo intenciones de limitar el contrainterrogatorio de la defensa mientras se mantenga dentro de lo razonable. Además, este tribunal cree saber qué persigue el señor defensor y lo halla pertinente.

La testigo, reacia, abrió el bolso y sacó su licencia de conducir.

—Aquí se menciona la fecha de mi nacimiento —observó—, y

no deseo ver mi edad publicada en los periódicos.

—No estaba interesado en la fecha de su nacimiento —le aseguró Mason, cogiendo la licencia—, sino en saber si había algunas restricciones… Ah, sí, en esta licencia se le aconseja, por prescripción facultativa, usar lentes de corrección.

—Bien, ¿y qué? —gruñó la mujer.

—Usted no parece llevar gafas ahora.

—No estoy conduciendo.

—Tampoco estaba usted conduciendo la noche del trece cuando divisó usted una figura a la que tomó por la acusada.

—No vi una figura a la que tomé por la acusada. ¡Vi a la acusada! Salió de su apartamento con la jaula de un canario, y recuerdo que me dije…

—¡No importa lo que usted se dijo! —la interrumpió Mason con una sonrisa—. Esto no sería directo. Dígame, señora Newton, ¿puede divisar los titulares del periódico que tengo en la mano?

—Naturalmente. Y puedo leerlos. Incluso puedo leer los pequeños titulares. En la parte derecha leo: «El presidente estudia los presupuestos del nuevo año fiscal».

Perry Mason frunció el ceño y preguntó con brusquedad:

—¿Lleva usted lentes de contacto, señora Newton?

—Sí.

—¿Desde cuándo?

—Las compré la tarde del doce.

—¿Y abandonó sus gafas?

—No en seguida. Las alterné… todavía lo hago.

—Por tanto, la noche del trece usted todavía no se había acostumbrado por completo a sus lentes de contacto.

—Bueno, podía ver bien con ellas.

—Pero sólo se las ponía algunos ratos al día, ¿verdad?

—Sí.

—¿Las llevaba cuando salió de su apartamento y vio a aquella figura a la que usted tomó por la acusada en el pasillo?

—No me acuerdo.

—Veamos si puedo refrescarle la memoria. ¿Cuándo se las puso? ¿El trece por la mañana?

—No me acuerdo.

—¿Reconoció usted la figura que ahora afirma era la acusada por sus ropas?

—Reconocería aquella chaqueta en todas partes.

—¿Era muy ajustada?

—Ya le dije que no.

—Bien, si no pudo verle la cara, no pudo verle la expresión. Únicamente pudo divisar la chaqueta y la jaula del canario.

—¿Y qué más quiere?

—Yo no quiero nada —le sonrió Mason—, salvo que me diga la verdad. Usted no pudo reconocer a la acusada por su figura, porque usted no pudo verle la figura.

—¡Esta pregunta es argumentativa! —protestó Dexter.

—Voy a permitirla —razonó el juez—, ya que opino que la situación es muy clara, y si el defensor quiere desarrollarla para el acta le permito hacerlo.

—No pude verle la cara, pero sí el vestido.

—Pero usted no pudo ver todas sus prendas.

—Naturalmente, por culpa de la chaqueta. Mis ojos no poseen rayos X.

—Por tanto usted vio una figura que llevaba una chaqueta de mezclilla.

—Bueno, reconozco perfectamente aquella chaqueta cuando la veo.

—Y vio la jaula de un canario.

—Un canario enjaulado, sí.

—¿Pudo ver el canario?

—Vi el pájaro lo bastante bien como para saber que era un canario.

—Y como usted no pretendía conducir su coche —concluyó Mason—, existen muchas probabilidades de que no llevase gafas. ¿Correcto?

—¡Correcto! —bufó la testigo. Luego añadió—: ¡No llevaba las gafas, pero no soy ciega, señor Mason!

—Gracias. Nada más.

—¡No hay preguntas! —anunció Dexter.

—Llame a su testigo —le indicó el juez.

—Éste es nuestro caso, su señoría. El pueblo calla.

—Bien —el juez tosió y continuó—: El testimonio ofrece algunos resquicios, como tan acertadamente ha señalado el señor abogado defensor. La acusada fue vista cerca de la gaveta. Sin embargo, nadie vio que la abriera y menos que metiese algo dentro. Sin embargo, en ella se halló su pistola, y aunque el último contrainterrogatorio del señor Mason con el último testigo ha sido muy hábil, resquebrajando el interrogatorio del señor fiscal, este tribunal opina que hay motivos para sostener la acusación contra Maxine Lindsay y…

Mason se puso en pie.

—Y puesto que se trata de un asesinato —agregó el juez—, la acusada quedará en custodia sin fianza.

—¿Puedo hacer una declaración? —preguntó Mason.

—Ciertamente —accedió el juez.

—La acusada desea subir al estrado.

El juez Madison arrugó el entrecejo, vaciló un momento y luego habló lentamente, con suma cautela.

—Este tribunal no tenía intención de permitir que la acusada subiera al estrado. El tribunal, naturalmente, presumía que no habría defensa, por tratarse de una sesión preliminar. Este tribunal pide disculpas por haber ordenado el procesamiento de la acusada sin antes preguntar al abogado defensor si deseaba oponerse al mismo. Sin embargo, en un asunto de esta clase, en que la única cuestión ante el tribunal es saber si se ha cometido un crimen y si existen motivos razonables para creer que la acusada lo cometió, no conduce a nada bueno provocar un conflicto de evidencia. El deber del tribunal es obvio. ¿Comprende la defensa esta situación elemental?

—La defensa la comprende —le aseguró Mason.

—Muy bien —replicó el juez—, si quiere usted defender, puede hacerlo.

—¡Llamo a Goring Gilbert al estrado! —gritó Mason.

Gilbert, con la camisa desabrochada, aunque metida dentro de los téjanos, con zapatos y chaqueta deportiva, avanzó levantando la mano derecha y sentándose en el sillón de los testigos.

Después de haber dado su nombre y dirección al secretario, Mason le preguntó bruscamente:

—¿Conoció usted a Collin Max Durant en vida?

—Sí.

—¿Sostuvo relaciones comerciales con él?

—Ciertamente.

—¿En las últimas semanas mantuvo con él relaciones de negocios?

—Sí.

—Como resultado de las mismas, ¿le entregó a usted una suma de dinero?

—Sí, me pagó una obra que realicé.

—¿Cómo fue el pago, en dinero o con un cheque?

—En dinero.

—¿De qué manera? ¿Había billetes de una particular denominación?

—Su último pago lo efectuó todo en billetes de cien dólares.

El juez Madison frunció el ceño y se inclinó hacia delante.

—¿Para qué le contrató? —continuó Mason.

—Para hacer unos cuadros.

—¿Los realizó?

—Sí.

—¿Qué hizo con ellos?

—Se los entregué a Durant.

—¿Sabe dónde están ahora dichos cuadros?

—No.

—¿Cómo?

—Dije que no sé dónde están.

—Tengo que llamarle la atención respecto a un cuadro que yo examiné en su estudio, pintado de acuerdo con el estilo de un artista llamado…

—Estoy familiarizado con aquel cuadro.

—¿Dónde está?

—Yo lo tengo.

—¿Le entregaron una citación «duces tecum» para que trajera el cuadro consigo?

—Sí.

—¿Era el mismo cuadro que yo vi en su estudio?

—Sí.

—¿Tiene aquí el cuadro?

—Sí, está empaquetado en la sala de los testigos.

—¿Quiere ir a buscarlo, por favor?

—¡Un momento! —Intervino Dexter—. No he objetado antes a esta clase de interrogatorio porque creí que la defensa se estaba refiriendo a este caso. Respecto a los billetes de cien dólares, admito que ese testimonio resulte pertinente. Pero tocante a ese cuadro, resulta completamente incompetente, irrelevante e inmaterial, y me opongo por entero.

—Sí, así parece —opinó el juez—. El pago en billetes de cien dólares es muy interesante, pero a menos que dichos billetes puedan ser identificados de algún modo… ¿cómo intenta la defensa conectarlos con este caso?

El juez Madison miraba intensamente a Perry Mason.

—Lo que intento es relacionar ese cuadro con este caso, su señoría —contestó Mason.

El juez sacudió la cabeza.

—No veo que el cuadro pueda ser competente. El dinero pagado por el mismo, tal vez…

—Intento relacionar el cuadro, su señoría —afirmó impertérrito Perry Mason.

—No, defensor —se opuso el juez—. Creo que tendrá que elegir otro camino. Tendría que demostrar que el cuadro es pertinente a este caso antes de introducirlo.

—Es lo que intento hacer.

—Entonces, hágalo.

—Sin embargo —continuó Mason—, mientras está aquí este testigo, y si el tribunal dictamina que no puedo introducir el cuadro como evidencia, desearía que fuese marcado para su identificación y colocado bajo la custodia del ujier hasta que todo haya quedado aclarado.

—¿Alguna objeción a este procedimiento? —le preguntó el juez a Dexter.

El fiscal pareció inseguro. Al cabo de un momento se puso en pie.

—Su señoría, este testigo se halla en esta sala como respuesta a una citación «duces tecum»; ha traído el cuadro, y éste no huirá.

—Los cuadros no huyen —replicó Mason—, pero pueden ser robados.

—Bueno, ahora está aquí, ¿no? Podrá ser traído también otra vez.

—Si se marca para su identificación y se deja bajo la custodia del tribunal…

—Muy bien —le interrumpió el juez Madison—. El tribunal decide secundarle. Introduzca el cuadro, defensor.

—¿Quiere traer el cuadro, por favor? —le rogó Mason a Goring Gilbert.

El pintor, hosco, hostil, vaciló visiblemente.

—Ese cuadro es mío —refunfuñó—, y no creo que nadie tenga derecho de quitármelo.

—Tráigalo, por favor —repitió Mason.

—Sí, tráigalo y este tribunal cuidará de él —añadió el juez.

Gilbert abandonó el estrado, salió a la antesala y poco después volvió con su cuadro envuelto en papel azul. Cediendo a su furor, lo desenvolvió y lo expuso a la admiración general. El juez Madison miró el cuadro, parpadeó y volvió la mirada hacia Gilbert.

—¿Usted ha pintado esto, joven?

—Sí, su señoría.

—Es un cuadro excelente —alabó el juez Madison.

—Gracias, su señoría.

—Puede volver a ocupar el sillón de los testigos.

Gilbert obedeció.

—¿Este cuadro es el mismo que realizó usted a requerimiento de Collin Max Durant, ya difunto? —le preguntó Mason.

—Un momento, antes de que usted responda a esta pregunta —objetó vivamente Dexter—. Protesto por ser una cuestión incompetente, irrelevante e inmaterial. Este cuadro no tiene nada que ver con este caso.

—Sí, creo que es correcta. Apruebo la objeción.

—Le ruego a su señoría que este cuadro sea marcado para identificación —suplicó Mason.

—Queda ordenado —accedió el juez.

—Y que quede bajo custodia del tribunal.

—¿Por cuánto tiempo? —quiso saber el juez—. ¿Cuánto tiempo

cree que tardará en relacionar este cuadro con el caso, defensor?

—Diría que este cuadro deberá permanecer en custodia hasta mañana, su señoría.

—¿Quiere decir que usted planea pasar toda la tarde con sus interrogatorios? —inquirió el juez.

—Su señoría, intento hacer subir a la acusada al estrado —repuso Mason.

—¡Hacer subir a la acusada al estrado! —repitió el juez, con incredulidad.

—Sí, su señoría.

Dexter saltó del asiento, abrió la boca, miró a Mason, luego al juez y por fin volvió a sentarse lentamente.

—Y a fin de preparar este inesperado desarrollo del caso —prosiguió Mason—, sugiero un aplazamiento hasta las tres y media de la tarde. Puedo asegurarle al tribunal que la decisión de establecer una defensa no fue tomada hasta unos minutos antes de que la acusación diera por concluido su caso. Tengo derecho a presentar mi defensa.

—Exactamente —asintió el juez—, tiene usted derecho a presentarla, y a interrogar a sus testigos. ¿Entonces, señor Mason, debo entender que está por completo decidido a hacer subir a la acusada al estrado?

—Exactamente.

—Muy bien, es su privilegio —concedió el juez—. Aunque sea un procedimiento muy raro en la sesión preliminar de un proceso por asesinato.

—Sí, su señoría.

—Supongo que usted sabrá qué hacer —murmuró el juez—. Muy bien, este tribunal volverá a reunirse a las tres y media. Me gustaría hablar con el señor defensor en mi despacho.

—Sí, su señoría —aceptó Mason.

El juez Madison abandonó la sala y pasó a su despacho. Dexter aprovechó un momento para decirle a Mason:

—¿Qué truquito va a ofrecemos ahora?

—Ninguno en absoluto —replicó Mason—. La acusada tiene ciertamente derecho a que el tribunal conozca su historia.

—Usted quiere decir que la conozcan los periódicos.

—Póngalo como guste.

—Es su fiesta —exclamó Dexter— y su funeral.

Acto seguido, cogió la cartera y se marchó.

Mason pasó al despacho del juez, el cual estaba colgando la toga en el perchero. Luego, se volvió hacia el abogado.

—Mire, Mason… Hace mucho tiempo que le conozco. Es usted un hábil, un buen abogado. Tiene una cliente muy bonita que seguramente obtendrá todas las simpatías del jurado, pero ya conoce de sobra a este tribunal para saber que las lagrimitas y el nylon no producirán ningún efecto en mi criterio.

—Sí, juez.

—Bien. No lo haga.

—¿Que no haga… qué?

—Hacer subir a la acusada al estrado. Usted no es tonto. Se tomará nota de su declaración, el fiscal tratará de despedazarla, y cuando se presente ante el tribunal supremo tendrá dos tantos en contra. Todo lo que diga, cada respuesta que dé, tendrá que ser exacta, sílaba por sílaba, a lo que declare aquí. No le hablaría así, si yo viese que puede servirle de algo, pero ahora quiero repetirle, particularmente, lo que dije en la sala. Llevaré a la acusada al proceso y ninguna disculpa o explicación suya harán que me arrepienta. Fue su pistola la que mató a Durant. Éste murió en el apartamento de Maxine. Ésta huyó inmediatamente después de cometido el crimen. Ni siquiera se detuvo a llevarse sus cosas. Aparte del canario. Les mintió a los agentes respecto a la hora que salió de su apartamento, luego escondió la pistola en una gaveta de la estación de autobuses, le entregó la llave de su apartamento a Della Street y huyó. Bien, tal vez consiga defenderla delante de un jurado. Es usted hábil y ella tiene una buena figura. Pero no se imaginará que a mí me convencerá con sus dramatismos, así que… ¿a qué obstinarse?

—Voy a correr un riesgo calculado —persistió Mason.

—Tan pronto como ordene que la joven sea procesada —continuó el juez—, todos los abogados de la ciudad se llamarán para decirle: «¿Os habéis enterado de la pifia de Perry Mason?».

—Lo sé.

—¡Maldito sea! —rugió el juez—. Yo soy amigo suyo. Estoy

intentando que no haga una cosa de la que luego se arrepentirá.

—Voy a correr un riesgo calculado —repitió el abogado.

—De acuerdo, pues córralo —gruñó el juez—. Pero recuerde que las lágrimas y el nylon no significan nada para mí.

—Lo recordaré —le prometió Mason.

Capítulo XVII

Mason le sonrió a Maxine Lindsay cuando la mujer policía la hizo pasar al calabozo del tribunal.

—Maxine —le dijo—, voy a hacer algo que ordinariamente se considera un grave error. Voy a hacerla subir al estrado de los testigos en una sesión preliminar y permitir que cuente su historia.

—Es lo que deseo.

—Van a contrainterrogarla. Van a despedazarla de arriba abajo.

—Lo supongo.

—Van a hacerle muchas insinuaciones y tratarán de pescar en aguas revueltas.

—¿Qué quiere decir?

—Le harán toda clase de preguntas, esperando atraparla en una mentira. Le harán preguntas sobre su pasado…

—¿Quiere decir que me preguntarán por mí…?

—Se mostrarán amables —la interrumpió Mason—, pero procurarán averiguar cuánto tiempo vivió usted en cada sitio, en qué direcciones, si lo hizo con su propio nombre o no, si vivió con algún hombre, pasando por su esposa…

—No.

—Sólo se lo advierto. Y ahora, voy a tratar de acortar el contrainterrogatorio. Una vez haya contado usted parte de su historia, le pediré que se retire temporalmente. No sé si lo conseguiré.

—¿No será eso posponer las cosas?

—Sí —reconoció Mason—, pero tal vez podamos posponerlas el tiempo suficiente para cambiar todo el caso. Tal como están las cosas, usted no tiene la menor esperanza. El juez le enviará a proceso. Esto significa que no le permitirán depositar fianza por

tratarse de un caso de asesinato en primer grado. No quiero que esto ocurra. Y usted tampoco debe quererlo.

—Bueno… no me importa padecer un poco… Pero no quiero ser condenada por un jurado… particularmente por algo que no hice.

—Lo sé —asintió Mason—, y por eso voy a correr el riesgo. Es una apuesta que debemos aceptar. Claro que usted tiene la palabra, Maxine.

—Yo quiero que haga usted lo que crea más conveniente, señor Mason.

—Sólo la llamaré al estrado para poder presentar el falso Feteet como evidencia. Creo poder hacerlo con su testimonio. Y recuerde, Maxine, que tiene ya veintinueve años. Es usted una mujer hecha y derecha. En tales condiciones, nadie esperará… Bueno, si vivió usted con un hombre, confiéselo, nadie se asustará. Pero no permita que la atrapen en una mentira. Diga la verdad de todo, sea lo que sea, porque estarán varias semanas investigando todo lo que usted diga, y si consiguen llevarla delante de un jurado y demostrar que mintió bajo juramento, sus posibilidades de escapar a una sentencia serán ínfimas.

—Entiendo.

—Bien… ¡y si usted me ha mentido a mí… que el cielo la ayude!

Mason fue a reunirse con Della Street.

La joven, consultando sus notas taquigráficas, le dijo:

—Jefe, ¿captó usted el significado de la respuesta de Gilbert a la pregunta acerca del cuadro? A mí me pareció entender que este cuadro no fue uno de los que le ordenó Durant.

—Sí, lo sé —asintió el abogado—, pero no sé qué quiso decir. Bueno, tengo que seguir adelante. Tal vez no entendió bien mi pregunta. Sin embargo, ahora no puedo ya retroceder. Tal vez Durant no trató con él directamente respecto a este cuadro, pero iba a comprarlo una vez estuviese terminado… Oiga, ¿nos dijo que Durant le había ordenado pintarlo cuando estuvimos en su estudio…? No, un momento, creo que no lo dijo.

—Yo creo que… —comenzó a decir Della Street.

—No —Mason frunció el ceño—. Yo le pregunté si había pintado cuadros para Durant y él respondió que sí. Le pregunté si eran falsificaciones y replicó que no, en el sentido estricto de la palabra;

que Durant las vendía a sus compradores, como magníficas imitaciones. Después le pregunté si había pintado un cuadro con unas mujeres bajo un árbol, al estilo de Felipe Feteet, y vaciló un instante; luego fue hacia el montón de telas, sacó una y me preguntó si aquello contestaba a mi pregunta.

—¿Y bien? —le urgió Della Street.

—Aquí hay algo muy raro —prosiguió Mason—. Estoy tratando de introducir ese cuadro como evidencia. Una vez esto conseguido, le birlaré al fiscal su caso.

—¿Y Paul Drake está repartiendo citaciones?

—Sí —admitió Mason—, y lo primero de que se enterará usted es de que el cielo se ha venido abajo. Olney llamará al juez y alegará que no quiere figurar como testigo, que no sabe nada de este caso, y sus abogados reclamarán contra este abuso.

—¿Qué hará el juez?

—A menos que yo consiga sacar un gordo y reluciente conejo del sombrero, el juez procesará a Maxine. Pero ahora ya no puedo echarme atrás. Si lo hiciese, todo el mundo pensaría que durante el aplazamiento he descubierto que ella es culpable y que no me atrevo a seguir adelante. Esto sería altamente perjudicial para ella cuando el caso se vea ante un jurado. Lo único que puedo hacer es armar un alboroto, de forma que nadie sepa quién es el acusado y de qué.

—¿Y qué hará mientras tanto la acusación?

—La acusación seguramente enviará a nuestro estimado Hamilton Burger en persona, para que pueda complacerse en mi derrota, cuando llame a la acusada al estrado y arroje mi caso por la ventana. Señalarán a Hamilton Burger como el hábil fiscal que me ha forzado a cometer este error.

—Es muy listo —reconoció Della Street.

—Lo sé. Pero yo me he embarcado en mi canoa, impulsándola al centro de la corriente y ahora me encuentro ya en medio de los rápidos. O los supero o volcaré. No puedo ir hacia atrás, y si trato de eludir el peligro será mucho peor todavía. Lo único que puedo hacer es seguir remando, pretendiendo saber que existe un paso entre las rocas.

Capítulo XVIII

Hamilton Burger, el fiscal del distrito, estaba presente en la sala al reanudarse la vista. Se hallaba sentado al lado de su ayudante y su forma de comportarse indicaba claramente que sabía que Perry Mason estaba acorralado, por lo que el fiscal, que llevaba largo tiempo sosteniendo una amarga lucha con el abogado, había acudido en persona para gozar de las mieles del triunfo.

—¡Llamo a Maxine Lindsay al estrado de los testigos! —gritó Mason—. Avance, Maxine… Levante la mano derecha. Y diga toda la verdad.

—No es necesario tanto dramatismo —comentó Hamilton Burger —. Aquí no hay jurado.

—Le aconsejo que no personalice, señor fiscal —le reconvino quedamente el juez Madison.

—Maxine —empezó a interrogar Mason—, ¿recuerda la noche del trece?

—Muy bien.

—¿Conoció a Collin Durant en vida?

—Sí.

—¿Cuánto hacía que le conocía?

—Pues… no consigo recordar. De tres a cuatro años.

—¿Eran amigos?

—Lo habíamos sido y… Bien, le conocía. Hice algunas cosas para él.

—Bien, ahora escuche mis preguntas con atención, Maxine, y conteste sin ofrecer información voluntaria.

—Sí, señor.

—¿Conoce a Otto Olney?

—Sí.

—¿Estuvo presente en su yate con ocasión de una conversación entre usted y el difunto Durant respecto a uno de los cuadros del señor Olney?

—Sí.

—¿Qué le dijo Durant?

El juez Madison contrajo los labios.

—Creo que nos estamos metiendo en un laberinto…

Hamilton Burger saltó de repente.

—¡Su señoría! —gritó—. ¡Nosotros no hacemos ninguna objeción! Queremos que el señor Mason siga adelante. Cada nuevo tema nos ofrece nuevas ventajas para el contrainterrogatorio. No pretendemos objetar a ninguna de sus preguntas.

—Comprendo la actitud del ministerio fiscal —replicó el juez—, pero al fin y al cabo, este tribunal tiene una agenda muy apretada y… Sin embargo, no habiendo objeciones, permitiré que siga en pie la pregunta.

—¿Puede decimos qué sucedió con respecto a uno de los cuadros? —inquirió Mason.

—El señor Durant me dijo que un cuadro que el señor Olney tiene en su yate, cuadro atribuido a Felipe Feteet, era una falsificación. Más tarde, me conminó a que le relatase esta afirmación al señor Rankin.

—¿Quién es el señor Rankin?

—Lattimer Rankin, comerciante en cuadros. Era, según creo, la persona que le vendió el cuadro al señor Olney.

¿Y qué le dijo Durant a usted respecto al mismo?

—Que le comunicase yo al señor Rankin que él, Durant, aseguraba que era una falsificación y un fraude.

—¿Era un cuadro con unas mujeres debajo de un árbol?

—Sí.

—Voy a enseñarle a usted un cuadro —anunció Mason— que fue marcado para identificación, y le preguntaré si se trata del mismo.

El juez miró a Hamilton Burger.

—No hay objeción —proclamó el fiscal, resplandeciente—. Queremos darle al defensor tanta cuerda como quiera.

—Esto, probablemente —indicó el juez—, justifica la introducción del cuadro como evidencia.

—¡Si el señor defensor —gritó Burger— desea destruir su propio caso y asesinar a su cliente, allá él!

—De acuerdo —asintió el juez.

—Vamos a hacer esto, Maxine —prosiguió Mason—. Voy a mostrarle el cuadro que fue marcado para identificación. ¿Lo vio usted cuando fue presentado al tribunal?

—Sí.

—Bien, escuche con atención. ¿Es ese cuadro, el que le estoy enseñando ahora y que ha sido marcado para identificación, es este cuadro el que Durant le mostró a usted diciéndole que era una falsificación, añadiendo que se lo comunicara así al señor Rankin?

—No lo sé.

—¿No puede dar otra respuesta mejor?

—Diría que éste y el cuadro que yo vi son absolutamente semejantes. Si no es el que estaba colgado en el yate, se parecen como dos gotas de agua.

—¿Sostuvo alguna conversación con el señor Durant en la noche del trece?

—Sí.

—¿A qué hora?

—A las seis de la tarde.

—¿Qué dijo entonces el señor Durant?

—Que me marchase de la ciudad, lo antes posible, sin dejar ningún rastro y que ni siquiera me llevase nada.

—¿Cuándo le ordenó marcharse?

—Al cabo de una hora. Añadió que yo no podía quedarme en mi apartamento hasta más tarde.

—¿Hablaron respecto al dinero?

—Sí, le manifesté que no tenía bastante dinero para viajar y él me contestó que trataría de conseguirlo. Me rogó que le esperase una hora, pues si podía encontrar el dinero volvería antes; y en caso contrario, yo tendría que viajar con mis propios recursos, bien haciendo auto-stop, o pidiendo dinero a mi hermana por telégrafo.

—¿Tiene usted una hermana casada que vive en Eugenia, Oregón?

—Sí.

—¿Le comunicó usted al señor Durant que le había repetido sus

palabras al señor Rankin, referentes a la falsificación del cuadro de Olney?

—Sí.

—¿Le contó todo lo demás que había usted hecho en relación con la demanda?

—Sí, le dije que había firmado una declaración jurada en su despacho, señor Mason, asegurando que el señor Durant me había dicho que el cuadro del señor Olney era una falsificación.

—¿Y fue después de haberle contado todo esto que el señor Durant le ordenó que abandonase la ciudad?

—Sí.

—Dígame, Maxine. ¿Sabía el señor Durant algún secreto suyo?

—Sí.

—¿La amenazó con revelarlo si no le obedecía?

—Sí.

—Su señoría —Mason se volvió hacia el juez—, creo que el cuadro debe ser introducido como evidencia.

—¡Objetamos a que este cuadro sea introducido como evidencia! —rugió Hamilton Burger—. No nos interesa saber si se trata de una falsificación de un Felipe Feteet, ni si estuvo colgado en el salón del yate del señor Olney ni…

—¡Jamás he dicho que hubiese estado colgado en aquel yate! —exclamó Mason—. ¡Nunca lo he creído!

—¿Cómo? —el juez Madison estaba intrigado.

—Creo, su señoría, que el asunto es mucho más profundo de lo que aparenta en la superficie.

—Naturalmente, su señoría —saltó Hamilton Burger—, todo este asunto resulta pueril, no refiriéndose para nada al asesinato que nos ocupa. Sin embargo, supongamos que el difunto fuese un timador que intentaba estafar al señor Olney, al señor Rankin, o a ambos; esto no le concede a la acusada el derecho de matar. No tenemos un corazón blando para los timadores ni para los extorsionistas, pero tampoco para los asesinos.

—Señor Mason —opinó el juez—, continúa en pie el hecho de que el cuadro marcado para identificación sigue siendo un factor aislado del caso. En otras palabras: un testigo ha declarado que el difunto le pagó cierta suma por el encargo de algunos cuadros. Pero

el mismo testigo agregó, si no lo entendí mal, que le habían encargado realizar este cuadro, si bien no especificó que hubiese sido Durant quien le ordenó hacerlo. Y ahora, la acusada ha declarado que este cuadro es exactamente igual a uno que está colgado en el salón del yate, del que Durant le dijo que era una falsificación. Pero nosotros no hemos establecido si se trata de una copia, de una falsificación o del original.

—Precisamente —recalcó Mason—, y yo pretendo establecer su identidad sin lugar a dudas.

—Bien, adelante, demuéstremelo —le alentó el juez Madison—. A juzgar por el presente testimonio, podría tratarse del original. Este cuadro es demasiado bueno para ser una copia.

—Al fin de establecer lo que es —dijo Mason, enarcando las cejas pensativamente, reluctante en apariencia—, me veo obligado a retirar momentáneamente a mi testigo del estrado y formularle unas preguntas al testigo siguiente, Goring Gilbert.

—Muy bien —accedió el juez—. Si desea introducir ahora el cuadro como evidencia, efectuaremos un examen «voir dire», respecto al cuadro. Puede retirarse, señorita Lindsay, y el señor Gilbert subirá al estrado.

Halmilton Burger se levantó para protestar, vaciló y volvió a dejarse caer en su asiento.

Mason, mordiéndose los labios, fingiendo enfado, se volvió de espaldas a Burger y le guiñó un ojo a Maxine. Luego repitió la operación con Della Street.

Gilbert ocupó el sillón de los testigos.

—¿Le contrataron para que hiciera una copia de un cuadro que se hallaba en el yate de Otto Olney?

—Sí —repuso Gilbert.

—¿Realizó la copia?

—Sí.

—¿Este cuadro que ahora le estoy enseñando, señalado como prueba número uno de la defensa, es el mismo de que hablamos?

—Sí.

—¿Le pagaron por hacerlo?

—Sí.

—¿Cuánto?

—Dos mil dólares.

—¿Cómo le pagaron?

—¿No es esto una repetición? —preguntó el juez.

—Esto sólo es preliminar y quiero asegurarme de la base de mi defensa —aseveró Mason, mirando subrepticiamente el reloj.

—Bien, bien, adelante —concedió el juez.

—Cobré dos mil dólares en dinero, bajo la forma de veinte billetes de cien dólares.

—¿Y pintó la copia?

—Sí.

—Creo que ya no tengo más preguntas para este testigo —finalizó Mason—. Supongo que el señor fiscal no querrá contrainterrogarlo.

—Por el contrario —replicó con viveza Hamilton Burger—, el ministerio fiscal se propone contrainterrogar a este testigo. Y si bien la acusación pretende también contrainterrogar a la acusada, este ministerio se opone a la introducción de este cuadro como evidencia porque hasta ahora no ha sido relacionado con nada.

—Procederemos a identificar el cuadro en «voir dire» —replicó el juez Madison—. Es un procedimiento limitado, solamente con el propósito de sentar una base.

—Por esto, este ministerio se propone contrainterrogar al testigo.

—De acuerdo —concedió el juez—. Aún quedan unos minutos antes del aplazamiento.

—Dudo que pueda terminar mi contrainterrogatorio antes del aplazamiento.

—No se demore, pues.

—¿Cuándo habló por primera vez con Durant respecto a las copias de los cuadros? —comenzó a interrogar Hamilton Burger.

—Hace un año.

—¿Y copió varios cuadros para él?

—No copias exactas. Copias de estilo, no de cuadros.

—¿Pero este cuadro es una copia exacta?

—Sí.

—¿De un cuadro propiedad de Otto Olney?

—Sí.

—¿Y no le pagó Durant esta copia?

—No.

—¿Cómo?

—He dicho que no.

—Entiendo. No le pagó y usted, naturalmente, se quedó con el cuadro, ¿exacto?

—No.

—¿No dijo que cobró dos mil dólares en billetes de cien como pago de este cuadro?

—Sí.

—¿Y aún se quedó usted con la pintura?

—Sí.

Burger, oliendo de repente una trampa, se inclinó para conferenciar con Dexter. Al cabo de unos instantes volvió a erguirse.

—¿Le pagó la acusada para que hiciese usted esta copia?

—No.

—¿Quién entonces?

—Como no está relacionado con este caso no pienso divulgar el nombre de mi cliente.

—No es usted quien debe decidir si tiene conexión con este caso, jovencito —tronó Hamilton Burger—. Quiero, exijo que responda a mi pregunta.

—Un momento —intervino Mason—. El fiscal del distrito no puede exigir una respuesta a su pregunta a menos que decida que el cuadro está relacionado con el caso. Si el cuadro está por completo fuera del asunto, entonces el fiscal del distrito no tiene derecho a una respuesta.

—¡Usted lo ha convertido en parte del caso! —arguyó Hamilton Burger, trémulo de ira—. ¡Y yo tengo derecho a contrainterrogar al testigo después de haberlo interrogado usted!

—Yo no saqué a relucir el nombre de la persona que le encargó la copia del cuadro —razonó Mason.

—Tengo entendido que fue Collin Durant —rugió Burger.

—Estudie el testimonio y verá que el testigo nunca dijo que fuese Durant —le contestó Mason.

—Bueno, tengo derecho a obtener una respuesta a mi pregunta.

—Su señoría —dijo Mason con voz queda—, la acusación no puede comerse el pastel y conservarlo entero. Si el ministerio fiscal quiere estipular que este cuadro forma parte del caso, y que es un factor material del mismo, entonces tendré derecho a introducirlo como evidencia, y el fiscal podrá obligar al testigo a contestar a su pregunta, a menos, claro —y Mason hizo una pausa y miró significativamente al testigo, pronunciando lenta y claramente—, a menos, repito, «que la respuesta a tal pregunta le complique en un crimen, en cuyo caso el testigo no estará obligado a contestar a la pregunta».

El juez estudió el enfurruñado semblante de Burger, después a Mason y por fin a la acusada.

—Es una situación muy particular —murmuró.

—¡Tengo derecho a contrainterrogar a cualquier testigo que la defensa haga subir al estrado, y respecto a cualquier asunto relacionado con el testimonio prestado por el testigo! —protestó el fiscal una vez más.

—Pero éste es un procedimiento a «voir dire» —le recordó el juez.

—No importa. Tengo el derecho al contrainterrogatorio.

—Siempre que la pregunta se refiera a aspectos relevantes del caso. Pero usted no puede contrainterrogar a un testigo respecto a aspectos irrelevantes, a pesar de que al testigo se le hayan formulado las mismas preguntas en un interrogatorio directo. Recuerde, señor fiscal, que este tribunal le llamó la atención sobre el hecho de que algunas de las preguntas presentadas eran irrelevantes, pero usted insistió en no querer formular objeciones, ya que deseaba darle a la defensa toda la cuerda posible. Usted puede adoptar esta actitud, pero no forzar al tribunal. Éste no tiene por qué escuchar plácidamente una serie de pruebas completamente inadecuadas. Ahora bien, el tribunal se siente dispuesto a creer que el señor Mason está en lo cierto: si usted insiste en que su pregunta sea contestada, la defensa tiene derecho a protestar. La única forma de que su pregunta sea correcta y no pueda ser objetada es conformándose con que el cuadro sea introducido como evidencia.

—La defensa está tratando de introducirlo —exclamó el fiscal con amargura.

—¡Y usted lo está impidiendo! —le recordó el juez—. Yo deseo darles a cada uno la oportunidad de presentar evidencia en conflicto, pero no quiero perder el tiempo con asuntos extraños. Observé ya antes que este testigo no afirmó que fuese Collin Durant quien le contrató para hacer esta copia. Bien, usted quiere saber quién se lo encargó. La pregunta, ciertamente, no es relevante, a menos que tenga cierta relación con este caso, y no puede tenerla si el cuadro no forma parte del mismo.

—¡Bien, pues quiero saberlo —tronó Burger—, y tengo derecho a ello!

—¿Entonces, concede que el cuadro puede formar parte de la evidencia de la defensa?

—¡No!

—Bien —insinuó Mason—, propongo que este cuadro, que fue marcado previamente para identificación, sea introducido como evidencia en favor de la acusada.

—¡Protesto! —barbotó Hamilton Burger—. ¡No hay base para ello!

El juez Madison sonrió.

—Entonces, apoyaré la objeción del señor Mason a la pregunta. Opino que este asunto necesita ser investigado. Es altamente técnico y, sin embargo, se refiere a la introducción de un tema extraño y al contrainterrogatorio de un testigo sobre puntos que incluso el ministerio fiscal refuta irrelevantes.

—No es irrelevante el «voir dire» —repuso el fiscal del distrito.

—¿Pero el cuadro sí lo es?

—Sí.

—Entonces —decidió el juez—, si no fue encargado por el difunto ni por la acusada, ¿con qué objeto puede ser introducido aquí?

—Quiero saberlo —rugió Hamilton Burger—. Deseo satisfacer mi curiosidad.

—Su curiosidad no forma parte de este caso —sentenció el juez —. Estoy tratando de restringir la evidencia a cuestiones pertinentes. Si va usted a objetar a la introducción de este cuadro, supongo que más tarde pretenderá anular toda la evidencia referente al mismo, fundándose en que es incompetente, irrelevante

e inmaterial.

—Cierto, su señoría —asintió el fiscal.

—En tales circunstancias —prosiguió el juez—, hasta que el cuadro haya sido identificado, no quiero obligar al testigo a divulgar los nombres de sus clientes, particularmente cuando el de éste no tiene nada que ver con el caso que nos ocupa. Sí, creo que apoyaré la objeción de la defensa. Sin embargo, como ha llegado ya la hora del aplazamiento, esta discusión será reanudada mañana por la mañana. Hablando con franqueza, pienso esta noche consultar algunas sentencias respecto al derecho de la contrainterrogación sobre la evidencia colateral.

Hamilton Burger volvió a sostener un animado coloquio en voz baja con su ayudante, y luego dijo:

—Su señoría, no tenemos qué oponer a una continuación de esta discusión. También nosotros consultaremos a ciertas autoridades en la materia.

—Muy bien —concluyó el juez—. Queda aplazada la vista hasta mañana por la mañana, a las nueve y media.

Capítulo XIX

Mason, de vuelta en su despacho, se retrepó en su sillón, cruzó las manos tras la nuca, lanzó un profundo suspiro y sonrió.

—Cuando se corre un riesgo semejante y uno sale bien librado, la satisfacción le rebosa por todos los poros —afirmó.

—¿Qué quieres decir con haber salido bien librado? —inquirió Drake—. Solamente has aplazado lo inapelable por unas cuantas horas. Mañana a las nueve y media tendrás que encararte con la misma situación.

—Oh, no —denegó Mason.

—¿Por qué no?

—En primer lugar —arguyó Mason—, se correrá la voz de que voy a citar como testigo a la acusada en una sesión preliminar. Esto colocará a nuestro buen amigo Hamilton Burger en disposición de matar. Y el hecho de que el fiscal se halle en esta situación atraerá a un enjambre de periodistas que querrán asistir a mi derrota.

—Bueno —opinó Drake—, puesto que tu derrota ha quedado aplazada hasta mañana y tu cliente será contrainterrogada, y Hamilton Burger quiere saber qué secreto tenía Durant para obligar a Maxine a obedecerle, y desea preguntarle a tu defendida si es cierto que traicionó su amistad a fin de salvar su pellejo, y si no sabía que estaba participando en un timo, estafando a Rankin, su protector, y…

—Tengo noticias para ti, Paul —le anunció Mason—. No habrá reanudación mañana.

—¡Cómo!

—Medítalo con lógica. Todo el asunto encajó tan pronto como supe que Durant no había ordenado la copia del cuadro, y que Goring Gilbert no lo había entregado.

—¿Y esto qué tiene que ver?

—Es la clave de todo.

—De acuerdo —repuso Drake—, se trata de un rompecabezas. Adelante…

—Un interesante rompecabezas —puntualizó Mason—, y la persona que encargó el cuadro y lo pagó es la que tiene, en realidad, la respuesta a toda la situación.

—¿Quién pagó la copia?

Mason sonrió y sacudió la cabeza.

—No lo sé… todavía.

—Está muy misterioso, Paul —terció Della Street—. Juega con nosotros como si fuéramos truchas. Le gusta picar nuestra curiosidad hasta el punto más álgido.

—Pues la mía ya ha llegado a ese punto —admitió Drake.

—Todos los factores están aquí —comenzó a decir Mason—. El cuadro fue falsificado. Costó dos mil dólares. Pero nunca fue entregado. El precio se pagó en billetes de cien dólares. Collin Durant tenía en el bolsillo diez mil dólares en billetes de cien cuando fue asesinado. ¡Y yo tengo una bomba que podría estallar hoy, pero prefiero conservarla hasta el momento más oportuno!

—¿Qué bomba? —gruñó Drake—. Al menos, podrías decirme esto.

—El hallazgo de la pistola en la gaveta —dijo Mason.

—¡Diantre! ¡Esto relaciona a Maxine con el caso! —rugió Drake —. Las huellas dactilares sin identificar no sirven de nada. Pueden haber sido hechas en otro momento, antes o después.

Mason sonrió.

—Todo el mundo lo ha pasado por alto.

—¿Qué?

—Las gavetas prestan servicio durante veinticuatro horas. Cuando están inactivas todo un día, las abren. Esta gaveta fue comprobada por razón de haber estado inactiva durante veinticuatro horas. Por tanto, fue del catorce al quince que estuvo fuera de servicio. La pistola fue colocada dentro, no el trece, sino el catorce. Esto significa que el asesino plantó allí el arma después de que Maxine hubo sido vista allí, y, sin embargo, es el arma asesina y, por tanto, tuvo que ser dejada por el verdadero criminal.

Drake abrió los ojos asombrado.

—¡Que me maten si…!

El timbre del teléfono sonó agudamente.

—Sí, Gertie —dijo Della Street por el aparato—. ¿Qué pasa…? ¡Oh, un momento! —se volvió hacia Mason—. El señor Otto Olney se halla en la antesala y Gertie dice que parece un demente. Agita la citación y quiere saber por qué diablos se la han enviado, puesto que mañana tiene que estar en Honolulú.

—Bien —le informó Mason—, le veré, pero dígale a Gertie que le recibiré dentro de unos cinco ninutos.

Della Street le trasladó el recado a Gertie.

—¿No puede pasarle nada por enviar una citación a un pez gordo como éste, cuando en realidad no sabe exactamente qué va a preguntarle?

—Sé lo que voy a preguntarle —replicó Mason—. ¿Quiere ponerme en comunicación con el teniente Tragg, Della?

La secretaria efectuó la llamada y poco después anunció:

—El teniente Tragg al aparato.

—Hola, teniente —le saludó el abogado—. ¿Cómo andan las cosas?

—Muy bien, muy bien —Tragg parecía muy animado—. Siento que haya tenido que hacer comparecer como testigo a la acusada en una sesión preliminar, Mason.

—¿Por qué?

—Bueno, esto desatará muchos comentarios, y no creo que ninguno le sea favorable.

—Gracias —contestó Mason—. Ya sé que no le gusta verme metido en ningún apuro.

—No, Perry. Usted y yo siempre hemos sido buenos amigos, a pesar de militar en bandos distintos.

—Bueno, pues a fin de cimentar aún más nuestra amistad, teniente, me gustaría decirle quién mató a Collin Durant.

—Bueno, eso ya lo sé —replicó Tragg—. Estoy seguro de que Hamilton Burger lo sabe, y creo que es muy probable que el juez Madison también.

—¿No quiere una confesión?

—Una confesión no nos ayudará mucho —rió el teniente—.

¿Qué va a hacer, Mason? ¿Declarar culpable a la chica?

—No lo sé —repuso Mason—, pero si se digna venir a mi despacho, consideraré su proposición. Venga inmediatamente, teniente. Tengo un cliente al que no puedo hacer esperar, y después le daré toda la ayuda que pueda.

—Es usted muy amable —se lamió Tragg—. Ya pasaré por ahí.

—No me ha entendido usted —le corrigió el abogado—. Le he dicho inmediatamente.

—¿Cómo inmediatamente?

—Ahora mismo.

—¿Tan importante es?

—Tan importante. ¡Inmediatamente!

El abogado colgó el teléfono, le sonrió al aturdido detective y continuó:

—Vete a tu oficina, Paul. Ya te llamaré cuando te necesite.

Esperó a que Drake hubiera desaparecido por la puerta privada, y entonces le ordenó a Della:

—Dígale a Otto Olney que pase, por favor.

Della Street salió a la antesala y poco después se apartó para cederle el paso a un colérico Olney.

—¡Oiga, Mason! ¿Qué idea le ha dado de enviarme una citación en un caso de asesinato? —rugió. Pareció calmarse ligeramente, y añadió—: Francamente, no creo que Maxine lo hiciera. Me gustaría verla en la calle. Cuando el caso se vea en el tribunal supremo, haré las pesquisas necesarias y veré si puedo ayudarla en algo, pero ahora no quiero ni ser perjuro ni pienso comparecer ante un tribunal de poca monta, donde no se guardan los secretos más sagrados. Además, tampoco puedo declarar abiertamente en favor de una modelo. Y recuerde, si se atreve a llevar a algún testigo en favor de su cliente al tribunal, el fiscal les preguntará a todos si la han visto alguna vez desnuda… y como es una modelo…

—¿La vio usted alguna vez desnuda? —quiso saber Perry Mason, de improviso.

—En realidad, creo que sí, Mason —contestó el otro— y… ¡y esto no es justo! Mi esposa es muy… bien, está pasando por unos momentos muy críticos y se siente inclinada a mostrarse… un poco celosa.

—Claro —dijo Mason, cordialmente—, no quisiera provocar ningún altercado doméstico.

—Me alegra oírle hablar así… Bueno, mi abogado, Hollister, de Warton, Warton, Cosgrove y Hollister, se enojó mucho con esto. Quería que presentase una reclamación ante el tribunal, por abuso de confianza. Le dije que esto era una tontería. Afirmé que Perry Mason es una persona razonable, que siempre tiene una base para obrar, y que vendría a verle y sostendría una amistosa charla con usted. Y aquí estoy, dispuesto a ayudarle en lo que pueda.

—Bien —replicó Mason—, supongamos, pues, que empieza por decirme qué desea.

—Quiero saber qué puedo hacer para ayudarle, y después que me entregue una nota relevándome de la obligación de asistir al tribunal. Para su debida información, esta noche me marcho en avión a Honolulú, desde donde seguiré hacia el Extremo Oriente.

Mason consultó su reloj y dijo:

—Espero a un visitante de un momento a otro, señor Olney. Voy a ocuparme seguidamente de usted. Della, ¿quiere tomar esto en taquigrafía, por favor?

Della Street cogió su bloc y un bolígrafo.

—Una carta para el señor Otto Olney Esquire, con una copia para el juez Madison y otra para Hollister, de Warton, Warton, Cosgrove y Hollister. «Apreciado señor Olney: después de haber escuchado sus afirmaciones respecto a no saber nada relacionado con el caso; nada respecto al falso Felipe Feteet; a no conocer a Goring Gilbert, que hizo la copia; nada acerca de ésta, ni de haber tenido contactos con Colling Durant, estoy de acuerdo en relevarle de la obligación de asistir mañana al tribunal como testigo en el caso del pueblo contra Maxine Lindsay, en recoger la citación que le fue remitida y permitirle abandonar la jurisdicción de este tribunal…». —Mason titubeó un instante y al fin preguntó—: Creo que esto lo abarca todo, ¿verdad, Olney? Me gustaría que consultase con Hollister.

—Bueno, creo que esto salva toda la situación —asintió el aludido—. No hay necesidad de hablar con Hollister, y además, deseo excusarme con usted, Mason, por haberme mostrado tal vez un poco brusco… Bueno, tal vez se debe a que estoy abrumado de

trabajo.

—Perfecto, entonces —aprobó Mason—. Oh, Della, añada una nota al final, que firmará el señor Olney, afirmando que los hechos mencionados por mí en la carta son correctos y que él me ha asegurado que no tiene conocimiento de ninguno de los asuntos mencionados.

Mason volvió a vacilar un momento y agregó:

—Creo que con esto bastará. Deje un espacio en blanco para que firme el señor Olney, mecanografíe su nombre y apellido debajo de dicho espacio… y creo que nada más. ¿Puede tener terminada esta carta inmediatamente?

—Dentro de unos minutos —contestó Della Street, observando atentamente el rostro de Perry Mason, como deseando leer en el mismo alguna señal.

Mason, con cara de póquer, se limitó a asentir.

—De acuerdo, y gracias, Della.

La secretaria trasladó la mirada de su jefe a Olney. El abogado cogió una caja de cigarrillos.

—¿Quiere fumar, señor Olney?

—No, gracias. Me marcho en seguida. Aún me quedan muchos asuntos por solucionar… ¡Oh! Supongo que querrá que firme la carta. Además, debo llevármela por si acaso alguien dice algo respecto al poco caso que hago de la citación…

—Sí, tendrá que esperar unos minutos —afirmó Mason—. Pero serán muy pocos. ¿No cree preferible consultar con Hollister?

Olney miró su reloj, comenzó a decir algo, se arrepintió, volvió a hundirse en el sillón y al fin dijo:

—No hay por qué molestar a Hollister. Naturalmente, todo esto ha sido una terrible sorpresa para mí. El Felipe Feteet es un cuadro muy valioso, a mi entender. Le he ordenado a Rankin que adquiera más obras de ese pintor, si las encuentra a un precio razonable. Esto se lo digo en confianza, señor Mason, no es para la prensa.

—Entiendo.

—Estoy loco por Felipe Feteet —confesó Olney—. No aceptaría cien mil dólares por el cuadro que tengo, y pagaría hasta treinta mil por otro.

—Ese Goring Gilbert es todo un tipo —comentó Mason—. Y

posee una notable habilidad. Hizo una copia de su Felipe Feteet verdaderamente estupenda.

—Me gustaría que una cosa quedase bien entendida, Mason. No es una copia, es una falsificación.

—¿No sería difícil realizar una falsificación de memoria?

—Supongo que sí, pero debe de haber alguna fotografía en colores circulando por ahí. Al fin y al cabo, el cuadro tuvo dos propietarios antes que yo.

—Naturalmente —objetó Mason—, pero se necesita mucha maestría para copiar un cuadro como ése.

—Sí, estoy de acuerdo con usted —asintió Olney.

Della Street regresó con la carta.

Mason la estudió, se la entregó a Olney y luego dijo:

—Firme aquí, por favor, señor Olney.

El interpelado firmó.

—Bien, Della —continuó Mason—, creo que a fin de satisfacer al tribunal en este asunto no estaría mal tener el juramento del señor Olney. Bien, levante la mano y jure que todos los hechos contenidos en esta carta son auténticos. Della Street tiene el título de notario público, ¿sabe?

—¡Un momento! —protestó Olney—. Usted no dijo nada respecto a jurar.

—Puro formulismo. Creo que será mejor añadir un certificado notarial, Della, y usted, señor Olney, levante la mano y…

—No quiero firmar nada bajo juramento sin consultar con mi abogado —gruñó Olney.

—¿Qué diferencia existe entre hacerme una declaración a mí o jurarla?

—Ya sabe usted cuál es la diferencia.

—Bueno, su declaración es correcta, ¿no? —persistió el abogado.

—Ya le he contado mi posición, Mason —replicó Olney—. Y ahora creo que empiezo a comprender la suya, y si es así, no me gusta nada en absoluto.

—Bueno, si no le gusta, es que tal vez no me entiende —comentó Mason, añadiendo en tono casual—: A propósito, estoy tratando de descubrir de dónde sacó Durant aquellos billetes de cien dólares. Vaya, un individuo no puede conseguir un montón tan

enorme de billetes de cien entrando simplemente en un negocio y pidiendo cambiar un cheque. Esos billetes debieron proceder de modo forzoso de un banco.

—Sí, naturalmente —asintió Olney, estudiando los ojos de Perry Mason con súbita desconfianza.

—Le diré algo. Fírmeme una declaración jurada, y mañana la presentaré al tribunal; una declaración afirmando que no sabe nada de este caso, que no le entregó a Durant ningún billete de cien dólares, que no…

—¿Quién dice que yo le entregué esos billetes? —exclamó Otto Olney, con una aguda estridencia en la voz.

—Usted menciona en la carta que jamás efectuó ninguna transacción con él.

—Bueno, esto no… Yo no… Bien, pude haberle prestado dinero a ese individuo.

—¿Lo hizo? —se interesó Mason.

—Creo que éste es un asunto que no deseo discutir de momento, señor Mason.

—¡Caramba, Olney, lo siento! —suspiró Mason—. Pero si le prestó dinero bajo la forma de billetes de cien dólares, tendrá que comparecer mañana ante el tribunal.

—¡Un momento, Mason! —aulló Olney—. ¡Usted me aseguró que no tendría que asistir a la vista!

—Fiándome de sus afirmaciones de que nada tenía que ver con el asunto y no había tenido ninguna transacción bursátil con Durant —replicó Mason.

La puerta se abrió y el teniente Tragg penetró como una tromba en el despacho.

—Bien, Perry —exclamó—. Me dijo que viniera inmediatamente y he tenido que saltarme a la torera dos semáforos… aparte de tocar un rato la sirena policial, pero aquí estoy.

—¡Estupendo! ¿Conoce al señor Olney, teniente Tragg?

—Le conozco —contestó Tragg.

—Olney acaba de contarme —prosiguió Mason— que le prestó a Durant algún dinero, en billetes de cien dólares. ¿Cuándo fue, Olney?

—¡Un momento! —vociferó el interpelado—. ¿Qué es esto?

¿Una encerrona? ¡No permito que se me interrogue aquí, ni pienso decir nada!

—Ciertamente, creí haber entendido que usted le había prestado dinero a Durant en billetes de cien —insistió el abogado.

—Dije que pude habérselo prestado. Pude haberle adelantado algún dinero. Incluso pude cambiarle un cheque.

—¿De veras? —la mirada de Mason se reflejó en la del teniente Tragg.

—Yo… bueno, lamento mucho lo de ese individuo, si bien al principio se me atragantó por lo que dijo de mi Felipe Feteet. Se trataba de uno de los cuadros más valiosos de mi colección. Tanto más, cuanto que antes le había tenido en gran aprecio.

—¿Entonces, puedo preguntarle cuánto dinero le fue entregando usted y cuándo?

—¡No puede! —farfulló Olney—. Ahora comprendo que cometí un error al fiarme de usted, Mason, viniendo aquí sin mi abogado. Voy a llamarle y…

—¡Espere! —gritó el teniente—. Si no se lo quiere decir a Mason, tendrá que decírmelo a mí. Durant tenía diez mil dólares o casi diez mil, cuando lo hallé muerto. ¿Cuánto le dio usted?

—¿Quién dijo que yo le di nada? —tembló Olney.

—Nadie —le concedió Tragg—. Le estoy preguntando qué cantidad le entregó usted. Y tenga cuidado con lo que diga. Se trata de un caso de asesinato, Olney.

—¡Usted no tiene derecho a acorralarme así!

—¡No le acorralo! Estoy investigando un crimen. Y le hago una pregunta. Yo no le traje a usted aquí. Fue usted quién vino por su propia voluntad.

—Bueno, pues no quiero contestar a su pregunta. No tengo nada que ocultar, pero podrían surgir complicaciones relacionadas con mis negocios y, además, no quiero abrir la boca sin antes consultar con mi abogado.

—Entonces, será mejor telefonearle y rogarle que venga —decidió Mason—. La señorita Street lo hará por usted. Della, llame a Hollister y dígale que el señor Olney le suplica que venga inmediatamente.

—¡No! —gritó Olney—. Iré yo a verle. Hablaré con él y…

—¿El Feteet es el cuadro más valioso de su colección? —le interrogó Mason.

—Sí.

—¿Y cómo es que no lo echó en falta durante la semana que estuvo en el estudio de Goring Gilbert, mientras éste lo copiaba?

—¿Quién dijo que el cuadro salió del yate?

—Tuvo que ser así —afirmó Mason.

—Estoy interesado en saber muchas cosas —intervino Tragg—, y particularmente todo lo referente al dinero que usted le entregó a Durant, y con los debidos respetos para usted, señor Olney, lo sabré antes de abandonar este despacho.

—¡No pienso decirle nada!

—En tal caso se comportará usted como sospechoso.

—¿Sospechoso de qué?

—¿Por qué le entregó a Durant diez mil dólares? —rugió el teniente—. ¿Le estaba extorsionando a usted?

—¿Cómo? —preguntó Olney.

—Tragg —terció Mason—, pregúntele si no es cierto que encargó a Gilbert que hiciera una copia del Felipe Feteet.

—¿Por qué diablos podía querer una copia de mi cuadro?

—Probablemente —le sugirió Mason—, porque se hallaba en dificultades domésticas, sabía que su esposa planeaba pedir el divorcio, y usted quería asegurarse de que ella no se llevaría su cuadro predilecto.

—¿Se da cuenta de lo que dice? —gritó Olney—. ¡Me está acusando…!

—Exactamente —repuso Mason—, y si no lo cuenta todo, se verá acusado de asesinato. El teniente Tragg no nació ayer. Y hace poco le han entregado a su esposa una citación.

El rostro de Olney se tornó lívido.

—¿Una citación a mi esposa?

—Sí.

—¡Dios mío! ¡La grasa ya está en el asador!

Mason miró a Tragg y dijo:

—El día del asesinato, Colín Durant no tenía dinero a las seis de la tarde. Y a la hora de su muerte, probablemente a las ocho de la noche, tenía consigo diez mil dólares en billetes de cien. Los bancos

ya estaban cerrados. Bien, díganos cómo y por qué se los dio.

—Sí, por ahí iremos bien —aprobó el teniente.

Olney se puso en pie y al cabo de un momento repitió:

—Voy a ver a mi abogado.

—Por favor, usted no va a ninguna parte —tronó el teniente—. Vendrá a la central conmigo si no contesta inmediatamente a mis preguntas. Esto es ya un asunto oficial. Dígame cómo le entregó el dinero a Durant.

—Bien, sí, él me lo sacó —confesó Olney.

—Así es mejor. ¿Cuándo?

—A las siete cuarenta y cinco.

—¿Por qué?

—Me dijo que si podía disponer de ese dinero… Bueno, haría que Maxine Lindsay desapareciese.

—¿Y por qué tenía que desaparecer Maxine?

—Porque yo no podía llevar adelante la demanda presentada respecto a la maldita copia del cuadro, ni podía retroceder.

—Ahora empieza esto a tener sentido —asintió el teniente—. ¿Entonces vio usted a Durant a las ocho menos cuarto?

—Sí.

—¿Dónde?

—Delante del edificio donde vivía Maxine Lindsay.

—Entonces —le sonrió Mason a Tragg—, por lo que sabemos, fue usted, Olney, quien vio vivo por última vez a Durant, porque Maxine Lindsay posee una coartada perfecta a partir de las ocho menos cuarto. Se encontraba a las ocho de la noche en la estación de autobuses.

—¡Usted no sabe lo que dice! —vociferó Olney—. El testimonio médico afirma que Durant pudo haber muerto entre las siete menos cuarto y las ocho y veinte minutos.

—Creo que será mejor que nos cuente usted todo lo que hizo —le conminó el teniente Tragg.

—Está bien —suspiró Olney—. Sabía que estaba llegando el momento de la ruptura con mi esposa. Ésta tenía todas las pruebas para conseguir el divorcio. Yo no tenía ninguna. Iba a despojarme de todo lo mío… Al menos, de todo lo que pudiese. Durante varios años estuve apartando unos fondos de reservas. Tenía casi un cuarto

de millón de dólares en cajas de seguridad, sin que nadie lo supiera. Este dinero estaba en billetes de cien dólares. Mason tiene razón, yo deseaba conservar el Feteet. Creo que será mejor que ponga las cartas sobre la mesa con ustedes, caballeros. Yo estaba enamorado. Mi esposa lo sabía. Y no quería concederme el divorcio. Por otra parte, usaba el poder que la ley le otorgaba para mantener una espada sobre mi cabeza. Quería un arreglo imposible. Me amenazaba con solicitar la separación, pero no el divorcio, a fin de no darme la libertad. Iba a ponerme en una situación imposible. Intenté deshacerme de ella, pagando lo que fuese. Maldición, esto es altamente confidencial. Sólo lo sabe mi abogado.

—Continúe —le alentó Tragg—. Está mezclado en un asesinato. No hay nada peor que esto.

—Bien, decidí que mi esposa no se quedaría con el cuadro, de modo que hice pesquisas y no tardé en encontrar a un joven artista, que era un genio haciendo copias. Podía falsificar cuadros que engañaban a los expertos.

—¿Goring Gilbert? —preguntó el teniente Tragg.

—No sé quién era —confesó Olney—, pero supongo que sí. Busqué a mi intermediario para encargarle la copia. Pagué dos mil dólares por la imitación en billetes de cien.

—¿Se los dio a Gilbert? —inquirió Mason.

—No, al intermediario.

—¿Durant? —sugirió el teniente Tragg.

—No, no era Durant. Esto habría sido tanto como caer en sus manos —refutó Olney la idea.

—¿Entonces, por qué le dio aquel dinero a Durant?

—Porque caí en una trampa. Me enteré de que Durant había formulado aquella afirmación respecto a mi cuadro. Me enfurecí y decidí darle una lección. Al mismo tiempo, se me presentaba la oportunidad de obtener la opinión de los expertos respecto a la autenticidad de mi cuadro. Luego, podría sustituir el original por la copia, sin que nadie sospechase nada. Por esto, demandé a Durant, tachándole de embustero. Era todo lo que él había estado esperando. Se dejó caer el día trece y me dijo que iba a citar a Goring Gilbert, que afirmaría que yo le había encargado la realización de la copia, y que ésta era la que se hallaba en el salón

de mi yate aquella tarde en que efectuó su observación calumniosa. ¡Esto no podía permitirlo! Mi esposa se habría enterado y todo se habría venido abajo. Bien, pagué. Pagué mucho. Le entregué once mil dólares.

—¿Por qué once mil? —preguntó Mason.

—Fue lo que me pidió.

—¿Cuándo y dónde se los entregó?

—Me reuní con él delante de la casa de apartamentos de Maxine. Me dijo que tenía que dar una parte a la joven a fin de que el caso tuviera que darse por concluso. Me prometió que ella saldría de la ciudad sin hacer ninguna declaración. Acto seguido, la demanda carecía de valor. No me fiaba de Durant y llevé un testigo conmigo.

—Veamos exactamente qué sucedió —puntualizó Mason—. Usted se reunió con Durant en la calle.

—Sí.

—¿No estaban solos?

—No.

—¿Le entregó el dinero?

—No delante de la casa.

—¿Dónde?

—En el apartamento de Maxine.

—¿Subió usted allí?

—Sí.

—¿Quién estaba con usted?

—Pues… una dama.

—¿Y usted subió al apartamento de Maxine?

—Sí. Durant afirmó que iba a entregarle dinero para que se marchase de la ciudad, a fin de que nadie pudiera localizarla. No confiaba en Durant. Subí únicamente para ver si era verdad lo que me decía.

—¿Llamaron a la puerta?

—No. Durant tenía una llave.

—¿Y qué ocurrió?

—Maxine no estaba. Durant me dijo que confiaba en poder verla antes de que se marchara de aquí.

—¿Qué hora era?

—Las ocho menos cuarto.

—¿Y usted qué hizo?

—No podía esperar a que regresara Maxine. Le di el dinero a Durant, once mil dólares. No me quedaba otra alternativa.

—Es una cifra muy rara —observó Mason—. ¿Por qué once mil?

—Durant me contó que había pedido prestados mil dólares y tenía que devolverlos; que, además, le entregaría el dinero del viaje a Maxine, y que, a continuación, permitiría que yo retirase la demanda contra él, y haría que Maxine callase.

—¿De manera que los tres estuvieron en el apartamento?

—Sí.

—Bien, ¿qué ocurrió?

—Durant se quedó. Nosotros nos marchamos. Subimos al coche y conduje varios bloques, hasta que la joven que iba conmigo recordó que se había dejado el bolso. En el apartamento. Conque fue a recogerlo.

—Continúe —le urgió Tragg.

—Cuando llegó allí halló la puerta parcialmente abierta. Entró. Durant estaba muerto. En la ducha. Se asustó y quiso echar a correr, y entonces vio a aquella vecina fisgando en el pasillo.

—¿Qué hizo entonces?

—Lo único que podía hacer. Tiene la misma estatura que Maxine. Buscó en un armario, encontró una chaqueta, se la puso, cogió la jaula del canario y dejó el apartamento. Luego corrió hacia la escalera, procurando mantenerse siempre de espaldas a la mujer del pasillo.

Mason cogió una hoja de papel y anotó algo.

—Bien —gruñó el teniente—. ¿Quién es la joven?

Olney sacudió la cabeza.

—Teniente, prefiero ir a la cárcel antes de revelarle ese nombre.

—Un momento —le espetó Tragg—. ¿No comprende que esa joven es la que mató a Durant? Vaya, si su historia es cierta…

—¡Imposible! —gritó Olney—. No mataría a nadie… ni me mentiría a mí.

—No sea tonto. Es un asesinato.

Mason le pasó a Olney el papel con la nota escrita.

Olney cogió el papel, lo leyó y miró al abogado, pero antes de

que pudiera hablar, Mason se adelantó:

—Utilicemos la cabeza, Tragg. Durant tenía una cuenta en una tienda de pinturas. Y pagó con billetes de cien dólares. Esto fue poco después de que Gilbert hubiese recibido el dinero de Olney por mediación de su representante. Durant le dijo a Olney que había pedido prestados mil dólares y tenía que devolverlos. Naturalmente, fue Gilbert quien se los prestó. Bien, Olney le pagó a Durant once mil dólares. ¿Por qué solamente se encontraron diez mil sobre su cadáver? ¿Qué fue de los otros mil?

—De acuerdo —dijo Tragg—. ¿Qué sucedió?

—El asesino se los quedó —explicó Mason—. El asesino fue alguien hacia el que Durant tenía una obligación moral, la obligación de devolverle mil dólares. El asesino se llevó ese dinero. No tocó nada más. El asesino fue Goring Gilbert.

—¿Cómo entró en el apartamento? —preguntó el teniente.

—Durant le franqueó la puerta. Gilbert le estaba buscando. Y sabía que podría hallarle en el apartamento de Maxine. Durant pretendía extorsionar a Olney con la copia del cuadro. Y a Gilbert no le gustó la idea.

—¿Cómo se enteró de ella?

—De la misma manera que sabía que hallaría a Durant en el apartamento de Maxine. La amiga de Olney trató con Gilbert lo referente a la copia de Feteet. Cuando Durant le puso el bocado a Olney ella telefoneó a Gilbert y lo acusó de estar metido en el negocio, y añadió que Olney iba a pagarle once mil dólares a Durant delante del apartamento de Maxine, a las ocho menos cuarto. Gilbert sabía que Durant estaba enterado de lo de la copia del cuadro, pero no tenía idea de que planease extorsionar a Olney. Bien, Gilbert se dirigió al lugar de la cita, a fin de poder verlo todo por sus propios ojos. Cuando Olney y su amiga se marcharon, Gilbert subió a ver a Durant. Éste era tan granuja que le había dicho a Maxine que no podía entregarle nada y que abandonase su piso a las siete, tras lo cual le manifestó a Olney que podían encontrarse a las ocho menos cuarto.

Tragg hizo chasquear los dedos.

—¿Entendido? —le preguntó Mason.

—Entendido —contestó el teniente, poniéndose de pie. Se volvió

hacia Olney—. Tendrá que acompañarme. Necesitamos la declaración de usted como testigo principal.

Olney vaciló un momento y al final dijo:

—De acuerdo, iré con usted. Me alegro de que fuese Goring Gilbert. Durant se enteró de que estaba haciendo la copia, sumó dos y dos y entonces planeó toda la historia, a fin de que yo pudiera demandarle.

—¿Viene, Mason? —le preguntó el teniente—. Podrá actuar de testigo.

—Gracias, vayan ustedes —se excusó el abogado.

Cuando Mason estaba acompañando a los otros dos hasta la puerta, Della Street cogió el papel donde Mason había escrito un nombre para enseñárselo a Olney: Corliss Kenner.

Della cogió el encendedor de la mesa de Mason y quemó la hoja de papel.

Mason regresó de la puerta.

—Bien, esto es todo.

—¿Conseguirán una confesión de Gilbert?

—Della, confíe en la policía. Recuerde que existen aquellas huellas dactilares de la gaveta. Tienen que ser las de Goring Gilbert.

—Sí, tuvo que ser Gilbert —asintió Della Street—. Cuando cobró la copia, Durant no tenía un centavo, y Gilbert le prestó mil dólares. Durant comenzó a planear el asunto de la extorsión. A Gilbert no le gustó… ¿Cómo consiguió la pistola de Maxine, jefe?

—La encontró. Cuando penetró en el apartamento, fue hacia el armario para descubrir si Maxine estaba complicada en la trama y había dejado alguna prueba en el cajón. En aquel mismo momento, Durant se estaba preguntando si Olney le había preparado una trampa, yendo a mirar en la ducha por si había alguien. Gilbert encontró la pistola y la tentación fue demasiado grande… Despreciaba a Durant. Se habría quedado con los once mil dólares de no haber sido tan bohemio.

—¿Y el secreto que Durant sabía de Maxine? —quiso saber Della Street.

—Durant era el padre del hijo de la hermana de Maxine, niño que nació mientras Homer estaba en el frente. A Durant no le importaba que esto se supiese. A Maxine, sí.

Della asintió.

—Entendido. Bien, ¿y su minuta, jefe?

Mason sonrió.

—Puede devolverle a Howell su cheque, Della. Creo que Olney aún podrá prestarle a Maxine lo que necesita para cubrir los gastos. Todos los gastos —añadió tras una pausa de reflexión.